

AUGUSTO D'HÁLMAR

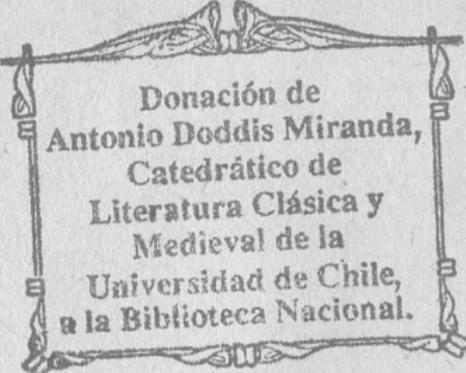
LA SOMBRA DEL HUMO EN EL ESPEJO

- I. PRÓLOGO.
- II. EL EGIPTO.
- III. DESDE EL EXTREMO ORIENTE HAS-
TA EL ORIENTE.
- IV. DE ATENAS A PARÍS, POR ROMA.
- V. GATITA. (COSTUMBRES DEL PERÚ.)
- VI. EPÍLOGO.

EDITORIA INTERNACIONAL
MADRID — BERLÍN — BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

LA SOMBRA DEL HUMO EN EL ESPEJO



Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

147642

*La traducción francesa de este libro
la firmó FRANCIS DE MIOMANDRE.*

*Derechos reservados
para todos los países.*

Copyright 1924 by
EDITORA INTERNACIONAL
BERLÍN—MADRID

«El amor de la mujer es como el sol de los días inciertos; que una nube pase en el viento, en seguida la sombra cae sobre el corazón. Pero el amor del amigo es el verano interior de la miel.

Y los colores de nuestra alegría son para la mujer; pero es para el amigo que se hace hermosa y orgullosa la flor del pesar y del pensar.»

(MIŁOSZ: *Méphiboseth.*)

P R O L O G O

PRIMEROS ENSUEÑOS,
PRIMER VIAJE

Fué en ese bar subterráneo que yo emprendí mis primeros viajes.

Era en el Valparaíso de la gente de mar, cerca de una plaza donde se convocaban los marineros sin contrata y donde venían a enrolarles los enganchadores, y Peter Petersen mismo era un antiguo marino noruego, en cuyo establecimiento se daban cita los capitanes retirados de la Marina mercante.

Yo tenía entonces quince años, y creo haber sido el más joven de los parroquianos, algo así como el grumete de a bordo. Frau Petersen, que con las mejillas doradas como sus cacerolas, por el fuego del hornillo, echaba de cuando en cuando un vistazo a la sala, desde su cocina de la trastienda, había expresado la opinión de que era triste ver un niño frecuentar esos sitios; pero el patrón, un tanto irónico, no

desdeñaba servirme en persona la gran chope de cerveza negra y me dejaba para ir a saborear su pipa en su mecedora, junto a las ventanas.

Esas ventanas estaban colocadas casi a ras de la acera, porque para entrar al bar desde la calle se bajaba algunos tramos, y alzando las cortinillas encarrujadas no se veía sino el asfalto reluciente por el sol o por la lluvia y apenas las piernas de los transeuntes. Por eso master Petersen se había acostumbrado a distinguirlos por el calzado, y no era raro oírle decir a su mujer: «Las botas de agua acaban de pasar con las botinas de charol», o «Los zapatos claveteados vuelven ya del bajo puerto». Yo pienso que esas clasificaciones de zapatería le bastaban al fumador sedentario y que no sentía la necesidad de prestarles cuerpo ni cabeza a los pies, que, a grandes o pequeños pasos, recorrían delante de él el camino de la suerte.

Sí, yo era un niño entonces y nadie podía suponer de qué tristeza de suerte, de qué incertidumbre de porvenir me escapaba las tardes de los domingos para refugiarme en la taberna subterránea, ni qué viajes acometía en esa cueva dulcemente iluminada por una eterna penumbra. Con la cerveza amarga y oscura yo paladeaba la brisa de todos los mares; sangre sa-

lobre de marinos bullía en la frente que se apoyaba en mi mano, y ojos prematuramente nostálgicos abarcaban el recinto, desde la pesada mesa cargada de diarios escritos en caracteres góticos, hasta la lámpara del techo, que al pasar el desmesurado Peter Petersen rozaba cada vez con la frente y cuya cadena seguía tintineando como impulsada por el balance de un barco, y hasta las oleografías que ornaban los muros y que cada una abría un horizonte a mi fantasía.

Había, lo recuerdo bien, la Familia Real de Dinamarca, con el viejo Cristián a la cabeza; había un bosque de pinos con un trineo, y había, sobre todo, frente al sitio que yo ocupaba, una inimaginable caza de focas en un paisaje polar, con esquimales vestidos de pieles y armados de arpones, y con una aurora boreal que me recordaba no sé qué ni cuándo. Después, en el curso de tantas expediciones, yo debía asistir a cacerías vivas de focas; pero ninguna me ha parecido tan real como la del cuadro de mi infancia.

Así divagaba yo delante de mi gran böck de cerveza negra, sintiendo casi, no sé si por el humo picante que hacía la pipa del antiguo marino y que nos envolvía en neblina, un descorazonamiento de viajero, algo como un mareo y como una sensación anti-

cipada de destierro. Y yo lo he sentido después, el destierro descorazonador de esa cosa inútil y cautivadora que se llama recorrer la tierra. A veces, otro viejo lobo de mar bajaba sacudiéndose, como si hubiese temporal arriba, y entonces, entre la cocina y los fumadores, se establecía una conversación en lengua escandinava, mientras yo me esforzaba por pasar inadvertido en mi rincón. Alguno de esos marinos me consideraba con severidad, o me examinaba con simpatía, y uno, una vez, me levantó la cabeza y me escrutó atentamente.

—Tiene ojos de marino—dijo, volviéndose hacia los demás.

Detrás de nosotros, la voz de frau Petersen, que entreabría la puerta de la cocina, pareció enviarnos una bocanada de aire caliente.

—¿En qué reconoce usted, capitán, los ojos de los marinos?

—En que son pequeños y, sin embargo, ven grande—repuso el capitán yendo a sentarse con sus compañeros.

Yo salía de allí muchas veces cuando el Sol ya se había puesto, y volvía lentamente por los malecones. Experimentaba exactamente la impresión que después he sentido cuando recién se desembarca: la ca-

beza atontada y oprimido el pecho; y los hombres de todas las flotas y las razas, que se acodaban al parapeto, contemplando vagamente el mar, me parecía reconocerlos, como si acabara de hacer con ellos una larga navegación...

P R I M E R A P A R T E

EL EGIPTO

I

¡Egipto! ¿Cuándo la prestigiosa palabra suena para nosotros por primera vez? Antes de conocerlo, ella me evocaba un hombre en traje talar, cubierto de una alta tiara, teniendo en su bastón enroscada una serpiente. ¿Tal vez es en la Historia Sagrada donde la aprendemos? Después de haberlo conocido, sigo viéndolo bajo la forma de un esbelto muchacho que esgrime en la mano un látigo. Y éste es mi criado de allá: mi mejor amigo. Los años han pasado, las rojas siestas africanas se han ido amortiguando en mi memoria. La silueta de Zahir-Shaik también ya no es sino una de esas sombras chinescas que nos fingen los recuerdos. Y ahora que veo por mis ventanas los descargadores

del Sena, ahora que suaviza mi mano mis cabellos encanecidos, me parece otra vez tan lejos como un sueño ese Egipto que yo soñaba cuando niño; tan irreal como si no hubiese existido nunca para mí, como si no existiese en ninguna parte.

II

Fué una mañana del imperceptible invierno egipcio cuando, al desembarcar en Alejandría, las autoridades turcas me interrogaron por la primera vez en mi vida sobre mi religión. En cualquier parte se inquiere sobre nuestra patria; pero allí, en la de los Creyentes, se averiguaba mi fe. Y después de una pausa de embarazo, sorprendido yo mismo de mi respuesta, yo confirmé mi bautismo cristiano.

Pero Alejandría y sus semilleros de niños en los suburbios, devorados por los mosquitos, no era sino la puerta, el puerto del inmenso arcano cuyo sésamo está en Giseh, frente a las Pirámides, y apenas si recuerdo mi travesía en tren a través del

Desierto, dejando tan pronto a la derecha, tan pronto a la izquierda, el sinuoso río exhausto, que se convierte en verano en el todo-fertilizador. Apenas los gourbis en los oasis, una que otra mezquita bajo una palmera, como un horno de cal sobre el azul espejeante, algún cementerio árabe anegado en los arenales. Un niño jugaba en la arena, como en las playas del Océano. Y el viento la rizaba en olas y la respirábamos candente, como el vaho de espuma de ese muerto Mar-sin-Agua.

III

Masr-el-Kaira (1) Cook, como Atenas sin aticismo y sin atenienses y como Roma garibaldina, había sido para mí una decepción íntima. Hospedado frente al Shepherd's Hotel, que es su centro y casi su razón de ser de hoy, había percibido desde mis ventanas la vergonzosa feria servida a domicilio a los turistas por ese pueblo milenario: los entierros árabes, que hacen un rodeo para exhibirse con sus carros de lloronas frente a los curiosos que se desayunan en las mesitas del jardín o que leen en las mecedoras las gacetas internacionales; los camellos y sus conductores que esperan el buen

(1) Nombre árabe de El Cairo.

placer de las caravanas en casco de corcho y velos verdes; los cantores que cantan y las bailarinas que bailan por una moneda mercenaria. La ciudad dominadora del tiempo vivía ahora para ese caravanserrallo cosmopolita, y eran las gentes advenedizas del Occidente las que contemplaban con un bostezo, entre el humo de sus cigarros, cuarenta siglos de silencio convertidos en una mascarada, turbados y ahuyentados por el son hambriento de los pífanos, por el choque desquijarado de los crótalos, por el como grito de auxilio de los cantos estridentes.

Hospedado frente a frente, mi hotelero francés, al recibirme, no había tratado de disimular la inanición en que su establecimiento había ido cayendo, y al abrir las ventanas para airear mi cuarto, había echado una dolorosa mirada a ese rival enorme que arruinaba todas las pequeñas industrias privadas y monopolizaba sin competencia la actividad entera del Cairo.

—Hoy día—me dijo—tienen mil quinientos huéspedes, entre los cuales cinco príncipes, mientras usted es por ahora el único viajero que me haya escogido. ¿No ha visto usted en el vestíbulo mi dragomán y mis criados, que dormitan? Y, sin

embargo—concluyó—, hubo un tiempo en que esto era floreciente, porque yo estaba aquí antes que «ellos» edificaran. ✕

Y como quien espera una cita, no creyendo que quedara nada que ver en el Cairo profanado, renunciando a ver nada antes de verla a Ella, yo aguardé en la penumbra, con las celosías cerradas, la hora amarilla en que podría ir hasta la Esfinge. Me parecía mentira que sólo un trayecto me separase de su audiencia; que al recibir de las manos del *groom* mi sombrero comprado en Londres y mis guantes traídos de París, era para ir a verla que me preparaba; a Ella, que había presidido el curso de las edades y que, ya entre el crepúsculo naciente de mi infancia, o antes todavía, entre la difusa noche de mis reminiscencias ancestrales, me había sonreído como la muerte, me había llamado y había concluído por atraerme desde la extremidad del Mundo. «Todas las cosas le obedecen al Tiempo, pero él le teme a la Esfinge», me repetía yo con el proverbio inmemorial. Ella es la madre y la hija, esclava y señora del Enigma. En ella tal vez la clave. Y ese «tal vez» era la más palpitante incertidumbre y la más adolorida ansia que jamás se haya planteado nuestra ralea humana.

IV

Yo conservo entre mis reliquias un papelucho rosado que dice «Geriseh-Giseh, first class» y debajo «daraga oulak» en arabesco. Es el *ticket* para ir hasta las Pirámides; porque hoy se baja por Sharia-Kamel y Sharia-Abdin hasta Abdin-Meidan, y allí, frente al palacio del Kedive, se toma el tranvía eléctrico que por Sharia-el-Boustan y Sharia el-Koubri, nos lleva hasta el desierto de Sahara.

Una interminable avenida de palmeras, de esas altas palmeras africanas parecidas a esos abanicos de plumas multicolores que, en largas pértigas, pasean los árabes en sus funerales, y el tranvía se desliza sin otro ruido que el de su campana, acarreando los nuevos peregrinos. ¡Ah! Estos no van

a sacrificar a la Esfinge gallos negros, agitando velos y teas; no vamos siquiera a encenderle lamparillas votivas de coco. Hablan en francés, o en inglés sobre todo, y miran a través de lentes ahumados la reverberación del poniente, donde se divisan a los lejos las pirámides de Menfis.

Stop! Un galpón entre dos grandes hoteles: el de la Esfinge y el de Giseh, y un tanto sonámbulo me encuentro con el pie en las márgenes de ese desierto de Lybia, que toca de un lado el Sudán negro, Bled-el-Ateuch, el País de la Sed, y del otro, el Sahara, cuyo solo nombre dilata las fauces en un bostezo de león; todo eso que no se expresa sino por la palabra desiertos, desierto de los desiertos, el Desierto, y que es el continente africano, profundo e insondable.

V

Una nube de guías se ha abatido sobre nosotros como si quisieran arrebatarnos en una *razzia*; con sus túnicas azules, estrechas como fundas, y sus tocas como solideos, tienen todos el mismo aspecto flaco y sin juventud de los camellos. Gesticulan y vociferan como poseídos; se disputan entre sí con palabras que parecen pedradas; muestran los puños y los bastones, y después, en una risa que descubre todos sus dientes, vuelven a solicitar al viajero con un tono a la vez insinuante como el de una almea y veladamente amenazador como el de un Alí-Babá.

Sólo uno habíase quedado atrás dejando pasar el grueso de los turistas y se había reservado para

hacer pasto en mí. Con una sonrisa muda, desconcertadora, como lo es siempre en las viejas razas, se me había colocado al lado y ajustaba su paso al mío como si debiéramos recorrer juntos el camino de la vida. Yo marchaba imperturbable, divertido y fastidiado por su insistencia, y detallaba de reojo a ese árabe, parecido a primera vista a todos sus compañeros.

No era como los otros, porque era más fresco y mucho más esbelto. Flexible de talle como un felino, tenía ese bronceado indefinido en que parecen confundirse la raza semítica con la negra y con la ariana. Sus rasgos eran nobles como la línea de sus formas, casi transparentadas por la túnica; pero lo que constituía su hermosura era la nariz vibrante, la admirable boca infantil y grave y los ojos entoldados, cambiantes y profundos, como deben ser los de aquellos que en la quietud persiguen la ronda de los espejismos. Me parecía haber encontrado en alguna parte esa mirada, tal vez en un presentimiento, y casi a pesar mío le dije, parándome bruscamente, mi horror por cicerones y guías.

—Está bien, Sidi—me repuso deteniéndose a su vez—; no temas que te importune; que Allah te acompañe.

Hablaba un francés gutural; pero la voz conservaba su amplitud armoniosa. Agitó en signo de despedida la fusta que llevaba en la mano; y, entre aliviado y pesaroso, yo proseguí solo mi camino hacia la pirámide de Cheops que veía destacarse entre las otras.

VI

En todas las fotografías la Esfinge aparece junto a la Gran Pirámide, y a mí me parecía que para verla no tenía sino que doblar uno de los cuatro ángulos. Pero en vano escudriñé los alrededores, pues en todo lo que abarcaba la vista no había sino las otras pirámides, que iban disminuyendo de tamaño conforme se internaban en el desierto. Insensiblemente yo hice lo mismo, desorientado en mis ideas, diciéndome que, cosa absurda, tal vez Ella estaba de los lados de Luxor o de Sakkarah o, cosa imposible, que acaso ya no estaría en parte alguna. Todo mi viaje al Egipto me aparecía sin objeto. Y el día avanzaba y la tarde caía a medida que yo me sumía penosamente en los médanos, casi

sin rumbo, dominado por la idea fija de que pudiera surgir inesperadamente. La tienda de un Shaik se alzaba delante de las inmensidades; y sediento, rendido y desalentado, me acerqué para pedirle que beber, un descanso a la sombra y la indicación del camino.

—¿Agua?—me dijo el imponente jefe árabe mirándome con la mirada—; sólo podría ofrecerte soda. Siéntate mientras te abren una botella, y después no te separarás de esta especie de hondonada que ha de conducirte hasta lo que buscas.

Habíanme brindado en una escudilla de cobre una bebida tibia y salitrosa. Me puse en pie reconfortado por la seguridad de «encontrarla», y al preguntarle al Shaik lo que le debía, me interrumpió con un gesto:

—¿A mí? ¡Oh! ¡Nada!... A menos que quieras darle algo al que te ha servido.

Y como yo no tuviera sino luses de oro, con la punta de los dedos cogió el que yo le tendía y se lo arrojó a su servidor.

Un tanto embarazado esperé un momento la vuelta. El árabe se había cruzado de brazos majestuosamente, y parecía absorto en la contemplación del horizonte. Yo di algunos pasos furioso.

Sabía que con sus maneras acababa de despojarme como en una encrucijada, que apenas me alejara se echaría sobre el compadre y le arrancaría la moneda, y, sin embargo, por no sé qué ridículo amor propio no me atreví a volver siquiera la vista.

Un instante más tarde ya no pensaba ni en mi aventura ni en nada. Casi a los pies de la Gran Pirámide, pero disimulada desde arriba por un repliegue del terreno, confundiéndose a medias con él, la Esfinge aparecía para mí. Yo entreveía su grupa, yo veía delante sus garras profundamente enclavadas. El anochecer africano, translúcido y como incandescente, destacaba en coral sobre el cielo oro-verde las moles de granito que fueron tumbas de los Faraones. Y nadie turbaba mi entrevista, como si mi largo rodeo hubiera tenido por objeto hacer hora para encontrarla solitaria.

VII

¡Solitaria! Alcé intimidado los ojos, tratando de encontrar su mirada demasiado por encima de nosotros; su mirada, que no nos ve porque mira en sí o delante de sí, más allá de lo que puede contemplar. La visionaria cabeza estaba allí, emergiendo de las dunas como de un piélago petrificado, desmesurada bajo las primeras indecisas estrellas, con los rígidos pinjantes de la calántica cayendo a ambos lados como las bandeletas de una momia; en una postura de reposo y a la vez de expectación, de la cual nadie podrá dar idea. Nada más inmóvil y, sin embargo, más anhelante (y yo empleo aquí el único término de que dispongo) que esa forma casi informe, demasiado grande para llamarse una

estatua y demasiado pequeña para ser una montaña. Parecía guardar, como los dragones en los cuentos, la entrada de lo impenetrable. Sonreía con la misma sonrisa errante. Parecía aguardar que viniesen a relevarla de su guardia o que alguien, no sé quién, le pidiera o pronunciara la palabra cabalística. Por mi parte, yo no sabía sino soñar echado a sus plantas, allí en el mismo sitio donde habían hecho su primer alto y donde harían el último todas las caravanas, desde siempre hasta nunca.

VIII

Postrado a sus plantas yo soñé: ¿quién puede suponer todas las reminiscencias de lo que uno cree no saber, todos los presentimientos de lo que uno cree no conocer, que se animan en nuestro doble astral al contacto de esas piedras vivificadas por la Humanidad, patinadas por el Sol, por la Luna y por el Viento, solos testigos sobrevivientes de las generaciones abolidas? El simoún las había arrebatado en su apoteosis, había arremolinado los despojos en torno suyo; pero ellas, colocadas, sin embargo, por la mano de los hombres, se habían solidificado como divinizadas. Eran un faro sobre las borrascas, cuya linterna encendiera cada vagamundo que se le acercara. Yo sumía en sus ojos

obsesionantes mis ansiosas miradas, y su belleza, hecha de inmortalidad, me parecía fuera de todas nuestras estéticas. Era como el pasado, la tradición y la leyenda, sibila taciturna a la cual vanamente venía a implorarse el oráculo. Y a su vez, Ella parecía pedir el conjuro que delibraría su voz y que desharía este encantamiento en que dormimos, desde el principio de los tiempos, la Tierra y los muertos y los vivos.

IX

Cuando levanté la cabeza, como fecundado por una inundación celeste, todo el firmamento del Egipto había despuntado de un golpe. Bajo el cielo, de un azul flúido, el arenal rebrillaba escamoso como una cobra. Ella se había replegado casi en la penumbra; pero los triángulos piramidales lucían tenuemente con una cenicienta claridad rosa, como ascuas a medio extinguir, como si amasados en materia incombustible estuviesen ungidos de sol, como de un radium luminoso. Me alcé, tambaleando, y, volviendo a cada momento los ojos, me fuí alejando de la Gran Extática y encaminándome a la pirámide de Cheops, que crecía conforme yo me acercaba. Entonces un senti-

miento, probablemente instintivo también, comenzó a ganarme; algo que yo no había supuesto y que no ha vuelto a renovarse. Era un terror sagrado ante aquella gigantesca masa que por un momento pareció devorar el espacio, algo que me paralizaba cuando hubiese querido huir, que me helaba el sudor y la sangre, que ponía de punta mis cabellos, como si la eternidad le hubiese bloqueado el paso al pobre judío errante que somos. Con un esfuerzo me arranqué a la órbita funesta de su sombra y me alivié de todo su peso cuando pude volver a avanzar no teniendo delante de mí sino las arenillas vidriosas del sendero, aguijoneado por la sensación a mi espalda de esa presencia, la única que haya superado a todas mis fantasías. ¡Yo estaba solo, pero estaba vivo! Algunos pasos más lejos, las ventanas iluminadas de los dos afrentosos hoteles ingleses me aparecieron casi providenciales. Mi cabeza se reponía de ese como mareo de las alturas que infunde también el Desierto.

X

En el galpón del paradero de los tranvías no había un alma, y yo me sentí otra vez desamparado ante la noche cerrada en el país extranjero. El camino de palmeras se prolongaba interminable. El reloj del pequeño andén marcaba casi las diez. También por la primera vez yo había perdido la noción del tiempo.

Un bulto se separó de la obscuridad y se me acercó quedamente. Me volví de lleno, y vi ante mí al árabe de la tarde.

—¡Ah!—exclamó con una risa sacudida—. Ya sabía que el hermoso viajero tendría necesidad de recurrir a mí.

Y como yo no comprendiese:

—El último tranvía ha partido hace cincuenta minutos—explicó volublemente—. Yo no te había visto volver con los demás y me preocupaba lo que podías hacer en el desierto a estas horas.

Me consideraba curioso; pero no tardó en recobrar su seriedad, como si hubiese visto algo que lo confundiera en mis ojos. Yo me decía a mi vez que los suyos miraban como Ella, e irresistiblemente me fascinaba este absurdo parecido.

—Tengo un mehari—insinuó, por fin, casi tímidamente—. Puedo reconducirte si quieres.

Experimenté una alegría que yo atribuía a la situación difícil de la cual venía a sacarme. Ya no sentía haber perdido el prosaico tranvía y poder volver como un beduino de mi peregrinaje, y fué con una novedad infantil que me dejé izar sobre el dromedario.

Tomó la brida y, tan pronto deslizándose ágilmente delante del rápido animal, tan pronto retardando su paso para poder interpelarme lado a lado, el leve roce de sus plantas desnudas sobre el suelo se confundía con el redoble acompasado de los cascos. Sobre nosotros, las palmeras frotaban voluptuosamente sus hojas; la atmósfera invernal nos envolvía con su humareda azulada, y más arri-

ba, como una urna de donde se volcara el silencio, se redondeaba el profundo nocturno egipcio, con sus constelaciones de horóscopos y jeroglíficos.

Un camino movable que cortaba el nuestro cabrilleó bajo las estrellas. Era el Nilo, y como el Cairo comenzaba del otro lado del largo puente de Kasr, yo eché pie a tierra y le pregunté a mi gamal lo que le debía por nuestra cabalgata.

—Por ninguna retribución me habría incomodado—me replicó brevemente—, y si he venido ha sido por ti. Déjame tranquilo y vete en paz. ¡Buenas noches, Sidi!

XI

Yo no me había engañado mucho cuando creí que, fuera de las Pirámides, poco quedaba que ver en el Cairo. Mis días de Egipto eran aburridos y largos, sintiendo siempre bajo mis ventanas el ruido de aduar que se hacía frente al Shepeard's Hotel, que comenzaba al amanecer, con los proveedores, y duraba hasta muy entrada la noche, ya que los turistas solían hacer excursiones bajo la Luna, a los alrededores de la ciudad. Entonces, un tropel de asnos estacionaba en plena Sharia-Kamel, y los denuetos de los fellahs en la lengua gutural, tomaban la proporción de una batalla. Esa raza parecía haber perdido la conciencia de su pasada grandeza, y, sin embargo, cuando por esos

días de 1908, el 10 de febrero (8 de Adar) exactamente, se supo la muerte de aquel Mustafá-Kamel Pachá, que consagrara su vida a la regeneración del Egipto y del Islam, todos los corazones parecieron acordar sus latidos por un momento y durante tres días el inmenso país recuperó la dignidad de su historia. Por la primera y última vez acaso, hasta el caravanserrallo puso una sordina a su escándalo y pude dormir en paz pensando en ese admirable caudillo, que yo había conocido en Londres, que había vuelto a encontrar en Constantinopla hacía pocos meses y a cuyo duelo asistía ahora en el Cairo.

XII

Entonces tuve el deseo de visitar los centros de la cultura árabe, el museo de la mezquita El-Hakim y la universidad de la mezquita El-Azhar. Y hojeé en el uno, durante jornadas enteras, los maravillosos al-koranes escritos a la mano por delicados y suntuosos pintores que sólo en ese trabajo de benedictinos podían mostrar su talento, ya que las artes plásticas, inexistentes entre los mahometanos, están hasta prohibidas por Mahomet. En el centro universitario del Islamismo, entre los diez mil alumnos venidos de todas partes que lo frecuentan y que irán a predicar la palabra del Profeta a más de trescientos millones de hombres, mis observaciones fueron otras, y la estrecha y

pintoresca calle Nueva, que conduce hasta el aula y más lejos hasta las tumbas de los Califas en las colinas de los Molinos de Viento, me vió formar parte muchas veces de su vecindario abigarrado de estudiantes pobres y ricos, de opulentos bur-nous y míseros caftans, de tarbouchs con la borla hacia adelante, como los llevan en el Egipto: hacia atrás, como se usan en Turquía; a la derecha, como en Marruecos y en Túnez, o a la izquierda, como en Argelia; de altos tarbouchs blancos de la Persia o negros de los árabes del Desierto.

El interior de la inmensa mezquita era siempre para mí un arrobamiento, porque, fuera a la hora de clases, en que se trabaja por grupos en las siete naves, achatados todos por tierra, meciéndose sobre las piernas cruzadas, elevándose las voces en una especie de himno ardiente y confuso; fuera a la hora de la plegaria, en que se vuelven todos hacia el Mhirab, poseídos de la misma emoción religiosa; o más tarde, cuando concluído el aseo, que hacen los alumnos vergonzantes, con largas palmas a guisa de escobas, devora cada uno en un rincón su mendrugo, deletreando al mismo tiempo sus cantilenas, para ir a beber el agua pura de las abluciones; siempre yo me encontraba en mi

centro, como en las mezquitas de Stambul, entre ese pueblo noble y fatalista. Amaba su desinterés de la vida moderna, su absoluto apego a la letra muerta y al alma siempre viva de las tradiciones, sus entusiasmos y sus éxtasis, su actividad casi frenética y su letal indolencia. Y la gota de sangre sarracena que llevamos casi todos los nuestros, subía desde mi corazón a mi cerebro.

Pero el mejor instante de mi día era a la hora amarilla, cuando en la plaza Abdin tomaba el tranvía con dirección a Giseh. Entonces mis narices se dilataban al soplo cálido del desierto y se embebían mis ojos con el amplio, con el imperecedero, con el inviolado horizonte.

XIII

El primer día que yo volví a las Pirámides, mi gamal de la noche anterior acompañaba un grupo de alemanes; yo le hice desde lejos una amistosa seña; pero a mi estupefacción, abandonando sus clientes, vino a reunírseme como si le hubiese llamado.

Esta vez no era posible rehusar sus servicios, y sabiendo por experiencia cuán interesados son los árabes, pensé iba a pagar cara su complacencia de la víspera.

—Tú has visto las tumbas faraónicas por fuera, pero no las has visitado—me dijo el muchacho examinándome siempre con curiosidad—. Conmigo puedes entrar donde quieras, porque por

derecho de familia somos los guías de Giseh.

Y sin transición:

—Desde ayer yo, que he visto hombres de todas partes, me devano los sesos por descubrir de dónde eres tú. ¡No, déjame adivinar! No puedes ser inglés, porque te expresas en francés, ni francés, porque pareces inglés. Los españoles son pequeños, los alemanes toscos y los italianos antipáticos. Si fueras de las mesetas de enfrente, yo también sé el persa; pero más bien tienes algo de las gentes húngaras, que nunca puede saberse lo que son.

—¿Conoces, pues, muchos idiomas?

—Nosotros los sabemos todos, porque por familia, como te dije, hemos sido guías de Giseh, adonde vienen todos los europeos. Además, mi madre es de Hads-kehui, de los israelitas que fueron expulsados de España hace mucho tiempo, y nada más que por ella yo hablo el castellano antiguo y el turco y el hebreo. Yo me llamo Zahir. Mi padre se llama Egipcus y decía descender de un príncipe de nuestra tierra, el único de cincuenta hermanos casados con cincuenta hermanas que no fué asesinado por su mujer en la noche de bodas.

—Así—exclamé riendo—, tú vendrías a ser el nieto de una Danaide.

Pero Zahir se contentó con mirarme con admiración.

—Tú eres sabio, y yo no sé sino lo que he oído—adujo evasivamente—. Ni siquiera me enseñaron a leer. Conozco apenas el Cairo. Nunca he atravesado el Desierto, y quisiera haber recorrido, como tú, el mundo.

—¿Por qué crees he viajado tanto?

—Porque sólo los que han dejado de ser de ninguna parte tienen la figura que tú tienes. Uno cree haberte visto ya. Y miras y hablas como si vieras desde muy lejos y fueras a volver a partir.

Estábamos al pie de la pirámide de Cheops, desprovista ahora a la luz del día de todo prestigio tenebroso, y Zahir se detuvo frente a la puertecilla que conducía al hipogeo. Yo hice un ademán para retenerle.

—Escucha, Zahir—le expliqué—: tienes razón: yo he venido desde lejos, pero nada más que por la Esfinge. A ti puedo decírtelo: nada de lo que le interesa a los demás, me interesa. Deja, pues, esos sepulcros, y si no tienes que hacer vamos a visitarla.

Zahir volvió a contemplarme, con asombro.

—Tú sabes—me dijo bajando la voz—que cuan-

do yo era pequeño me quedaba dormido muchas veces a sus pies. Como ella no se cansa de mirar el Desierto, ella es la única cosa que uno no se cansa de mirar; pero los turistas vienen, la miran y se van sin haberla visto. Ella tampoco los ve.

—Porque mira como tú.

Zahir esquivó los ojos y se acentuó en sus labios la sonrisa indefinible que también parece errar por los suyos. Era bello y joven, y, sin embargo, algo muy olvidado: una como sabiduría ingénita, astuta, dulce y desencantada, le iluminaba interiormente como una luz que a través de esa arcilla fresca, ardiera desde «la noche de los tiempos».

XIV

Entonces, descendiendo la pendiente, Ella se nos apareció, menos grande y más carcomida bajo la luz del sol, rodeada de gentes que parecen haber establecido campamento en torno suyo; otros guías, otros viajeros, que desde lejos oímos gritar y vemos agitarse. Toman fotografías con el eterno Kodak, y las mujeres de la banda, aturcidas por una efímera juventud o marchitas ya por la vida, han trepado sobre la cabeza única y la rodean de una voluble corona de trajes claros y de sombrillas abiertas. Hay una inquietante inconsciencia femenina en esa familiaridad de las esfinges sin secreto, con la despreciativa intimidadora, y sólo entonces comprendo que Ella no es seguramente de

su sexo, como no es de ningún sexo, de ninguna edad, de ninguna época religiosa. Su perennidad sobre todos los mitos consiste en que no representa nada. Y ese *nada* hace temblar como algo ya fuera de la imaginación humana.

Nos hemos dejado caer en la falda de arena, y distraídos por ese juego a que parecen entregarse los hombres de un día, vemos poco a poco retirarse el sol acerado de invierno. Con el día, uno a uno o por pequeños grupos se van también los visitantes, y al fin podemos acercarnos, sofocado el ruido de nuestros pasos por estas arenas como ninguna sordas que la rodean.

El crepúsculo toca a su fin, y la mutilada ha recobrado su divinidad inmarcesible envuelta en ese hálito, que es como el incienso de la hora azul, después del fulgor de cirios de la hora amarilla, que la inmaterializa hasta hacerla parecer nada más que una masa vaporosa de sombras. Sobre el profundo azul del vacío, agujereado de estrellas, también los otros fantasmas parecen a la vez salir y entrar en un encantamiento; son rosados siempre, como si se proyectara sobre ellos la aurora de alguna edad muy remota, y los extensos arenales y las dunas se colorean del mismo tinte extraterrestre, como

si en realidad estuviésemos en otro planeta.

Después, es el regreso, ya en la noche cerrada, bajando religiosamente la voz al aproximarnos a una de esas formas obsesionantes, apresurando el paso para distanciarla más pronto. La primera vez que vinimos con Zahir, yo temía también volver a perder el tranvía; pero él me preguntó si no me había agradado mi vuelta al Cairo en camello, y volví a dejarme conducir hasta el gran puente, sin que tampoco aceptara de ser remunerado. Después, nos acostumbramos el uno y el otro, y ya ninguna preocupación de la hora interrumpía las largas audiencias que nos acordaba la Esfinge. Envueltos ambos en el inmenso burnous de mi guía, él callaba y yo fumaba esta misma pipa que ahora fumo escribiendo, o bien conversábamos quedadamente, como en una iglesia. Podíamos creernos los únicos sobrevivientes en la linde de la necrópolis y de los desiertos, y jamás dos hombres de tan distintas razas se han sentido más reunidos por toda esa inmensidad que se hacía en torno nuestro, por esa eternidad que gravitaba sobre nosotros, sobre el fuego fatuo de nuestra existencia.

XV

En el mismo puente de Masr, viendo el río y sus barcas y sus darabiehs, nos encontramos con Zahir un día que, todo entero, queríamos emplear en visitar juntos los sitios del Cairo que ni él ni yo conocíamos.

Habíamos seguido la ribera, y sucesivamente nos aparecieron los palacios: el de Kasr-el-Doubara, el de Ibrahim Pachá, el de la Reina Madre, hasta el camino del viejo Cairo, Masr-el-Atika, más viejo aún que el Cairo antiguo. La mañana estaba límpida y oreada por las brisas, y nuestras largas piernas nos conducían alegremente por la vega en que, a través de los sotos, se percibía a ratos el pequeño brazo del Nilo. Humildes viviendas nos dejaban

entrever la existencia semejante de todos los pobres de la Tierra, y en un recodo del Matarieh vimos alzarse el sicomoro bajo el cual hizo alto, según la leyenda, otra pobre y santa familia durante la huída a Egipto. El hombre se llamaba José y tiraba por el cabestro un borriquillo en que venía montada su esposa. La mujer llamábase María, y llevaba en sus brazos un niño de leche.

Masr-el-Atika se empinaba, acumulando su ca-serío y dejando apenas angostos y tortuosos callejones por donde pudieran circular el vendedor de leche o el panadero. Voces discretas los llaman en la áspera lengua, se entreabren celosías, y una mano de mujer recibe las provisiones, y pasa la tableta en que se las marca con un tajo de cuchillo. Así habrá sido siempre y así será aún. Después nadie transita casi ese dédalo hasta la tarde, en que uno que otro creyente vuelve de las mezquitas. Y en cada hogar la existencia se prosigue reclusa, hermética, inaccesible para los extranjeros, existencia que, a pesar de todo, debe de parecerse a la nuestra, a la que llevaron las generaciones de hace siglos, a la que proseguirán las del porvenir. Porque en el fondo, ¿hay algo que difiera en el amor, la lucha de la vida y el reposo de la muerte?

Y yo, que amo por encima de todo a los pequeños, toda la mediocridad infantil de la suerte, el misticismo de las horas de recogimiento y el pensamiento sereno de la muerte, he venido esta mañana «desde los confines de la tierra», acompañado de mi amigo de azar, para visitar uno de los más viejos, de los más ingenuos y de los más penetrantes santuarios del Cristianismo. En una de esas callejas sórdidas, como abandonadas ya del sol, de las cuales se ha adueñado el polvo y donde ni siquiera se abisma el viento desecador del Egipto, vengo a encontrar la milenaria basílica de San Sergio, que existe desde los primeros tiempos de la palabra evangélica, desde que el pueblo fellah, obsesionado él también por la idea de la muerte, consagrando su vida a hacer vivir sus muertos, se apresuró a acoger la buena nueva de la resurrección. Un largo corredor sinuoso; un patio más viejo que todas nuestras civilizaciones, poblado por lisiados, estropeados y mendigos, y donde mi compañero musulmán debe aguardarme; una puerta baja, y me hallo en el santuario, saturado por el incienso de Arabia, trasudando sus muros, enjabelgados de paz, la decrepitud y la plegaria.

XVI

Casi no hay nadie en este día de trabajo; pero la misa copta ha comenzado detrás del iconostasio, y atravesando el primer recinto, destinado a las mujeres, y el intermedio, consagrado al baptisterio, yo voy a arrodillarme en el que nos está reservado a los hombres, delante de los iconos, casi borrados por el desvanecimiento de la luz de tantos días y por el frote piadoso de los labios que los han besado. Las columnas de mármol que separan los tres reductos deben de haber procedido de algún remoto templo de Isis, y el admirable techo de cedro es casi bárbaro; pero los delicados maderámenes que delimitan cada sección son minuciosamente calados como los trabajos árabes.

Cantos de catecúmenos, y tras de las colgaduras del tabernáculo furtiva aparición de sacerdotes en paramentos pontificales, con luengas barbas blancas, cubiertos, como reyes magos, por una alta tiara de oro. Hay una mezcla indefenible de pompa oriental y de cristianismo primitivo en esta arcaica ceremonia, y lo que contribuye a hacerla característica es un ruido de música estridente y el llanto de muchas criaturas que se escapa de la cripta. Yo sé, yo sé. Este es el sitio por excelencia donde las madres traen a sus niños enfermos, y yo sé también por qué bajan con ellos en brazos, las graciosas encubiertas adornadas por ajorcas y pulseras. Abajo, debajo de nosotros, hay socavada en la piedra viva una concavidad tres veces santa, en el sitio donde otra madre se acomodó hace mil novecientos ocho años para amamantar al hijo de sus entrañas. Posados un momento sobre esa lápida, que ha ido tomando la curva de su liviano peso como si fuera una cuna, los inocentes recuperan la salud del cuerpo y adquieren la del alma. Y la vecindad de este extraño lugar me conmueve (¿por qué no decirlo?) mucho más que ese Bethlehem donde he estado hace poco y que ya ha perdido su candor, banalizado por la explotación. Uno se sien-

te más en contacto con el pequeño Buen Pastor, el único que supo llamar en torno suyo a los párvulos, «porque el reino de los cielos es para los que se les parecen»; y apenas el oficiante nos ha ido incesando, uno por uno, a todos los fieles, yo desciendo a mi vez los tramos de piedra, inclinándome para no tocar con la frente la bóveda, y entre los arcos informes sostenidos por groseros pilares, me detengo para sorprender ese espectáculo constantemente renovado, ese cuerpecillo desnudo que una madre sumerge un momento en la obscuridad del nicho, como en un baño de gracia, ese gran clamor pueril arrullado por los cantos y las palabras de ternura maternas. ¡Qué lejos estamos aquí del doloroso Lourdes de los occidentales, montado como una manufactura de milagros, y qué cerca de los orígenes de nuestra religión de consuelo y de ingenuidad! ¡Qué lejos también, nosotros los pobres hombres, de la edad en que una madre hubiera podido ofrecernos así a la bendición de los elementos! La carne quemada por las pasiones, el espíritu impotente, ¿dónde encontraremos nunca la fuente de renovación para esa dolencia incurable que se llama el vivir? Y, sin embargo, postrado hasta rozar las losas gastadas

por tantas generaciones, me parece por un momento que, cuando vuelva a alzarme, yo también habré recuperado ese don, «sin el cual no entraremos en el reino de los cielos».

XVII

Mediodía, la hora del Khansim, cuando bajamos de Masr-el-Atika; pero en vez de volver al Cairo moderno, tomamos del lado de los baños de Helouan. Era un largo trayecto casi en pleno desierto—los desiertos aislan la ciudad—el que debíamos recorrer. Felizmente, el sol de invierno del Egipto no calentaba más que nuestros soles de otoño, y en los amplios bolsillos de las vestiduras de mi camarada venía toda una merienda: dátiles del color dorado de su piel; pasteles de maíz, como en mi tierra, y quesos de cabra, que su madre había amasado pensando en el Extranjero. Franqueada la primera zona de arenales, y cuando llamaba el mullah en la mezquita Sidi Bear-ed-Din a la

plegaria de la hora nona, que venía a ser las cuatro de la tarde, hicimos alto en un cafetín de la Puerta de Saadeh, y otra vez de las minúsculas tazas sentí exhalarse el perfume del moka, junto a las copas cristalinas de agua y al narghilé a dos boquillas que nos habían llenado.

Permanecimos entorpecidos de fatiga, de calor y de indolencia, viendo desvanecerse esa jornada. La habríamos deseado más larga o con etapas más breves; pero era preciso renunciar por ese día al museo de las momias reales, que Zahir, descendiente de Egiptius y de Danaida, deseaba ardentemente conocer, y al Cairo antiguo de las tres mil mezquitas, que yo había apenas entrevisto. Me habría interesado volver sobre todo a la de Al-Azhar, para que el analfabeto, que era mi príncipe mitológico, abarcase toda la mentalidad de su raza. Se me revelaba cada vez más inteligente, con esa intuición que ninguna instrucción puede suplir, y para mí, forastero, era un encanto—ya disfrutado con otros en otras partes—de iniciar en su propio país a ese hijo del Desierto, ahijado de la Gran Esfinge.

Y pensé que no la vería esa tarde por la primera vez desde mi llegada. Estábamos en los barrios

levantinos de la Puerta de El-Gobbaseh; no nos quedaba tiempo sino para llegar antes del crepúsculo hasta las tumbas de los sultanes mamelucos, y como al silencio vibrante del Desierto se había sucedido otro más sordo, apresuramos nuestro andar, pasando por esa como ciudad de la Bella Durmiente que forma el cementerio mahometano, con sus casitas entre los sepulcros, en las cuales viene a instalarse la parentela de los difuntos durante la estación religiosa que los conmemora. Pequeñas viviendas, pequeñas calles, pequeñas plazas, mezquitas como de enanos, y de trecho en trecho huertos sin verdura donde las estelas funerarias, coronadas las de los hombres por un fez de piedra, se yerguen como personas a medio enterrar. Y lo que las sumerge y cubre con su sudario, lo que amortigua nuestros pasos y sofoca todo eco, es la arenæ; la arena, que sube como una marea, que voltijea al viento en torbellinos enceguedores; que, refrescada por el plenilunio en las noches equinocciales, hace pensar en un infranqueable lavadero de plata, inabordable, inviolable; las arenas arábigas, el Desierto por todas partes.

Ahora hemos vuelto a hundirnos en él. La marcha es difícil como en los sueños, como si nos re-

tuviesen el pie a cada paso. Entonces, para acompañarlo, Zahir canta una melopea entrecortada, áspera como toda esta movediza aspereza que nos circunda. Y a fuerza de ver centellear los granos deslumbrantes, una mancha fosforescente parece conducirme como la columna de fuego bíblica, y yo mismo pierdo la conciencia de mi ser, zumbándome los oídos, anegado y disuelto en el silencio, que fuera ya de los dominios de la muerte y de la Inútil Espera, ha vuelto a hacerse sonoro.

XVIII

¡La muerte! El panteón de los que fueron califas del Egipto, lentamente se desmorona en medio de las soledades, disecado por la reverberación y desmigajado por el simoún; domos que titubean, especie de almodelas de derviche, rodeados de verjas todavía doradas, y cada uno como único en el pequeño desierto con que el Sahara los arropa. Las huellas de las pisadas sobre ese tapiz blanduzco se confunden y se borran con esos inconsistentes signos que traza el viento sobre las arenas, y los nombres de esos muertos parecen haber sido escritos también en arena por el viento, pues nada sobrevive de su orgullo, a no ser estos fantasmas de mausoleos. La dominación de los opre-

sores extranjeros, que durara, no obstante, trescientos años sobre la tierra de Isis, desapareció como un miraje. Y ahora, delante del alucinante horizonte, olvidados de los que los odiaron, los temieron o los reverenciaron, de todos los que han naufragado a su vez en el olvido, tolerados apenas por la obsesión macabra de este pueblo, nadie viene a alimentar siquiera sus lámparas votivas, que en otro tiempo deben de haber ardido día y noche.

Y, sin embargo, ¡qué exquisita filigrana cada detalle de estos tabiques de mármol, del interior de estas cúpulas, del calado de estas rejas, menos frágiles y menos efímeros que la vida y la pompa humana! ¡Qué inolvidable pátina leonada han dado los soles a sus mosaicos, sus jaspes y sus ónices! En la monotonía salmonada que tienen todos los granitos y los arenales todos de la Arabia, estas cuantas ruinas, agrupadas como para defenderse del tiempo, se acentúan lamentablemente lúgubres, alcázares de la nada, en las fronteras mismas del vacío.

XIX

«No dejes de acudir esta noche—me había dicho Zahir—, porque tendremos Luna, y como es nueva todavía, no habrá ingleses; pero como sale muy tarde, vente por el último tranvía. Yo te esperaré en la Esfinge.»

Puse, pues, el despertador y me tendí sobre la cama después de la comida, cuando aun había claridad. Me parecía que no dormía, y, sin embargo, creía hallarme ya en el lugar que habíamos fijado para encontrarnos: un desierto más intangible, en una atmósfera de nebulosa, donde los esotéricos triángulos toman proporciones vertiginosas. Y yo, que busco, como la primera tarde, inútilmente, la Esfinge, me siento anegado, como disuelto, en esa

vaguedad. De pronto brilla muy cerca un cobrizo menguante que resuena como un sistro, y, descubriendo á Zahir en la actitud hierática, comprendo no sé cómo que él es Ella, y esa ambigüedad de su sonrisa me revela la terrible farsa. Sus ojos buscan los míos. «Era yo—me dicen, sin que se desplieguen, sus labios—, y tú no me habías reconocido. Mi alma, por unos días del tiempo, se había encarnado en un fellah para salirle al encuentro a mis amigos lejanos. Pero tampoco podré responder a tu interrogación. Soy y no soy como todo, y, como todo, tú eres y no eres.»

El timbre claro del reloj me sacudió de mi adormecimiento, y me pareció aún más irreal encontrarme despierto en medio de la noche de un día que yo no había visto irse. Afuera reinaba una obscuridad completa, y como lo había calculado mi guía, en el tranvía de Giseh no había sino árabes.

XX

Mi sueño se continuaba en la realidad cuando debí avanzar al encuentro de Zahir. ¿Por qué no había venido a recibirme a la estacioncita? ¿Por qué obligarme a rehacer solo ese camino, que me había llegado a amedrentar?, y, sobre todo, ¿por qué reunirnos junto a Ella? Todo eso era, sin duda, sencillo; pero no contribuía a sacarme del sonambulismo, siempre a punto de despertarse, que viene a ser mi estado normal. Ese país, el más recluso en la Historia; esas horribles Pirámides; esta noche de cita con la Luna, la Esfinge y el árabe desconocido... Dos o tres veces he experimentado este desvanecimiento en que no sólo varias existencias se confunden, sino en que se funde lo que tiene con

lo que no tiene nombre. Y he llegado a pensar que no debe de ser otro el vértigo de la muerte.

¡La muerte! ¡La muerte! La pirámide de Cheops la representaba mejor que las tumbas ruinosas de los mamelucos o que las pobres tumbas anónimas; la solitaria pirámide, tentativa titánica para prolongar por la inviolabilidad LA VIDA DE UN MUERTO; la solitaria, la vacía pirámide de Cheops, privada por la profanación de su vértice macabro. Nuestra fe en la muerte era sin esperanza, como nuestra esperanza en la vida era sin fe, y era inútil nuestro amor, puesto que nacíamos y moríamos en irrevocable soledad, puesto que si los muertos no estaban sino ausentes, los ausentes sí que estaban muertos y sepultados en nosotros mismos.

Mi impresión se hacía intolerable, y entonces llamé a Zahir antes de descender la duna. El grito repercutió como si detrás de mí alguien lo hubiese modulado; pero nadie respondía, y me parecía que ya el silencio duraba siglos, cuando me sentí coger por la mano y una voz muy dulce me habló casi al oído.

—Sidi, ¿qué te pasa? La Luna va a salir en un momento, y yo no he olvidado nuestro albornoz.

¿Por qué tiemblas? Abrígate. Pareces un niño, Sidi.

Me cubría casi acariciador, y se disipaba mi pánico al contacto de ese flúido que emana de otro ser viviente. Una ternura me ganaba, un enternecimiento más bien ante la gran ilusión de sentirme acompañado. Ese momento de alucinación era tal vez, a la postre, el más real de toda mi existencia, y por la primera vez me sentía bien, porque no deseaba nada.

Detrás de nosotros, verde entre las rosáceas vaporosidades, había ido levantándose la Luna. Su soledad celeste iba a evocar bien pronto a la gran solitaria; pero como no nos habíamos acercado hasta ella, como aún el cuarto creciente egipcio no la había sacado de la sombra, yo podía creer que la mirada del fellah, como petrificado junto a mí, era «su» mirada y que era la suya esa sonrisa que veía vagar por sus labios.

E insensiblemente fascinado, me inclinaba sobre esa boca, que se movía en el murmullo de una plegaria, de un ensueño o de un reclamo, que tal vez, ¡quién sabe!, podría revelarme el secreto...

XXI

Era mi último domingo del Egipto cuando volvimos a reunirnos en el puente para visitar juntos el Cairo antiguo.

Habíamos tomado del lado opuesto del viejo Cairo y pasamos junto al Museo de Boulak, cerrado ese día, y al cual debíamos venir antes de mi partida. Todo el barrio Rosetti, del teatro, de los bancos, los correos y los consulados, del Shipard's Hotel y el Thos Cook and Son Limited, y enfrente la estación por donde yo había llegado de la Palestina y por donde volvería a seguir viaje hacia las Indias, nos internamos decididamente en la ciudad de la cual hablan los cuentos de las mil y una noches, y que cubre cuatro le-

guas de extensión. Ibamos a encontrar en nuestro trayecto iglesias griego-ortodoxas, armenias, marronitas, sirias y grecocatólicas y católicolatinas, en que a esa hora se celebraban las distintas misas, sinagogas y hasta pagodas; pero, sobre todo, íbamos a ver sucederse la serie incontable de las mezquitas, desde la de Zaéivet ibn el-Balkhi, cerca de Bab esh Shariyeh, hasta la de Sultán Kaloum, cerca de Bab-el-Nastani y de Bab-el-Gebel; las de Murist-Kaloum y de el-Benat, la de el-Muayad, de Asun y la Rifaiyeh; las de Sultan Kassan, de Emir Akhor y de Suleiman Pachá. A cada una penetramos un instante con el fácil acceso del Cairo, que difiere en esto y en casi todo de Stambul. Cubierto con el tarbouk que yo había traído de *allá*, cada vez me sobrecogía la misma sensación retrospectiva, y vuelto hacia el Mihrab, más que admirar los arabescos y los calados, yo revivía en un instante las horas pasadas, mi florecimiento de amor, en esa primavera mística y sensual de la Turquía, lo que fué y no volverá a ser.

Y era la música lo que mecía este sueño, no una música de canto, sino la grande, la suprema música cantante de la palabra, que en *el-Kietabet* («el Libro de los los libros») alcanza incomparable ar-

monía. No se necesita penetrar el sentido para sentir la magia, y uno se explica el hipnotismo producido desde hace mil trescientos veintiséis años sobre la tercera parte del planeta, el extático sueño del Islam en medio de nuestras agitaciones modernas. Una vez más predomina sobre el pensamiento la combinación cabalística de los sonidos, y es que fuera de ella las palabras, aun las más profundas, no son sino palabras que caen inanimadas porque han nacido muertas. ¡El don precioso, el raro, el divino don del ritmo! Pero ése no se adquiere, y hoy en día, como ayer, apenas una docena de hombres diseminados por la Tierra pretendemos arrancar de la entraña de nuestra respectiva lengua el acorde justo y secreto.

Después de la calle estrecha, sofocada como remate por las ventanas salientes, de la plebe levantina, del *Kabardah!*, *Kabardah!* (¡paso!, ¡paso!), de los que preceden algún cortejo, los tropeles de mulas, los camellos, las mujeres como esfinges, con un garfio de madera que retiene a la nariz los velos, los vendedores, todas las pequeñas e inmemoriales industrias de la calle, era cada vez un baño de quietud y de frescura penetrar en esos patiecillos de mezquitas, amurallados como claus-

tros, no dejando pasar nada del vaivén exterior; poblados de pájaros que revuelan y de fuentes que cantan, donde sólo algunos ancianos en turbante blanco, con blancas barbas y blancas vestiduras, se ensimisman en una contemplación blanca, considerando tal vez de hito en hito la muerte, mientras abísmanse sus miradas en el tapiz que el sol extiende sobre el césped o que sacude en el aire, haciendo danzar los átomos de polvo y de polen y el rocío de agua de los surtidores. Y yo me imaginaba a mi Zahir, de aquí en unos cuantos años, viejo como estos viejos, encorbado sobre la fosa, y medrosamente trataba de descifrar a través los rasgos de su juventud de hoy, toda la decrepitud de mañana y pasado mañana la siniestra descar-nada mueca que adquiriría su boca enigmática.

XXII

Esa mueca era la que habíamos venido a ver al Museo de Boulak, y era precisamente Zahir el que había demostrado mayor afán. Toda la parte baja del afrentoso edificio sajón: los ataudes pintados, ya casi en forma de momia, con sus cabezas de cariátide colocadas sobre estrechos hombros, todos los ídolos y las esfinges, sonriendo con la misma sonrisa estereotipada, los bajorrelieves, los camafeos, los papiros, los vasos canopes destinados a las entrañas humanas, habían dejado indiferente a mi amigo, quien sólo se había detenido una vez delante de una estatua del dios Ré, el Kouchitz, con hocico y mostachos de gato, que en la mitología egipcia guarda la encrucijada entre la vida y la

muerte. Pero cuando subimos la escalera, a pesar de estar en pleno día, sentí que me oprimía el brazo con una medrosa impaciencia de niño. la curiosidad infantil y timorata de todos los hombres por la muerte.

Estábamos en las antecámaras reservadas a las momias de los animales sagrados. Zahir volvió a disminuir el paso delante de la de un gato, irresistiblemente atraído, como yo, por la gracia felina. Y examinamos, atónitos, esa cosa inmóvil, todavía flexible, que había rebotado, saltado, jugado, hacía cinco mil años y cuyos ojos de esmalte parecían conservar la fosforescencia de la vida. Bruscamente comenzaban las máscaras humanas, coronadas de rosas, todo un carnaval de la época greco-romana, que nos seguían con los ojos, tratando de hechizarnos y de retenernos, las máscaras color carne, alternando con las máscaras de oro, y la primera momia apareció sobre la primera mesa, colocada en el centro, como un túmulo, la de un recién nacido cuyo rostro había sido dorado a fin de aplacar las malas artes que podía ejercer sobre la familia que lo había hecho salir inútilmente de la nada.

La cámara de las momias, expuestas, no sólo sin

grandeza, sino sin ningún respeto, en escaparates de vidrio, con los nombres gloriosos escritos sobre una etiqueta. Esa primera señora, envuelta todavía, a la cual nadie ha mirado la cara y que tiene otro recién-nacido sobre su almohada, es una faraona muerta al dar a luz. Y sin querer, yo pensaba que en el féretro de mi madre se encontraría también el esqueleto del pequeño ser que le costara la vida. Esa otra, ya descubierta, es otra princesa, por cuyos párpados entreabiertos se filtra una irónica chispa. El embalsamamiento o la pintura habían sido mal ejecutados, y ahora se confunden las máculas de la descomposición rayadas y verdes como las huellas de un látigo y contribuyen a darle ese aire terrorífico. Zahir me tiró por la manga para alejarme, y yo presentí, por el extravío de sus ojos, que el fantasma de la mujer muerta al dar a luz, ese temido churel de los orientales, penando, con los pies vueltos al revés sobre los tobillos, por las rutas solitarias y conduciendo al tormento a los hombres, o el fantasma inaplacado de la momia a medio pudrir, obsesionarán durante muchas noches sus sueños.

Hétenos, puede decirse, ante la dinastía faraónica, colocada por orden cronológico, de nieto a

padre y a abuelo: Ramses cuarto, Ramses tercero, Sethos segundo, Sethos primero, hasta llegar a Ramses segundo, el gran Sesostris. Ese vejete, con el cuello en que se ven las cuerdas de los tendones, mostrando las encías y los dientes flojos, fué, rey de reyes, el señor del Mundo, célebre en su época y en su juventud por su belleza y su fuerza. Y yo volvía a pensar, a pesar mío, en ese otro museo de los genízaros, en Constantinopla, donde sobre un inmenso sarcófago patinado por el mar, en cuyos fondos permaneciera sepultado durante siglos, ornado por los bajo-relieves de todas sus batallas, una calavera humana tenía pegado en un papel un nombre: «Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia.»

Era el llamado Alejandro Magno, conquistador del Egipto y fundador de Alejandría, vencedor de la Grecia, de la Persia y del Indo, envidiado por César e imitado por Napoleón.

XXIII

Iba a ponerse la Luna, cuando pisé por última vez la arena para despedirme de la Esfinge. Yo sabía que en esas noches de plenilunio todo el Sheperd's Hotel viene como a una playa de moda a tomar baños de misterio alrededor de las Pirámides, y que, en una especie de silenciosa danza serpentina, los guías revolotean con sus burnous desplegados, como un enjambre de efímeras, sobre la limpidez espejeante del Desierto. Por eso había tomado, como la otra vez, el último tranvía, y los grupos que me cruzaban en el camino me hacían concebir la esperanza de quedarme solo.

Solo con Zahir, con Ella y con la Luna declinante, menos argentina esta noche, como si la empa-

ñase el vaho húmedo que exhalan las tierras irrigadas por los intrusos, todos esos vapores invernales desconocidos antes en la tibieza del Egipto; de una lechosidad de ópalo que se muere, la Luna, sobre el rosa inexplicable de los arenales y los granitos.

Y era también aquí, en las desolaciones del páramo, que se me había revelado la magia de las fases de la Luna: de la Luna nueva, afilada como una segur de acero; esquife misterioso de Hécate recogiendo a los muertos, cuyo creciente desata las mareas y los torbellinos. De la Luna llena, donde miramos como en un espejo convexo la eterna huída al Egipto de nuestros sueños; Tanit, la Rabbet, fúlgida redoma de aljófar en la cual se embeben las almas como se disuelven los cuerpos en el légamo de la tierra; cuya plenitud aletarga las olas y las mece, cual si estuviesen suspendidas como una hamaca a sus largos rayos sedeños. Del último cuarto de la Luna, parecido al sistro de bronce de mi pesadilla; Diana-Astarté-Selena, tres advocaciones distintas y una sola divinidad; cuyo menguante aplaca las arenas y retira a su vez las mareas, como una red de mallas escamadas. Y yo no podría olvidar de ahí en adelante mi iniciación en

las noches blancas a cuya luz sin calor maduran, sin embargo, todos los frutos del ensueño.

De pie, y apoyado en la base de la Esfinge, Zahir me veía avanzar mientras se alejaban los últimos perturbadores. Y desde lejos yo abarcaba el cuadro y trataba de fijarlo en mi memoria: Ella, al acecho, ya casi en la sombra, y, pequeño, hasta parecer un niño a su lado, el árabe, envuelto todavía en la taciturna claridad del astro, que se ponía hacia Duchur y Sakkarah, sobre las pirámides de Menfis. El firmamento, donde estudiaron los primeros astrólogos, recuperaba de momento en momento su profundidad y la intensidad de sus constelaciones y levantaba el Mar-sin-Agua sus ondulaciones inmóviles y el geométrico triángulo de sus sepulcros.

Y la gravedad en que se habían pasado nuestros coloquios se aumentaba ahora con esa inquietud que se lleva en las entrañas la víspera de las separaciones; tristeza angustiosa que siempre me sorprende como nueva y es, sin embargo, la misma que vengo experimentando desde el comienzo de mis destinos; separación de los seres que se van; separación más resignada, pero no menos desgarradora, de las cosas de las cuales nos vamos. Algo

del alma de la Gran Esfinge había intervenido en mi amistad con ese fellah y se me había infundido para siempre; algo de su sombra había caído sobre mis espaldas y se había confundido con la mía, errante y solitaria. No la volvería a ver, no le volvería a ver. Y este nuevo alejarse de una afec- ción nueva, era otro destierro más en mi destierro de siempre.

No habíamos cambiado sino monosílabos. Brus- camente comprendí que era preciso concluir y, después de una última mirada, nos alejamos sin volver la cabeza. Yo sentía como si Ella nos siguie- ra con los ojos. Aún la pirámide de Cheops no había tenido para mí su prestigio casi humano, y era su cabeza náufraga la que mejor me había hecho medir el Sahara a la luz ultrar-refleja. Y ahora el Desierto, las Pirámides y la Esfinge transponían, como la Luna, el horizonte de mi vida.

Callados en el trayecto, no parecimos desper- tarnos sino cuando el mehari se detuvo por sí mis- mo en el término acostumbrado. Entonces, el gamal, con indiferencia, se informó por la primera vez so- bre el hotel en el cual yo me alojaba y sobre la hora de mi tren. Evitaba mirarme, y su frialdad ahon- daba mi emoción. Yo le tendí las manos desolado.

—Esta vez es adiós, Zahir—le dije con un reproche en la voz.

—Será, pues, adiós—me respondió con su sonrisa distraída.

Montó a su vez y volvió riendas sin volver tampoco la cabeza. Yo me quedé inmóvil ante la negrura del Nilo, que rodaba abajo. A lo lejos, muy lejos, el resplandor del Cairo. Entonces, al ruido de las pisadas que se alejaban, tuve que aferrarme al parapeto del puente, porque sentí como un vértigo el desamparo de la obscuridad, del frío y el silencio.

XXIV

Los primeros proveedores asaltaban el Sheperd's Hotel, cuando dejé la cama donde había dormido el sueño agitado de las partidas. La luz era falsamente cenicienta en ese país de los cielos azules, que yo no había conocido sino bajo la impresión de su invierno importado. Como siempre en retraso para mi equipaje, oí apenas al criado que me decía alguien esperaba abajo y me apresuré a cerrar las maletas para que pudiera llevárselas.

La cuenta, los bakshiches complicados y, al volverme, abrochando todavía mi abrigo, la sorpresa de encontrar a Zahir, que tenía en cada mano una de mis valijas.

Salimos juntos, marchando a pie hacia la esta-

ción, que no estaba lejos, y yo le dije cuán gentil era de su parte el haber venido para despedirme.

—¡Pero si yo me voy!—me interrumpió el árabe, que me seguía de un paso.

Me volví, atónito.

—¿Dónde, Zahir?

—¿No es a la India adónde vas?—dijo él tranquilamente—. Yo también he traído mi bagaje; pero que cabe en un pañuelo.

Esta vez me detuve, y le miré a la cara.

No reía: sonreía como siempre, como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Yo reemprendí el camino, aturdido por la aventura. Era, pues, un niño, y había creído se realizaban los milagros: el milagro de las uniones por simpatía, el milagro de los viajes inesperados; todo eso en que yo mismo había tenido fe en otro tiempo. Y dulcemente traté de hacerle entender razón, de hacerle ver lo que el egoísmo de la vida me había enseñado por mi desgracia: que todo obedece a una realidad implacable; que él no podía abandonar la madre viuda, la novia amada, tal vez; que yo no sabría qué hacer de él ni de nadie, puesto que yo mismo me aferraba a mi soledad. Además, y había

que pensar en todo, yo no era tampoco rico para pagarme el lujo de una escolta. Adiós, pues; tal vez un día volviéramos a vernos.

Zahir no respondía, y ambos apresuramos el paso, porque la hora apremiaba; pero mientras caminaba y hablaba, yo sentía vagamente que había olvidado algo en alguna parte y sólo al entrar en la estación, vi materialmente en mi memoria un pedazo de cuero colgado a la falleba de una ventana. Era, pues, mi asentador de navajas, un recuerdo de familia, lo que había dejado estúpidamente en el hotel. Me desolaba en voz alta; pero antes que me repusiera de mi sorpresa, ya el árabe desandaba a grandes pasos el camino que acabábamos de recorrer.

Consulté el reloj: Faltaba un cuarto. Entonces, toda perplejidad se apaciguó en mí, porque quien iba a resolverla era el Destino. Ahora no se trataba sino de saber si alcanzaría Zahir a tomar el tren conmigo. Y con los ojos fijos en la puerta y en el minuterero, esperé esos cuantos minutos que tal vez iban a decidir nuestra suerte.

Diez..., cinco... Los últimos pasajeros habían desembarcado la taquilla, cuando el árabe reapareció al final de la calle, agitando sobre su ca-

beza la correa de cuero. No parecía apresurarse, y, entonces, sin vacilar, tomé los dos billetes para Port-Said.

Un momento después, sentados frente a frente, veíamos correr por las ventanillas el paisaje del Alto Egipto, y Zahir, con mi mano entre las suyas, me explicaba bajito que él había tomado su determinación desde el primer día y que, aunque me hubiese opuesto, él se las habría compuesto para seguirme. ¡Oh! ¡Yo vería cómo se arreglaba a fin de no pesarme y cómo me sería útil! Jamás habría consentido en dejarme seguir solo a mí, tan desarmado para la vida. La novia sabría esperarle, y en cuanto a la madre, seis hijos más eran guías como él en las Pirámides. Un día volveríamos, pero juntos... Y yo cerraba los ojos, mecido por el tren y por ese cuchichear en que un niño salvaje, tomaba sobre sí todo el peso de mi existencia vagabunda y desencantada.

XXV

Era casi medianoche cuando llegamos a Port-Said, y mi servidor, que me había suplicado dejar a su cargo la parte material de nuestro viaje, discutió en árabe con los guías de los hoteles, hasta que en el andén no quedara sino uno, más tenaz o más dispuesto a transigir. Cargó, finalmente, las maletas, y seguido por Zahir, que no se separaba de mi saco de mano, comenzamos una marcha por calles que se me antojaban equívocas, en un puerto entre todos pérfido. Por fin, una escalerilla apenas alumbrada y un recibimiento donde no había sino un viejo sofá Luis XV desvencijado y otra puerta, por donde el dragomán había desaparecido.

Estábamos rendidos de fatiga, y la inexplicable

espera se prolongaba. Ruidos vagos nos venían de detrás de esa puerta cerrada, que Zahir miraba con insistencia. Yo estaba furioso de que por economizar una piastra me hubiese conducido, para inaugurar su servicio, a esa madriguera, y, demasiado tarde para buscar otro hotel en la ciudad desconocida, llamamos varias veces, sacudimos la puerta. Entonces apareció una cabeza inquietante, y nos dirigió palabras melosas y halagadoras sonrisas: Preparaban nuestra habitación; un momento, y todo estaría listo... Y volvimos a quedarnos solos, oyendo siempre esos rumores confusos, sin tener siquiera una idea del sitio en que nos hallábamos.

Media hora habría transcurrido así, cuando el mismo personaje melifluo vino a ponerse a nuestras órdenes. Con grandes reverencias nos precedía por un pasadizo interminable, al cual se abrían a derecha e izquierda puertecillas numeradas, como las de las casas de baños y concluyó por empujar la última y darnos las buenas noches, dejando sobre la mesa una bujía a medio consumir.

Era una alcoba disparatada donde no había dos muebles del mismo estilo. Las sillas cojeaban; las cortinas estaban medio arrancadas; la sobrecama tenía manchas dudosas. Una lucha parecía haberlo

trastornado todo, y examinando las puertas y un tragaluz que caía a una calleja negra, vimos que ningún pestillo funcionaba. Fué preciso fortificarlas con la cómoda y el lavabo, amarrar a los postigos una toalla, y como no había sino un lecho, Zahir me hizo acostarme y se instaló en el sillón dispuesto a velar mi sueño. Mis ojos se cerraban, y mi última visión en aquel cuarto de pesadilla de enfermo, fué mi árabe, trajinando el *necessaire* y dejando a mano, sobre el velador, una pistola Browning.

Debía de ser ya muy de día cuando me desperté con la sensación de que alguien me miraba. Zahir dormía en su sillón; pero sin que yo supiera por dónde podía haber entrado, el hombre sonriente, me sonreía, y viéndome hacer un movimiento, se apresuró a decirme que acababa de traer el agua para nuestro tocado. Yo salté sobre el revólver, presa de una cólera en que daba rienda suelta a nuestras inquietudes de la víspera; y como el intruso hubiese desaparecido como había venido, nosotros franqueamos nuestras propias e inútiles barricadas; en paños menores, en el corredor desierto, gritamos Zahir y yo, en diversas lenguas, que recibiríamos a tiros al primero que tuviese la

insolencia de entrar sin llamar a nuestra habitación, y que seguramente no pagaríamos ese alojamiento de bandidos. Fué una escena de una bufonería que acabó por ponerme de buen humor a mí mismo. Pero como si la hubiesen tomado en serio los invisibles posaderos, y, sobre todo, como si tuviesen algo sobre la conciencia, ni alma viviente nos pidió cuentas cuando, con gran estrépito, arrastramos nuestro equipaje por las escaleras.

XXVI

Del albergue, del cual nos habíamos alejado aprisa, y que no debíamos volver a encontrar, como si se hubiese escamoteado como una trampa, caímos en esa ciudad animada por una fiesta perenne, empavesada de todos los colores, con aglomeraciones y músicas en cada esquina, con tiendas llenas de cosas exóticas y grandes cafés desbordando sobre las aceras, donde los lustrabotas se apoderan a la fuerza de los pies de los consumidores. Se habla todas las lenguas, se ven todos los uniformes y los trajes. Es un solo bazar, tenido por forbantes judíos y por piratas griegos. Y en el puerto un barco entra o sale a cada hora, como en esas esta-

ciones de empalme donde tan pronto se deja pasar un tren como se anuncia otro.

Fuimos a divisar nuestro «Nyanza», que sólo debía zarpar en la tarde. E instalados en la terraza de uno de esos cafés, pasamos las horas viendo desfilar delante de nosotros todo lo que pueden vomitar las sentinas cosmopolitas: hombres sin oficio ni beneficio, endomingados y enflorados, fumando puros con grandes anillos; tímidas Gretchen que vienen a ganarse la dote mientras el novio hace su servicio militar; comparsas de marineros mareados de sólo encontrarse en tierra firme; orientales, levantinos y de ninguna patria; italianos de Abisinia, españoles de Filipinas; y los eternos insulares y las sempiternas inglesas que, ellos, sí, habían dormido en hoteles de todo reposo, bajo la protección de la bandera de Thos Cook and Son (Egypt limited). Era la desembocadura a Bab-el-Mandeb, «la Puerta de los Peligros», la entrada al otro hemisferio de la civilización. A partir de ese punto, la Europa se quedaba atrás. Y Siam y Anam, la India, la Indo-China, la China, todo el Extremo Oriente, estampaba a fuego el sello de su sol, sobre el cielo caldeado al rojo blanco.

S E G U N D A P A R T E

DESDE EL EXTREMO ORIENTE
HASTA EL ORIENTE

I

El Desierto a ambos lados, toda el Africa y todo el Asia que mi mirada vuelve a reunir desde la cubierta del «Nyanza». Es de noche, y el estrecho camino de agua que seguimos, y que ha separado las inmensidades de la Syria y de la Nubia, puede pasar inadvertido. Pequeños puertos-draga, establecidos como oasis en los bordes, nos proyectan el chorro cegador de sus reflectores. Y es fantástico navegar así, en plena aridez y en plena luz, con una linterna a la proa y toda la bóveda sideral suspendida sobre los masteleros.

El mar, el mar Rojo. El día otra vez y el sol. Y ahora es Baal-Zeboub, el Gran Destructor, el que ha hecho se entolden todos los puentes para que

los pasajeros puedan resistir la travesía. El aire se ha detenido, el agua misma hierve a la vista, porque donde hemos penetrado son las regiones del fuego, con la silueta del Sinaí a la distancia, el Monte de los Relámpagos. Y Zahir vuelve hacia atrás la vista, él, que no conocía los horizontes marinos, y sintiéndose tal vez como perdido, busca el amor de mi compañía, lo único que lo religa a su pasado de ayer, que ya es definitivamente el pasado.

Zahir, maravilloso, sin embargo, de adaptación, habiéndose arreglado yo no sé cómo para ganarse su pasaje y hacerse indispensable a bordo. El hecho es que ese árabe del Desierto es el niño mimado de la tripulación. El cocinero le reserva los mejores bocados; el dispensero y el cantinero le regalan frutas y botellas, que convierten en alacena mi guardarropa; y, en medio de esta disciplina que nos separa en clases infranqueables, tampoco sé cómo consigue cada mañana hallarse en mi camarote a la hora de mi despertar. Porque no permite que nadie se ocupe de mí, y ni los zapatos del capitán tienen la inmaculada blancura que él sabe darle a los míos. Me afeita, me fricciona en el baño, carga con mis libros y papeles e instala mi mecedora en el

sitio más fresco del spardeck. A veces viene a sentarse a mis pies, y me da aire con el abanico. A veces desaparece misteriosamente hasta hacerme creer que no se encuentra a bordo, y, bruscamente, cuando pido un vaso de agua, es él el que me trae un sorbete o una limonada. Adivina mis gustos, previene mis deseos, y su asiduidad es silenciosa y discreta como la de un genio tutelar.

A mí me parece haberlo tenido siempre conmigo, y me abandono a esa existencia regalada y sin preocupaciones. Por lo demás, el alta mar ha cortado toda amarra. Ningún temor de visitas o cartas importunas, ninguna obligación que llenar. Nada más que soñar o más bien dormir, aprovechando esta primera suspensión de hostilidades. Proyectos vagos y, por lo mismo, sonrientes; reminiscencias imprecisas y gratas por lo tanto. Un abandono oriental en que se deslizan los días, como el barco por estas olas, como las olas por este barco, sin que se sepa siquiera que avanzamos. De cuando en cuando, una palabra negligente y benévola, un pequeño saludo cordial. Las amistades entre compañeros de viaje tienen ese encanto, de ser sin compromiso alguno: se aprovecha de ellas a sus horas; otros días, en que la pereza nos domina, aíslese uno en

su ensueño. A veces, entre personas de distinto sexo, simpatía espontánea, germinando sin malicia y deliciosa intimidad lejos del miedo al «qué dirán». Y alrededor nuestro el mismo armisticio bienhechor, los hombres desarmados por la primera vez entre sí, su egoísmo haciéndose oficioso para los otros, como purificados por el aire libre y por el contacto del mar, bajo el sol vivificante o el apaciguador firmamento; vueltos al ser primitivo, pero sin codicias, ni exigencias, ni imposiciones. Una tal buena voluntad y buena inteligencia distiende los nervios del más pesimista y nos predispone a creer que lo que entraba las relaciones sociales no es sino un malentendido que algún día (¿por qué no?) puede allanarse. Y cuando se vive así, ni se desea morir, ni se teme la muerte.

El tiempo ha pasado, y ha vuelto a cogermel terrible engranaje. Entre mi brega de antes y mi brega de después, Zahir conserva el privilegio de haber representado para mí la hora buena de paz; más aún: él había hecho replegarse mi soledad a la sombra; pero nada más que por esa única hora de tregua, sea bendito su recuerdo y bendecida su suerte.

II

Y una mañana nos despertó algo inusitado. El barco había detenido su marcha. Paralizado el batir de las hélices y el remover de las aguas, un curioso silencio se hacía a bordo, compuesto de ruidos domésticos, crujiendo todos los puentes bajo el tropel de los pasos, sonando las voces abajo, en pasadizos y camarotes, con la indiscreción de los hoteles amueblados, y las de arriba, como en una puerta abierta de par en par sobre el campo. Y cuando alcé mi tronera, otros gritos nos llegaron desde el mar con el rumor de remos de las chalupas, y venía de más lejos el murmullo indistinto de la costa próxima. Lo curioso, sobre todo, era ese silencio del mar, por encima de todas las cosas, como

apaciguadas súbitamente también en el golfo casi inmóvil.

Era Aden, la Arabia, el camino a la Meca. Saltamos con Zahir en una embarcación cualquiera, y no tardamos en encontrarnos en tierra, si tierra puede llamarse ese suelo que participa a la vez de las playas y los desiertos. Anodinas factorías europeas que me recordaban cualquiera otra parte, colonos que se parecían a gentes que yo había encontrado en calles y plazas occidentales. Lo que era de aquí era la atmósfera y el horizonte, sobre cuya línea divisábamos las costas berberas.

La atmósfera que vibra como una cuerda demasiado tensa y en la cual el silencio podría llamarse sonoro. La desolación hambrienta, todavía de las siestas africanas, el infinito cansancio de la monotonía. Ciertamente, esta comarca es ya del Asia; pero su sol, no; muy del País de la Sed este sol dormido, como esas peonzas que en fuerza de girar vertiginosamente llegan a parecer inmóviles. Y nada que acuse tan crudamente el desenvolvimiento rítmico de las horas, la espléndida vacuidad de la vida.

Caminamos, caminamos, por callejuelas estrechas y empinadas como las de toda ciudad árabe.

¡La sucesión de viviendas cerradas, los largos lienzos de pared, toda esta sombría reverberación blanca! Y tácitamente volvemos sobre nuestros pasos, para caer en el meidan del pueblo, donde algunos camellos éticos se reposan por tierra, junto a una de las cisternas salomónicas, en una caricaturesca postura de pobres diablos de esfinges. Desde ahí se domina otra vez el golfo arábigo, caldeado y también aletargado, en que sólo la chimenea del «Nyanza» arroja un poco de humo, y nos tarda volver a bordo, aunque hagamos para ello un largo rodeo por los bazares.

Silenciosos también, en el zumbido del aire, con sus interiores tapizados, donde, mesuradamente, cabecean los mercaderes. Enervados por el fuego, que parece desprenderse de todo, Zahir y yo recogemos esas visiones, que pasarán como una visión, sin que nunca más podamos reconstituirlas. Cada cosa que nace, para nosotros también muere, porque no hemos de volver a verla. Y hay en todo, en los gestos de los que nos cruzan y en el eco de las palabras que cruzamos, una pausa de ensueño, de cosa perdida o de recuerdo, imprehensible como todo lo que nos rodea bajo la luz de este día.

III

El océano Indico, florido y perfumado como un jardín, después de la sedienta travesía del mar Rojo. En las noches, sobre todo, frondosas, cargadas de luminarias, las brisas juegan con las olas, y resuenan en el spardeck, en la obscuridad de las aguas y el silencio de las soledades, las risas de todos estos niños que llevamos a bordo, ceceando diversos idiomas, como pájaros parleros entendiéndose en el mismo balbuceo. Zahir los adora. Cuando me abandona es que está con ellos. Y ellos se disputan ese gran camarada que brinca con movimientos demasiado grandes, que los sacude y los aturde, y que después, sin aliento, viene a adormi-

larse a mis plantas, para rebotar otra vez apenas vuelve a interesarle el juego.

Así se pasan los días, blancos, aunque una inquietud haya venido a insinuarse sordamente en mi interior. La India va a revelársenos mañana. Yo la he soñado, como otras comarcas, pero por encima de todas. Y como la realidad ha ido desencantándome el mundo, ahora temo se desvanezca también el prestigio con que duerme en mi imaginación el país de todas las fantasías. Es el último desembarco de Simbad en la última tierra donde se haya refugiado mi ilusión. ¡Por qué agitarse, Dios mío, si es para salirle al encuentro a una decepción nueva y si hemos de cambiar en pobres cosas vistas las maravillosas cosas soñadas! Sólo con los años he aprendido que se viaja para después, para el día en que, ya convertido en pontón, el barco recuerda sus campañas. Entonces sólo son completas, porque en la distancia y en el tiempo.

IV

Y otra mañana Ceylán, y otra barca hendiendo el azul índigo del puerto para aproximarnos a lo que creíamos inaccesible y casi irreal. Calles, vehículos tirados por cebus, y parques. Largo emboscarse al interior de Colombo en esos rischshaws que un shampanis enganchado entre las varas conduce furtivamente. En un alto para comprar bananas, nos dan tantas por una moneda ínfima que yo creo que se equivocan, y el frutero, creyendo que protesto, echa algunas más al cochecillo. Niños desnudos nos tiran a su vez jazmines sin tallo y nos persiguen con sus gritos. Las aves se responden desde todos los ramajes, y tocan su desesperante sordina al oído cínifes y mosquitos. El bochorno

es aquí húmedo como un baño a vapor. Las manos mismas transpiran. Se quisiera reposar bajo los altos árboles, pero sin volver a levantarse. Se imagina la frescura lustral de una cascada. Y los olores, demasiado cargados, de esta vegetación, se suben al cerebro, donde parece hervir la sangre.

Poco a poco la noche que asciende, el silencio dulce y ahumado de la noche india, como una exhalación de vapores de la tierra humeante. Detrás de los boscajes y a través de las ramas, mil espejos de acero poco a poco se doran para hacerse azulados poco a poco y enfriarse en la sombra. Los senderos violáceos, con ruidos perdidos de esquilas y cantos alejados de boyeros. El clamor vespéral de los cuervos. El indescifrable susurro de la fronda sobre nuestras cabezas. Y más arriba, un firmamento que nos parece más elevado, donde las estrellas son más distantes e inmóviles, pero en el cual brillan aún las más pequeñas.

Y entonces, los concursos en los claros de bosque, gentes que salmodian sentadas al pie de un árbol y un círculo de otros que las escuchan de pie, en silencio. El río, franqueado sobre un puente de madera y, del otro lado, una avenida con pagodas a ambos costados, abiertas y desiertas, con

todas las luces encendidas y la humareda aromática de los pebeteros; la sombra sigilosa de una eurasiana cargada de brazaletes tintineantes; la silueta de un mancebo que lleva por todo sari una serpiente enroscada a los riñones. Más lejos, otra vez el puerto desvelado sobre las aceras, rumor de labios amorosos y palabras suspiradas entre tañido de cuerdas; una especie de beso interminable que se da la Naturaleza con el gran nocturno indiano, bajo el ópalo de Ceylán de la Luna, en la capitosa penumbra, en el tibio regazo de esa isla edénica, abrazada a su vez por el Océano.

V

Ahora tocábamos el término del viaje. Afirmando en la borda, veíamos enderezarse la Cruz del Sur, que había presidido los sueños de mi infancia, y departíamos en voz baja, intimidados por el medroso murmullo del oleaje, que se arremolinaba a nuestro paso y que parecía pactar con las sombras. Cambiábamos proyectos para nuestro porvenir allá abajo; pero ni Zahir me decía su inevitable nostalgia, ni yo hablaba de mi inquietud por esa etapa tierras adentro, en la cual sabe Dios lo que me estaría reservado: mi pena de marino de ver concluirse mi vida libre del mar. La tierra, que, más avara, ni los despojos devuelve de aquellos que se traga, iba a maniatarme otra vez con las mil tra-

bas de sus compromisos. Y esta vez era el Asia, la India, gastada por nuestro inútil empeño de todos los tiempos. Lo que así enturbiaba el golfo de Bengala eran las aguas del Ganges, el río sagrado. Y siguiendo su curso limoso, cerca ya de su desembocadura, íbamos a desembarcar al amanecer de mañana, en una inmensa ciudad mercantil cuyo nombre es Calcuta.

VI

Decididamente, los albergues mercenarios no nos convenían, pues en ese Criterion-Hotel de Hare-Street, tenido por una rusa como elefantizada por los climas tórridos, nuestra primera noche fué una serie de lecciones.

Teníamos el hambre que dan todos los cambios de ambiente y que se despierta imperiosa en mí después de cualquier emoción, como un desquite de mi naturaleza. Esperábamos la hora en que se nos llamaría a comer, y el ruido de la vajilla y el relente de los manjares exacerbaban nuestra impaciencia.

Pero la hora se pasaba sin que nadie recordara nuestra existencia.

Zahir tomó al fin el partido de ir a informarse y, al volver, él, que no manifestaba jamás sus sorpresas, parecía estupefacto.

—¿Sabes lo que me han respondido en las cocinas?—me dijo, preparando su efecto.

Y entonces me explicó que los cocineros ponían a nuestra disposición «todo lo necesario para cocinar una comida»: los materiales en crudo.

Salté, con la vehemencia que provocan en mí las bromas de mal gusto. Y antes que mi amigo se hubiese dado cuenta, ya había yo penetrado en el comedor, donde la monumental esclava se hacía servir en mesa aparte.

A mis primeras palabras ella había comprendido y asentía con indulgencia. Se excusó de no haberme puesto al corriente antes de las costumbres del país; me excusó de no conocerlas; cada cual tenía, en cada hotel, su cocinero particular, que disponía a su guisa los víveres proporcionados por el establecimiento. Por esa tarde, ella se haría un deber en invitarme.

Así fué cómo mi hotelera se convirtió para mí en anfitrión. Era una sagaz persona que, curada tal vez de todos los demás apetitos, conservaba, ¡y en qué grado!, simplemente el apetito. El servi-

cio era irreprochable. Sólo observé que el criado que lo hacía no parecía comprenderme cuando, a mi vez, yo le pedía algo. La ogresa volvió a mostrar su condescendencia.

—Valdrá más—me dijo—que otra vez se haga usted servir por su boy, porque aquí cada cual dispone también del suyo.

Y para atenuar lo que podían tener de desagradable para mí esas novedades reiteradas:

—Usted sabe que la India son trescientos setenta millones de almas, de almas con otros tantos cuerpos. El país es inmenso, y la miseria reina siempre en algún confín. Los extranjeros, por otra parte, no somos sino contados, y entonces esta raza ha encontrado una solución para emplearse a nuestro servicio en el mayor número posible. El que nos sirve un vaso de agua no nos lo pasa, y el que trae el odre de la fuente es todavía un tercero. Hay el que mueve los pankas durante las comidas y que no se «consagra» si no a eso. Hay el que abre las portezuelas del coche y que, por excepción, las cierra él mismo. ¡Qué quiere usted! Son tantos y necesitan tan poco para subsistir...; y, sin embargo, cada año mueren en la India más hombres mordidos por el hambre que picados por las serpientes.

¿Cien mil? ¿Doscientos? ¿Trescientos? Sólo Siva debe de llevar la cuenta. No le diré tampoco que estas especializaciones no convengan a la indolencia hindú. Sea como fuere, estamos en la India y queda usted advertido.

VII

Zahir debía de haber salido muy de mañana, porque, por excepción, no lo vi al despertar. Volvió tarde, y me puso al corriente de sus trajines: Había visitado la ciudad, conocía los mercados, se había informado sobre los distintos barrios, había encontrado un bungalow que nos convenía, tenía contratados ya los criados. Porque era preciso, ¿no es cierto?, servirse en apariencia de esos buenos-para-nada, sin por eso contar con ellos. Si había adelantado nuestra instalación era porque le parecía inútil prolongar la estadía en un hotel donde necesitábamos valernos por nosotros mismos como en cualquier parte. Y cuando salimos juntos, ya Zahir había pagado nuestra cuenta, y al volver de

nuestro paseo, entramos directamente a mi casa.

Era un pabellón en Durrumtollah-Street rodeado de un jardín y separado por una tapia, de una iglesia metodista. Todo el santo día debíamos oír el ruido de su órgano y de sus cantos, y sus distintas campanas nos dieron esas horas de la India, de deslumbramiento, de saudade, de pesadilla, de marasmo, de divagación: nuestra vida entera de allá.

Poco a poco iban creándose esos pequeños hábitos que constituyen la verdadera aclimatación: el mercado de las mañanas, el almuerzo en la penumbra del comedor, mientras el bhistie humedecía con su manguera los estores para procurarnos un poco de frescura; el coche, para el paseo de la tarde; el paseo de la noche, a pie, por los barrios bajos. En todos esos actos, Zahir me asistía como mi sombra, una sombra luminosa que se me parecía y me hacía pensar en la creencia árabe del farower o doble-yo místico, nuestro ángel de la guarda, en suma. Cuando llegó el día de mi recepción oficial, fué él también el que me ayudó a redactar en inglés el discurso que yo debía pronunciar ante el virrey.

Entre tanto, habíamos hecho la amistad de cier-

to monsieur Burville-Grasset, un suizo francés, naturalizado australiano, que trabajaba en Calcuta por cuenta de una Casa de piedras preciosas de Bangkok, y desde que nos invitara a su casa, donde vivía con una querida mestiza y una hija eurasiática, mi árabe se complacía en volver bajo cualquier pretexto.

Las primeras veces, sin embargo, todo se había pasado a la moda del país, sin que viéramos siquiera la parte femenina del hogar, la yenana, que es el harém hindú, y no fué sino para hacernos gustar el verdadero betel que, primero la gruesa mestiza de grandes ojos, y después su hija, se habían aventurado a servirnos, de menos en menos veladas. Zahir no parecía indiferente a la seducción que ejercía sobre la niña eurasiática, y hasta le reproché en broma su infidelidad a la novia de su país, de la cual apenas si me había hablado. Su idilio me refrescaba el alma, renovándome muchos recuerdos, y no me descontentaba en lo más mínimo verlo distraerse de mi constante servicio y mi tutela absorbente.

VIII

Pero las sorpresas menudeaban en ese medio aparte que se llama el Indostán Inglés, donde las costumbres aborígenes y las de los colonizadores se han influenciado recíprocamente. Ya se trataba de un hindú que venía a visitarme, un personaje de marca y que, sin embargo, si yo ofrecía reconducirle en mi carruaje, se trepaba humildemente al pescante, junto a mi cochero, sabiendo que ningún europeo querrá exhibirse lado a lado de un indígena. Ya era cuestión de una visita a los misioneros católicos, para caer en una especie de serrallo donde catequizadores y catecúmenos se confunden, como en Sodoma y Gomorra antes del Diluvio. ¡Y aquí no había peligro de que lloviese!...

Zahir era el único que, sin prejuicios de ninguna especie, circulaba con toda libertad entre esas complicaciones. Había aprendido el bengalí, una de las trescientas lenguas de la India, y se arreglaba tan prácticamente para nuestros gastos culinarios que yo acabé por sorprenderme. Sólo después, poco a poco, debía obtener la clave de esa economía.

Me acuerdo que una vez, como le viese desempaquetar las provisiones que acababa de hacer, le reproché comprase cada vez una libra de mantequilla, cuando sabía que el calor del día bastaba para ponerla rancia.

—Y yo que me había traído un kilo—exclamó pesaroso mi factótum—. ¡Felizmente tuve el buen acuerdo de devolver la mitad al vendedor!

Al principio yo no comprendía; pero atando cabos y por frases sueltas como aquélla, se fué «esclareciendo mi conciencia». Nuestra vida doméstica, de suyo opípara, resultaba casi de balde: era un hecho; pero como no salía de mis fondos, ni Zahir tenía recursos propios para costearla; como, en general, en las Indias, le costaba cara a los extranjeros, forzosamente es que «nosotros» habíamos recurrido a otro expediente.

Zahir Shaik, hombre de confianza de Su Se-

ñoría el Cónsul general de Chile en la India y en las Posesiones inglesas en el Asia, vivía, como buen árabe, y hacía vivir a su señor y amo, a expensas de los abastecedores. Los huevos que me servía al plato y la mantequilla en que se habían frito esos huevos, el plato mismo a veces, todo, todo, había pasado de las pintorescas tiendas bengalíes a los bolsillos sin fondo o a doble fondo del terrible parroquiano.

IX

Insensiblemente iba ganándome una especie de pavor triste producido por la eterna presencia visible o invisible del Sol; la perspectiva, ya al despertar, entre la diana fatídica de los cuervos, de un mediodía fijo abarcando la jornada, para terminarse en un atardecer que, entre la diana fatídica de los cuervos, apenas se fundía con la noche en un olor de humo, en una vislumbre de horno mal apagado, cuando ya se reavivaba en la nueva intempestiva alborada, entre la diana fatídica de los cuervos...

Solamente después de comer, pues, nos echábamos a la calle y recorríamos una población en vela donde, a los largo de las aceras, se descansa

con la faz al cielo, se fuma la pipa de agua—la houka—o se improvisa como clandestinamente, cinnen y tam-tam, cantos y músicas aletargadores. Nuestras sombras se deslizan sigilosas en la semi-obscuridad sembrada de pequeños candiles, que rastrean el suelo. Y tan pronto nos dejábamos hipnotizar por la cantilena de un grupo de mendigos parias, tan pronto, en los alrededores del mercado, toda una bocanada de olores exóticos, de frutas y de legumbres, arroz al carry, pilaff al azafrán, nos volcaba el estómago empalagosamente. Después, barrios enteros de chinos, con el para nosotros abominable relente del opio. Después eran, todavía, voces aisladas y adolorido punteo o vibración de instrumentos bárbaros. Y todo expresaba de mil maneras un mismo enervamiento bajo el hórrido solsticio, desde el círculo maléfico trazado alrededor de las ciudades indias por la maraña paradisíaca, hasta la negrura del Ganges, que quiere decir Ve-Ve, y donde, a merced de la corriente, flotaban las luces de las almadías de los muertos.

Pero el olor, el olor, ¡Dios mío!, esa sinfonía endiablada que es el olor de Calcuta, en que cantan a veces las notas agudas del jengibre, del benjui, del clavo de olor, pero confundido todo en una

como putrefacción de curtiduría, agria y picante, podredumbre de podredumbre. Los platos tocados por los hindúes, las ropas lavadas por ellos, todo queda impregnado de su sello indeleble, y mucho tiempo después, navegando ya de vuelta de las Indias, me bastaba tenderme en la silla traída de allá, para sentir treparme al cerebro el olor, el olor de Calcuta, cautivo entre los mimbres, más fuerte que el olor del mar, y que sobrevivirá, estoy seguro, a todas las fumigaciones.

...La casa dormida y los jardines envueltos en el baño de amanecer azafrán de la tardía Luna; sus hibiscus, cuyos rojos racimos se encenderían mañana como cohetes, al resplandor unánime. Un sombrío desaliento me vaciaba, y ya no sabía siquiera si era yo mismo o si me había quedado en alguna parte... Zahir me descalzaba en silencio y se apelonaba a mis pies, acoquinado él también por la hostilidad de esa naturaleza no humanizada.

X

Entonces imaginamos emprender la jira de visita a los consulados de mi dependencia, y cerrado el bungalow de Durrumtollah-Street, partimos en las direcciones más opuestas, en trenes donde hay gabinete para tomar duchas durante el camino; atravesando regiones de arrozales o de hambruna, inundadas por natas de agua de las cuales se desprenden los miasmas de todas las pestes, o abrasadas por la sequía; sobre todas ellas reverberaba la corrosiva divinidad del Surya védico, levantando la piel como una cantárida, aturdiendo con una mortal embriaguez de vida; y fué su ojo de fuego y sangre el que nos mostrara en los senderos de Gaya y de Varanasi, hoy llamado Benares—la más

vieja de las ciudades vi vientes de la Tierra, día y noche despierta delante de todos los dioses—, el santo polvo hollado por Zakia-Muni.

En ese ya entonces viejo santuario de Capala, donde el Maestro de los maestros que se han seguido— *Om mane pudme hum!* (¡Oh la joya en el lotus!)—se recogiera por la última vez, yo evoqué la parte de su historia cuando, próximo a morir, aferróse a la belleza de la vida: «¡Oh, Ananda, qué sitio tan ameno es Varanasi, la Udyama y Santuario de Capala! ¡El que ha pensado, el que ha perfeccionado, el que ha hecho esfuerzos y ha trabajado y se ha elevado hasta las alturas de la fuerza milagrosa y se ha hecho dueño de ella para aplicarla como medio de progreso espiritual y como base de elevación santa, ése, ¡oh, Ananda!, debería desear continuar la misma existencia durante una era o el resto de una era... Esto lo ha pensado también el Tatagata...» Y calló Sidarta Gautama, el bodhisat, solitario de los sakias, calló Budha, que significa el Sabio, esperando se uniese a la voz de su deseo la del discípulo predilecto y le suplicase vivir aún sobre la tierra «una era o el resto de una era». *Om mane pudme hum!* En todo ese mudo combate llamado el budismo, contra

«las limitaciones ilusorias que producen los deseos del ser separado», yo no encontraba una huella tan humana como aquella debilidad del Divino. Y caído yo mismo en la trama opresora de la jungle, donde toda una dañina creación pulula; los árboles, también perennemente verdes en la perpetua canícula, demasiado gigantescos para nosotros, con flores exageradamente olorosas, comunicándome ese que llamaron nuestros antepasados «terror de la selva», en el cual resucita la hechicería de los elementos; yo sentía una vez más, al acercarnos de nuevo al Ganges—el purificador del mundo—y a sus hogueras cinerarias, el terrible apego a la vida; un ansia, por momentos, de huir fuera de todo, puesto que el espacio entero se resquebraja como si fundiese el Sol; de desprenderme de mí mismo, red de nervios, de músculos y de venas, entre la cual el pensamiento agoniza... El que no se haya visto envuelto en llamas por la atmósfera y por el espíritu, no sabrá nunca de destierro. ¿Qué hay en la India que no lo hay en ninguna otra parte? No sé, pero la recordaré toda mi vida con un terror supersticioso.

Volvimos a Calcuta y recomenzó el sempiterno juego malabar de los diversos soles, pa-

reciendo no hacer sino una única jornada insomne, un largo día que, con los ojos irritablemente abiertos, re unía las auroras rojas y los crepúsculos azules, en el heliotropo afiebrado de la noche.

XI

En la palma de la mano izquierda había aparecido una pequeña mancha, que froté con agua de Colonia, pero que, incontenible y rápidamente, fué extendiéndose. La piel de las extremidades adquirió el aspecto de la de los sapos; el cuerpo se hinchó en mil purulencias, y ya no pude ni andar, ni moverme, ni tocar nada; la lengua misma se espesaba; pegábanse los párpados después del sueño, y, aunque las narices estaban obstruídas por algo doloroso, yo percibía mi propio hedor a cadáver; escalofríos eléctricos recorríanme interiormente como si me frotasen con un cepillo cargado de flúido, y en mis pesadillas me parecía me unguían de miel o me inculaban oro en fusión. Sin em-

bargo, ante esa prueba suprema, toda mi resignación se sobrepuso con mi fatalismo. Y el horrible paciente que yo debía de haber llegado a ser, con mis cabellos alborotados, súbitamente grises, y mi barba abandonada a su crecimiento, se hizo accesible para facilitar la abnegación sin límites de mi árabe, y se mostró estoico ante los médicos indígenas o europeos que venían a prestarme el auxilio de su ciencia, pero que se detenían, desarmados por esa misteriosa reacción de un temperamento transplantado de clima, mal desconocido y como bíblico, que no tenía nombre. De acuerdo en que había que dejar obrar la naturaleza, hablaron confusamente de agotamiento nervioso, de formas inesperadas de la neurastenia, y después me dejaron tranquilo, al menos, entregado a la solicitud de mi enfermero.

De mi enfermero, que ahora lo era todo para mí, puesto que lo mismo lavaba mis ojos, que me daba los alimentos, que velaba mis desvaríos o entretenía mis desvelos. Sus recursos eran de una actividad prodigiosa, y yo creo que si la enfermedad, como única compensación, me había librado a mí de la obsesión del calor, a él lo había hecho también insensible a cuanto no fuesen mis propios su-

frimientos. Baste decir yo no echaba de menos la presencia de una madre, de una hermana, ni de ninguna mujer: tanto sus discretos cuidados eran llenos a la vez de adivinación femenina y de una viril energía que se me comunicaba. Recuerdo su paciencia para alisar durante horas enteras con las palmas mi rugosa epidermis, roce acariciador, que tenía el don de apaciguarme. Recuerdo...; pero ¿quién comprenderá estas cosas? ¿Quién, tampoco, necesita conocerlas? Eramos uno en dos en el vasto mundo de los extraños, y no nos teníamos sino el uno al otro. Nunca volveré a sentir con nadie la sensación de identificación absoluta que me inspiraba su afecto. Nunca, ni con el propio Zahir, volví a sentirla, una vez pasada esa postración en que se desnudara mi alma.

XII

«Apprends de moi que toute maladie est une confession par le corps.»—MIŁOSZ.

Mi terrible aspecto habría bastado a alejar cualquier amigo, si lo hubiésemos tenido. Monsieur Burville-Grasset y su hija se contentaban con informarse de mí cerca de Zahir. Sólo una vez, Prio-babú, de Chandernagor, al cual había yo prometido una agencia consular, forzó la consigna y, temiendo que muriese antes de nombrarlo, me representó a mí, que en ese momento tocaba la vanidad de todo, lo que significaba para su carrera mi apoyo. Yo no tenía la fuerza de sonreír ni de indignarme. ¡Le oía desde tan lejos! Y fué mi servidor el que lo expulsó casi a puntapiés. Los criados mismos no transponían el umbral de mi laza-

reto, y durante cuarenta y cinco días, cinco más que los que observaba la ley mosaica, viví apartado de mis semejantes, contando a distintas horas las diversas campanas de la vecina iglesia metodista, sumando los ladrillos que desde mi almohada podía ver de mi habitación embaldosada, no atreviéndome a sacar de debajo de los cobertores las manos, que un día que miré sin darme cuenta, me hicieron desmayarme por su aspecto. Toda una penosa obra de renovación se efectuaba fuera, y tal vez dentro de mi organismo, y el médico indígena, único que continuaba viéndome, la comparaba a la crisis en que mudan de piel las culebras.

Era un curioso hombrecito ese Girish-Chandria-Gosh, que, a la moda antigua, tenía él mismo tatuada en el puño una serpiente, distintivo, en la India también, de los sacerdotes de Esculapio. Cuando los otros afirmaron que era preciso dejar obrar la naturaleza, él movió la cabeza y confirmó a su vez que era preciso dejarme sufrir; pero en su acento había tanta piedad y tanto interés, que un día que había vuelto por amistad a verme, yo le pregunté lo que había querido decir.

—Maharaj—me expuso con un tono de revelación—, ellos saben que no puede interrumpirse un

proceso físico, pero ignoran que tampoco debe turbarse el desenvolvimiento moral que provoca y que, probablemente, es su más alto objeto. Casi ningún hombre de nuestra época está sujeto al accidente que te ha sobrevenido, y nada más que por esto yo te considero un predestinado.

No trasluciendo ninguna ironía sus palabras, traté de comprenderlas. Veía el rostro caduco, donde sólo los ojos se asomaban o desaparecían, según se contraía o desplegaba el entrecejo, como el tatuaje en sierpe del brazo, según el vejete movía o no la manga de su vestido. Me habría parecido ya sin ningún posible sentimiento, si su voz, una voz inesperadamente joven, no hubiese tomado de cuando en cuando inflexiones de un calor simpático.

—Sí—insistió—. La gran fuerza no mortifica sino a los que perfecciona. Y yo admiro que tú, pardesi, extranjero, educado fuera de nuestras disciplinas de purificación, hayas sabido acoger, no obstante, el señalado privilegio que se te depara del digno modo que merece. Tu criado también ha aceptado con alegría su misión, y yo, Chandria-Gosh, viejo de más de ochenta años solares, saludo vuestra sabia juventud.

XIII

«Le vrai mal est un mal caché,
mais quand la corps s'est confessé,
il suffit de bien peu pour amener
à soumission l'esprit, le préparateur
de poisons secrets.»—MIŁOSZ.

Mi dolencia seguía entre tanto su tenebroso curso y se estaba todavía muy mal en mi cuerpo. Como en un guantelete de hierro, los dedos se agarrotaban en la vieja piel, convertida en una vaina para cada uno. El cuerpo entero se iba en escamas. La supuración, comenzada en ampolla, cuajaba en sangre. El rostro aparecía como espolvoreado, y cada contracción me producía largos calambres, que habían sucedido a las descargas magnéticas. Ahora no dormía ni de día ni de noche; y, sin embargo, nunca mi pensamiento había sido ni más reposado ni más lúcido. Hasta *sabía* «que no era esta vez todavía»,

y ninguna impaciencia inquietaba mi lenta curación

Lo único que constituía para mí una sorpresa más allá de mi esperanza; para mí, que había repetido tantas veces que mi amor era sin fe como mi fe era sin esperanza; para mí, que había tomado por divisa «ni temer ni esperar», era la abnegación de Zahir. La vida me había dado más de lo que yo hubiera osado jamás pedirle, y el prodigio se realizaba, yo creo, por la primera vez para un hombre. Un día no pude dejar de consultar a Chandria-Gosh sobre este sorprendente problema.

—¡Bah!—me dijo—. Para los que profesamos la teoría del karma todo es tan sencillo. ¿Tu América, desde los dominios aztecas hasta los dominios incásicos, no fué, tal vez, según algunos arqueólogos, la cuna del Egipto? ¿Tú mismo y él, ¡quién sabe bajo qué sexos!, estáis seguros de no haber sido un par gemelo de hermanos o una pareja ideal de amantes, en otra existencia simultánea, Dios sabe bajo qué zodiaco? En todo caso, sus ojos y los tuyos, sahib, reciben la luz del mismo foco, puesto que miran del mismo modo...

XIV

«Car comme toutes les maladies,
la lèpre présage donc la fin d'une
captivité de l'esprit.»—MILOSZ.

Salí de esa prolongada inmovilidad, donde obran, sin embargo, tantas fuerzas, con una tal hiperestesia, que, por ejemplo, las yemas de los dedos podían palpar el tejido de las sábanas, contar las mallas y encontrarlas ásperas al tacto y casi hirientes. Al ponerme en pie, el agua perlaba la piel como una piedra porosa; las plantas, que habían perdido la dureza de los caminos recorridos, me parecían envueltas en algodones, y caía alrededor mío a cada paso una nevada de partículas que Zahir recogía por paletadas y que era todo el viejo hombre que yo despojaba de un golpe. Hasta las uñas cambiaban, de las manos y de los pies, y bajo los cabe-

llos, desprendiéndose por manojos ralos y mustios, como chamuscados, otros crecían, plateados y tupidos.

Chandria-Gosh se manifestaba maravillado de mi metamorfosis, y a medida que iban aflojándose las últimas ligaduras del mal, no se cansaba de ver despuntar en un hombre esa como primavera de rejuvenecimiento.

—Hasta llego a figurarme que sin deseos, y, por tanto, sin ilusiones, te vas a emancipar de la rueda de las cosas—solía precisar—. Descubre el pecho, hínchalo, vacíalo. ¡Ah! Sin duda te has adueñado, sin saber, pero no sin querer, de la ciencia-llave de todas, pues ahora aspiras y espiras razonablemente.

Y me contaba cómo ya, durante los letargos de mi primera crisis, él observó la lucha entre las fuerzas del aire que prohijaran mi espíritu y las de la tierra que me prestaran un cuerpo. El fuego, forjador de mis manos, las había retemplado, y el cristalino de mis ojos había reabsorbido agua de la fuente.

—Fortificados tus vínculos con los elementos que representamos, debes sentirte integrado y vivificado—decía.

Y decía:

—Si miras tu sombra al sol, verás acentuarse sus contornos y animarse sus movimientos.

Citando textos chinos o arábigos y sentencias tamules, platicaba el viejo médico sobre las dos preocupaciones capitales del Oriente: Porque nunca un oriental pisará su sombra ni marchará sobre la de nadie, a menos que quiera inferirle, o dejarse inferir, daño. (¡Qué tu sombra prospere! Dime con qué sombra caminas y te diré dónde vas. Los aparecidos son *sombra y aire*.) Porque siempre un oriental vigilará hasta durante el sueño su propia respiración, de la cual depende su vida y la fuerza de su vida. (Tal respiras, tal vives. Morir no es sino olvidar de respirar.)

—Porque—explicaba—lo mismo que quien exhala su aliento de cierto modo puede extraer de la memoria las cosas olvidadas y quien de cierto modo lo retiene atrae las cosas presentidas, lo mismo el que bosteza no expelle su hastío, ni su pena el que suspira, ni su dolor el que grita, y, sin embargo, una inhalación profunda le bastaría a veces a desembarazar su ánimo, porque saber respirar es también saber verdaderamente reposarse.

Había que aprender del Océano, que es, con

sus flujos y reflujos, la respiración del Mundo.

Y el doctor hindú concluía aseverando:

«Que el flúido capaz de curar proviene de los pulmones.

Que aquel que logre penetrarlos provocará la resurrección.

Y que quien dominara y gobernara su soplo vital podría desdoblar su materia a voluntad o volverla invisible, como ciertos magos, o arrobarse en los aires o dejarse enterrar en vida y durante muchos días, como algunos faquires.»

XV

Un despacho con seis meses de licencia había llegado hacía ya una quincena, cuando yo pude salir al atardecer apoyado en el brazo de Zahir. El gran revuelo graznante de los cuervos a esa hora, como en todos los ámbitos de la India, me dejó un momento perplejo en el umbral. En la iglesia metodista la campanita llamaba al *Angelus* de la tarde. Nos dirigimos hacia los muelles, donde las oficinas reabrían, después de la forzada clausura de la siesta, y en la Agencia de la misma Compañía que nos trajera, sacamos, nueve meses después de nuestra llegada, los billetes del regreso.

Entonces, descansados de un enorme peso, nos fuimos a visitar por última vez la capital india, a

cumplir también ciertas diligencias que habíamos dejado para el fin y que podrían parecer a la vez muy occidentales y muy hindús: comprar algunos ídolos, hacernos tatuar cada uno un recuerdo de la India, hacernos decir la buenaventura.

...El barrio de los oficios que lindan con el sacerdocio; la tiendecilla del vendedor de dioses, sombría como una caverna e iluminada con farolillos como una pagoda. Una mano invisible nos echa al cuello una sarta de flores de mandara, al ir a transponer el dintel, y un hombre con la frente marcada de signos se pone casi de hinojos delante de nosotros y con profundas genuflexiones nos instala sobre cojines a la oriental. Faltaría sólo, en lugar del betel que acaban de ofrecernos, una taza humeante de café y un cigarrillo levantino para que me creyese yo en el fondo de los bazares de Stambul viendo desplegarse una vez más ante mi vista las suntuosidades exóticas. Pero un relente de almizcle, de sándalo, de anís, de esencia de jazmín, se mezcla indefiniblemente, y, suspendida sobre mi cabeza, rodando desde el techo invisible por los muros hasta entrar en el suelo, hay una cascada de bronce, de marfil, de ébano: toda una creación donde se confunden las quimeras gesticu-

lantes con los dragones tiarados, un escalofrío de monstruos y de hombres. Y yo veo la mano que les quita el polvo y los hace salir uno a uno de la confusión y de la penumbra, y oigo la voz que respetuosamente me los va nombrando.

Es Indra, el dios de los dioses; y Brahma, el señor de los tres millones de miles de mundos; y Vishnú, que recorre el espacio en tres pasos; y el príncipe de las transformaciones del nacer y del morir, Siva; y Kali, su consorte, la terrible Durga, con cuerpo de feto y enmantada de púrpura, matriz de donde ha salido el universo y que lo absorberá algún día, a cuyo solo culto se sacrifican seres vivientes en esta India, vegetófora desde siempre; y son en seguida los dioses avatares: Ganesa, con trompa y largas defensas de elefante; Parvati, con ojos de pescado; Bhumia, dios del hogar; Srisi, la mujer del marido de Sris, es decir, Sri; Diana, el espíritu de la meditación; Mahamaya, la diosa fascinadora y versátil de las ilusiones, disimulándonos tras de sus espejismos la eternamente inaccesible verdad; y es, para concluir, el largo manoseo de los lingams y de los yonis, el doble emblema de la procreación y de la muerte, en plata, en oro, en ágata de fuego o cornalina, en

ónix o ágata girasol, en ágata noble o calcedonia, en jade, en jaspe y en lapislázuli. Un complicado regateo entre Zahir y el comerciante, y cuando, por fin, salimos, la noche ha cerrado afuera.

XVI

Todo lo que nos queda que hacer se haya reunido bajo la misma enseña: El Amiya. Al centro, el consultorio contra el mal de ojo, el laboratorio de manipulaciones, de un lado, y del otro, el gabinete de las experiencias de doble vista. El anciano, que se llama a sí mismo «médico de los ópalos enturbiados y de las perlas y las turquesas anémicas», nos acoge en la sala intermedia, y tiene un aspecto mucho más imponente que todos los rajáhs que yo viera en el Durbar de Lahore. Habiéndose informado del objeto de nuestra visita, levanta la colgadura de la izquierda, y yo soy el primero que tiendo el brazo para que los punzones pinten a fuego una media luna. Zahir se hará grabar una

estrella, la de mi bandera, y ahora pienso que, juntos, formaremos la suya: la media luna y la estrella de la bandera egipcia. La operación resulta laboriosa, hecha por un hombre casi negro, que rechina los dientes como si él también sufriese, y es un alivio cederle al fin mi puesto a mi criado. Vuelvo donde el anciano está ocupado en ribetear de luto los ojos de una eurasiática, no como coquetaría, sino para defenderla precisamente del amiya, que son capaces de echar las viudas sin hijos, y a una seña suya paso, para no importunarle, a la que pomposamente se llama *kismet*, antesala del Destino.

Una sorpresa me aguarda. Del fondo viene a mi encuentro un adolescente con el mismo garbo principesco. Sus grandes ojos aterciopelados se velan bajo pestañas de seda, y su cabeza oscila negligentemente a cada paso con esa gracia que no he encontrado sino entre los niños hindis o entre los grumetes de cualquier parte. Me toma la mano para hacerme sentar, y encucillado enfrente levanta los párpados y posa de lleno sobre mí su mirada.

Pero algo he sorprendido yo en ella que me hace mirarle a mi vez de cierto modo. El mancebo pa-

lidece, y cuando alzo la mano, sus pestañas aletean, y cuando la bajo, sus ojos, llenos de lágrimas, concluyen por cerrarse como sellados. Me pongo en pie, y voy a buscar al anciano doctor en *gettatura*.

—Oye—le digo despreciativamente—, me has dado un magnetizador que no sirve, porque soy yo el que lo ha dormido.

Y como han concluído el tatuaje de Zahir, ambos nos alejamos con dignidad y parsimonia.

No hemos dado muchos pasos, cuando el faquir nos alcanza, y veo que mi inocente broma era cruel, porque sus ojos reflejan el espanto.

—Vuelve, yogi—, me implora—, por lo que más quieras: es mi único hijo; parece muerto y no he podido reanimarlo.

No pudiendo creer que un hombre del oficio no esté familiarizado con esos fenómenos, me alarmo a mi vez; pero a la primera ojeada que doy desde el umbral sobre el durmiente, la sonrisa vuelve a mis labios.

—Entra—insinúa cautelosamente el pobre viejo.

—¿Para qué?—le respondo—. ¿No ves que tu infante se yergue, que viene hacia mí? ¡Ah, taurmaturgo! Puedes dar gracias que yo sea un bairagi (un santo hombre), porque del mismo modo po-

dría hacer que me siguiera hasta el fin del Mundo.

En efecto: el admirable sujeto marcha sonámbulo, fascinado por mi mirada, y sólo se detiene a un ademán mío. Vuelvo las espaldas; tras ellas siento cerrarse presurosa la puerta, y dejamos reponerse al padre y al hijo, de la aventura, que, como una piedra, ha venido a caer en el tranquilo charco de sus supercherías.

Poco antes de llegar, Zahir extrajo de no sé dónde uno de los más preciosos ídolos que nos exhibiera el comerciante.

—¿Qué es?—me preguntó, mostrándomelo con timidez.

Separé con disgusto la vista, y miré delante de mí sin responder.

—Sidi—insistió mi árabe, perplejo—, ¿quieres que lo eche al río? ¿Quieres que lo restituya? Yo había creído darte gusto.

—Esto que has robado es Siva—dije al fin severamente—. Y como tu falta no tiene remisión, tu castigo será cargar con el dios de la separación y de la muerte.

XVII

«L'esprit et le corps luttent quarante ans, c'est là le fameux âge critique dont parle leur pauvre science, la femme stérile.»—MILOSZ.

El barco zarpaba al mediodía siguiente, y como si Calcuta hubiese querido borrarlos al último momento nuestra larga impresión de sol, un cielo entoldado nos protegió hasta el puerto; pero la atmósfera conservaba ese aliento húmedo de los baños de vapor, y vuelto opaco el torvo río, no hacía sino acusar su limo. Allí estaba para despedirme el secretario del virrey, ese exquisito lord Minto, y los pobres colegas del Cuerpo consular, todos más o menos probados por el clima, enviando mi partida, y entre el grupo indígena de

mis domésticos descubrí la avellanada persona de mi médico de cabecera.

—Chandria-Gosh—saludé aproximándome a él, contra todos los prejuicios ingleses, con la cabeza descubierta—, ¿no podría advertirme usted de la suerte que se me reserva?

Me miró con una cómica gesticulación de emoción, y la mano orlada de la sierpe se apoderó de mis palmas, que también habían trocado el viejo guante por una epidermis rosada de niño.

—¡Ah, maharaj!—me dijo usando la fórmula hindú—. Toda camisa dura siete años, y razonablemente no podemos contar mudarla más de tres veces. Acuérdate, y así sabrás siempre la hora que es para ti. No vuelvas a nuestra India; otros que no la comprenden pueden soportarla; para d'Halmar Sahib es demasiado fuerte. Pero piensa siempre en nosotros, y nosotros pensaremos en ti. Aunque no lo creas, algo tuyo queda en esta tierra del Nibban (del Nirvana), donde has desnudado tu envoltura usada, y en la fresca que has revestido, aunque no lo esperes, algo indio te llevas, a la vez sensible y recio como nuestra ley.

Y volviéndose hacia Zahir, que nos oía en silencio:

—Y tú, bearer, que tus viejas divinidades te sean favorables; aunque la muerte te quite el Guru, el Maestro, que has sabido escoger y servir, o aunque te lo quite la vida, tú seguirás siendo su fiel chela, y yo no recordaré al uno sin el otro.

¡La India! ¡La India! Una temblorosa mano que se agita conforme los malecones retroceden; unos ojos de niña eurasiática que se constelan de lágrimas; un río cenagoso arrastrando hacia el Nirvana las almadías de los cadáveres o reflejando por la noche en sus orillas las fogatas crematorias; desoladas costas que parecen volverle las espaldas al mar libre; no sé qué viento arremolina los gerifaltes y las águilas, y entonces, cerca ya de Madrás, son las dakkmas, las seis torres del Silencio, donde los muertos esperan la suprema disolución. La sumisión panteísta, única posible, mantiene encorvado en el polvo ese incomprensible imperio de mitos. Su rescate es sin plegaria, su inmortalidad, sin alma precisa, y sin dios personal su cielo. No importa, tal cual, es nuestro polo magnético, y toda luz espiritual, como toda estrella, como toda luna, como todo sol, continuará levantándose para nosotros, *Om Mane Pudme Hum*, del otro lado del Golfo de Bengala, en la extremidad del Oriente.

XVIII

Una brisa no menos cálida, pero más seca, el siroco, rizaba ligeramente, en torno del Armand-Bèhic, la superficie del mar, cual si fuese una campiña, y el alma perfumada de los parajes, viniendo desde la costa berberisca, me henchía de esas reminiscencias de todas partes que me asaltan en todas partes, como si no bastándome viajar en el espacio también necesitara hacerlo en el tiempo.

Era la convalecencia, o más bien la renovación operada en mí, lo que me libraba al instinto con mis sentidos nuevos. Y mis sensaciones producíanse entonces tan completas, que cuando desde alguna embarcación se arrojaba un niño abisinio al agua para extraer la propina que le echábamos, me

parecía bucear yo mismo en la profundidad submarina, respirar yo mismo a plenos pulmones, de vuelta a la superficie, escupir salmuera, chorrear espuma, morder con los dientes espejeantes una moneda de plata. Más aún: yo flotaba en el aire; cambiaba de forma o de coloración con las nubes; vibraba con las moléculas solares, y hasta participaba de la definitiva paz del camposanto de Djibouti, allí, en la inquietante proximidad del Mar de Fuego y del Gran Desierto, en la falda misma de esa extensión abrasadora que se señala en las cartas como la Meseta de las Gacelas.

En torno mío bullía sobre el puente toda una población flotante, compuesta de cuantas gentes pueden venirnos del Oriente y de cuantos volvemos. Los niños, esos eternos compañeros de juego de mi gran Zahir, eran de todas las razas, marcados, eso sí, por el sol levante, como retoños agostados. Y los mercachifles de tierra, desplegando sus riquezas, habían improvisado una especie de bazar, donde se vendía mariscos, esponjas, grandes conchas, dientes de coral, maderas olorosas, plumas de avestruz, flechas, y lanzas sobre todo: de esos largos astiles malgaches cuya

punta se envenena o de esas azagayas cortas que se arrojan a distancia como saetas. Entonces, si les comprábamos, nos daban de vuelta pequeñas piezas etíopes con la efigie salomónica del Negus.

XIX

Un juglar era el preferido del corro infantil que se formara en torno suyo, y acodado a proa yo le veía hacer aparecer y desaparecer una parvada de pollitos, a los que fingía retorcer el pescuezo, simulaba arrojar por encima de la borda y volvía a mostrar interminablemente. El público seguía las peripecias de la superchería, y algunas monedas de cobre comenzaban a caer, cuando mi criado se abrió paso.

—Tú no sabes—declaró con desdén—, y ya que te dices prestidigitador, yo sí que puedo enseñarte.

El otro no contaba con esta intromisión, y entre fastidiado y provocativo manifestó que acep-

taría la prueba por tal de que se cruzara una apuesta. Zahir confió a un marinero un puñado de calderilla.

—En prenda—dijo—por si pierdo; pero también tú eres juez que si gano, tampoco habrá derecho a reclamarme nada.

Recogió como un escamoteador de teatro las mangas de su túnica y, sirviéndose de su látigo como de una varilla mágica, fué tomando uno a uno los polluelos, que piaban; los encerraba un momento en la concavidad de sus manos; el piar se sofocaba y las manos estaban vacías cuando volvía a separarlas. Así, a la vista de los espectadores, estupefactos, se hizo humo el último de una docena. Zahir propuso que se les buscara.

Pero su dueño había perdido ya la cabeza, y no pudiendo creer a sus ojos apelaba a sus manos, revolvía y palpaba a mi árabe, le volvía los bolsillos, y concluyó por buscarle debajo de la toca, que apenas le cubría la coronilla. Sin lugar a duda los volátiles se habían volatilizado, y ningún pío-pío acusador venía a indicar siquiera su escondrijo.

—Debe de haberlos echado al mar—suspiró al fin el mixtificado mixtificador.

El ganador, que se había dejado trajinar con-

descendiente, se dignó protestar esta vez con ironía:

—Ese ya es mi secreto, perro negro; pero si quieres volver a tener pollada, tendrás que pedírsela a tu clueca o ponerte a empollar tú mismo.

Rápido, como un verdadero salvaje, el abisinio trató de echarse sobre las monedas en depósito, que podían indemnizarle; pero más rauda aún la fusta mágica de Zahir, le marcó de un espaldarazo, y de un puntapié el marinero, ultrajado en su rol de árbitro, hizo rodar hasta una barca al pobre diablo, desplumado^m y maltrecho.

XX

... Por la tarde, ya en el mar Rojo, otro corrillo sobre el spardek me hizo acercarme curioso. Achatado en el suelo, entre la atención contenida de todos sus pequeños admiradores, Zahir amañaba un enjambre de pollos, haciéndoles saltar por encima de su fueite, golpeándoles delicadamente las patitas cuando no sabían obedecerle. Y en la puesta de sol apocalíptica, en que los arreboles de los cielos se mezclaban a las sangrientas estrías de las aguas, era un espectáculo de Andersen esas especies de borlas de polvos de arroz, de un amarillo de canario o de un gris de gorrión; esas cabecitas, que levantaban y entreabrían picos minúscu-

los, saltando zurdamente la pequeña barrera bajo la mirada puerilmente grave de su verdugo y la admiración de esos párvulos, amarillos o grises también, como otra pollazón recién salida del huevo.

XXI

Yo había decidido, y yo sabía por qué, pasar en Constantinopla la noche de Año Nuevo; pero el 27 de diciembre—4 de Zilchidjé según el calendario lunar—apenas estábamos en Beirut, y sólo una feliz combinación pudo hacernos avistar el Cuerno de Oro en las últimas horas de 1908, con un frío de seis bajo cero y un viento que, a través del mar Negro, soplabá seguramente de Rusia.

Le había ponderado a Zahir mi entrada triunfal por un amanecer de la misma época, viniendo el precedente año de Grecia; pero esta vez nos manteníamos aferrados contra cabezadas y ráfagas, y la Punta del Serrallo, donde un año antes parecía quebrarse el sol saliente en un prisma de reflejos, ahora se había embozado en su burnous,

como mi friolento egipcio, quien debía de pensar que la apoteosis no había existido sino en mi imaginación.

Llovizna y barro cuando desembarcamos en ese Muelle Nuevo, desde el cual Ella y toda su parentela me habían visto alejarme. El Oriente, así, bajo la lluvia, es como una decoración de teatro vista de día; los trajes, abigarrados o blancos, no han tenido en cuenta el invierno, deshonorado el turbante bajo una armazón de paraguas; y ¡qué decir del mercado al aire libre, que da la nota levantina, y que el «sálvese quien pueda» de un aguacero, dispersa lamentablemente! Yo no reconocía mi Constantinopla, y pensando como nunca que la más absurda de nuestras aventuras es todavía la de pretender volver al pasado irrevocable: «los nidos de hogaño donde antaño hubo pájaros», crucé con mi árabe ese puente que liga la impasible capital del Islam con la cosmópolis improvisada de todos los credos y los agios; eski-Stambul, Pera-djedid, el ayer que se eterniza, con el impaciente hoy; el año de la hégira de 1326, con nuestro año de la era de 1908.

Yeni Validé-djami, Suleimanié, toda la inmovilidad secular de la ciudad de los califas estaba

allí, sin embargo, las cúpulas y los cipreses, el inmenso mezaristán de los muertos, confundido por todas partes con el barrio de los vivos. Con el fez rojo, que acababa de sacar de mi equipaje, yo parecía haber endosado mi alma musulmana. Reconocía cada minarete; la misma mendiga negra adosada al mismo quicio; en el mismo portal mi lustrabotas; la tumba enrejada de un santón; el admirable kioscocisterna, donde cada día bebía mi vaso de agua. Yo adoraba esa fuente: era para mí uno de los puntos de orientación y de apoyo de «mi» mundo, ¡y son tan pocos, Dios mío!... La mesa de una cervecería semisubterránea de Valparaíso... Cierta *square* de Londres... Un jardín inculto en un terreno vago, tras de Saint-Julien le Pauvre... Tal banco en tal bosquecillo del Retiro... Una fuente también, pero de tritones y surtidores, en la Piazza Tartarugha del Ghetto... Un rincón en el cementerio alto de Esmirna y otro en la mezquita de Sultán Ahme I, camino de Eyoub... Y sobre todo, en cierto pueblo, la presa arruinada de un molino y sus agrias zarzamoras... Desha- ced esas piedras, arracad esos árboles, agotad esas aguas, y nada quedará para mí en lo que los sedentarios se obstinan en llamar «el vasto mundo».

XXII

Por el arroyo marchaba un anciano cubierto con el turbante verde de los ulemas, y veíamos que cuantos venían del Bezistán, o Gran Bazar de Stambul, besaban primero los bordes de sus vestiduras, le abrazaban después y recibían el Selam en las mejillas. Un niño de unos tres años, barri-goncito y cómico con su traje talar y su pequeño tarbouch, levantó tanto los ojos para ver ese tumulto, que cayó largo a largo, y antes que el santón se inclinara a levantarle él mismo, le vimos bracear en el lodo y durante un momento abrir grande y silenciosa la boca, como indeciso de si iba a gritar o no, hasta que soltó el llanto. Ate-nueado por un tembloroso velo de agua, todo el

gran ruido vago del crepúsculo bizantino comenzaba a envolvernos ya y adormecernos, y esto que hacía me pareciera asistir a las escenas de algo desarrollándose lejos de nosotros, me produjo una necesidad imperiosa de tomar parte en la ceremonia, para darme cuenta de mi realidad y de la realidad palpable de todo.

Sin habernos puesto de acuerdo con Zahir, doblamos una de las calles transversales para salir al encuentro del ulema. Nadie pasaba por allí, y de pronto una voz, una voz que yo oigo a veces en mi interior, que imito yo mismo a veces, comenzó allá arriba, por sobre los enrejados balcones volantes y las azoteas, entre las atalayas, los minaretes y las nubes, la plegaria de la hora nona, las cuatro de la tarde europea, y yo la estampo en sílabas la salmodia del muezzin, porque su virtud esotérica puede repercutir en el corazón de esos que desde lejos siguen la peregrinación de mi vida. La voz es grave y tiembla en el frío como la lámina de un cuchillo enclavado de punta. En escala cromática ascendente o descendente, pero ininterrumpida, las palabras se declinan todas en una sola vocalización.

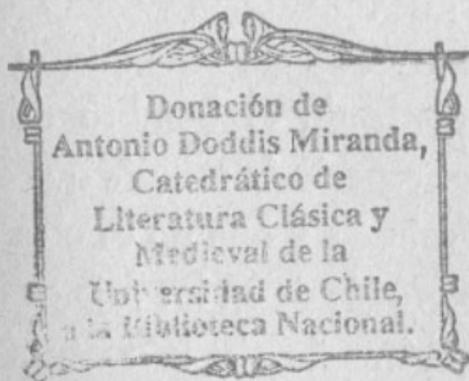
La illahé, illallah Mohamendum Resoulallah. Ech

*hedn eu la illahé illahah ve ech hedn eu le Moha-
mendul alihé hou ve ressoulouhou!*

El grito de ese centinela de la fe parecía haberse perdido en la soledad; pero amortiguados por las mil telarañas de la hora decadente y de la pluviosidad de la atmósfera, otros gritos semejantes se pasaban la voz y encadenaban su cadencia de Stambul a Gálata, por encima del Bósforo y por sobre las mesetas del Asia, hasta los confines del imperio musulmán; ondas de ondas de vibraciones, encerrando como en una cúpula de cristal los dominios espirituales del Profeta, desde el Moghreb hasta el Cairo, y hasta Medina, y hasta Bagdad y hasta Delhi.

Habíamos dado un rodeo completo. Y uno después de otro, Zahir y yo abrazamos al viejo, que ahora sabíamos que volvía de la Meca, antes de enrolarnos en su siempre engrosado cortejo. Pasando entre mis dedos las cuentas del tesbi, como todo buen otomano, para desgranar el tiempo, los fáciles minutos orientales, siguiendo lentamente la procesión por en medio de la sucia calzada bajo el cielo esfumado, me parecía haber hecho esa vida desde siempre. ¿Quién habría podido decir que veníamos de desembarcar? Ese ósculo de paz

cambiado con un creyente parecía haber borrado las huellas de toda mi inútil agitación, y yo espero, yo creo, que si una expresión de calma suele impregnarme a veces, ello se debe a esas horas pasadas en el último reducto donde se haya refugiado la dignidad, la verdadera dignidad humana.



XXIII

Otro cortejo marchando en sentido inverso con la misma lentitud. Y esta vez los del nuestro se destacan a su vez y uno a uno los hombres, y nosotros con ellos: el faccionario, el cochero del pachá que detiene su carruaje y el pachá mismo que desciende, vamos poniendo el hombro durante algunos pasos a esa especie de esquife que oscila por sobre el mar de cabezas y que no es otra cosa que una caja de pino ornada de un fez rojo como el que yo llevo y como el que llevaba la criatura del traspiés, el eterno tarbouch, que no se quita ni en el hogar, ni en el santuario, que es la prenda de honor del atavío osmanlí, que se coloca por sólo trofeo sobre el féretro y se esculpe en piedra por úni-

co símbolo sobre las tumbas. El tarbouch, que, como otra cúpula, corona el templo viviente que es cada musulmán. Y ese náufrago que es cada muerto va así, en brazos de todos, hasta el supremo puerto.

Volvemos sobre nuestros pasos, y yo busco en Nouri-Osmanié la casita de Nissin Nissam, donde habitara hace un año. El cambista acaba de volver de su tienda del Gran Puente, y, sin sorpresa, vuelve a otorgarme por esos tres días la habitación alta que toca el terrado y que yo encuentro como la dejara. Ya seguros de que nuestro albergue no será un hotel perote, nos echamos de nuevo a la calle, y esta vez me encamino hacia la Ahmediyé, en cuyos alrededores hay un cafecito donde yo venía a fumar todas las tardes de hace una primavera, un verano y un otoño.

XXIV

Hele aquí. Alto y tregua viendo el mismo árbol, desgajado por el cierzo; la pequeña mezquita, a la puerta de la cual alguien se calza o se descalza siempre; el mismo signo para conjurar Dulhan, espíritu maléfico que acecha alrededor, invisible, y distrae la plegaria introduciéndose en las babuchas de los fieles; hasta el propio *kadvedjé*, que en otro tiempo daba, a la hora tercia la señal de partida de los clientes, enrollando un almaizar en torno de su fez para formarse un turbante y retirarse a descansar él mismo. Le hemos pedido café; conforme al rito oriental, nos ha traído también las pipas. Encuclillado sopla sobre los carbones. Y el humo del tabaco turco vuelve a mezclarse a mis

ojos a esta bruma azul de aquí, única en ninguna parte; vuelve a confundirse su gluglú con el vago ruido envolvedor y adormecedor del crepúsculo otomano.

Y como si fuera mi propio corazón el que arde en el pebetero, siento subirme al cerebro todo el perfume de los recuerdos olvidados... La familia, que me consideraba ya casi como suyo... La pequeña agarena, a quien prometí volver en un año... Y en un año he vuelto. Esta velada de la San Silvestre dejaré a mi árabe en nuestra vivienda de Nouri-Osmanié, e iré a rondar al pie de ciertas ventanas que yo me sé del barrio bajo de Gálata. Veré la luz del hogar que pudo ser mío. Les entreveré a ellos: el abuelo y la abuela Behar pasando su rosarios o jugando su partida de tric-trac; tía Joya y tía Raquel leyendo o bordando; el padre, la madre y los hermanos, entre los cuales ese David, que fué el mío, o ese pequeño Aarón, que cabalgaba en mis rodillas. La veré a Ella abstraída en las inquietudes y las esperanzas de nuestro amor... Tal vez alguno hasta vuelva la cabeza; pero no conseguirá distinguirme. Pero no presentirán siquiera que estoy allí, en la obscuridad de la noche extranjera, tan cerca de ellos... Y yo sólo sentiré que

todo eso ha concluído, definitivamente concluído, porque ni llamaré a la puerta, ni nunca, nunca más, me sentaré entre ellos: Habré venido de tan lejos; a través de un cristal, barrera transparente del Destino, habré abarcado en un interior iluminado lo que pudo ser mi vida; y me alejaré como vine, solo, para no volver a volver.

XXV

Había vuelto del clamor de Pera a la abstracción de Stambul, atravesando ese maravilloso Cuerno de Oro, emboscado de mástiles y de caiques. Felizmente, se había congelado la llovizna, y ahora, en el cielo casi cristalizado, donde las netas siluetas de las cúpulas parecían una trizadura, las estrellas me llenaban los ojos como de lágrimas.

Las dos de la noche turca, y en Nouri-Osmanié, nada sino el distante golpetear de los bastones ferrados de los bachi-bousouchs, y de cuando en cuando, al fondo de las callejuelas, la oscilación de sus linternas. Todas las celosías, cerradas. Un sopor de encantamiento que desvelaban los perros con su ladrido sonámbulo. Una horda triste encontra-

da en el meidán más próximo había husmeado y seguido mi pista como una banda de lobos, y yo reconocía el pelaje de esos hermanos grises. Constantinopla seguía siendo su ciudad, como era la de los gatos Venecia. Y antes de empujar mi puerta, repartí con ellos mis provisiones de fiesta, pastelillos de miel o esos ekmet-kataifs, cuyo nombre no tiene traducción en otra lengua, porque no se hacen en ninguna parte. Esa noche los perros de mi calle contarían a los de los otros barrios que el alma noctámbula de Harum-al-Raschid había venido para traerles golosinas del paraíso.

Sin detenerme trepé hasta la terraza, y allí, con el pensamiento en blanco, me entregué a la fecha evocadora. Acababa de dar un paso definitivo en mi suerte, y un gran cansancio se había apoderado de mí. Por momentos hubiese querido tener siete años, o no ser sino un enfermo, y que la Buena Historia de abuela me arrullase como en otros viejos años nuevos. Ella dormía ahora perdida en las soledades y en el semiolvido de mis dissipaciones; yo solo, en la fantástica ciudad, velaba como un fantasma. Acababa de cortar los últimos lazos que me hubieran sabido retener a una exis-

tencia cualquiera, crearme una familia como todo el mundo, y ¡a mí, que no puedo creer en la inmortalidad y que no quiero creer en la gloria, perpetuarme, Dios mío, en un hijo, un niño como Aarón, que, andando el tiempo, fuera un hermano más joven, discípulo como Zahir y colaborador, quién sabe! Y contra la bóveda cristalina del firmamento se estrellaban mis deseos informes y mi todavía jadeante amor

XXVI

—*Seghouk ediyor effendim*—dijo detrás de mí una voz desamparada.

Zahir, que se había habituado a conversar conmigo en su español cervantesco de «yacer» y de «yantar», no me hablaba en turco sino cuando quería despertarme dolorosamente, y yo me volví como hacia un refugio, hacia su figura blanca, perfilándose en pleno espacio. Sí, ciertamente, hacía frío, teníamos mucho frío. Ese éxtasis en las alturas, afiebrándome, robándome las fuerzas vivas, poseyéndome de un desaliento letal, inclinándome al sueño del cual uno no se levanta, podía serme mortal, ya que era un comienzo de la muerte. Y arrebujándome en el viejo albornoz que acababa

de echarme sobre las espaldas, descendimos juntos a la habitación, donde brillaban la lámpara y el fuego.

—*Sidi sobaye yakdem*—volvió a decir Zahir, con el mismo tono quejumbroso y resignado que yo le oía por la primera vez y que, sin embargo, no sé por qué, me parecía haber sido siempre el suyo—. Acabo de reanimar el fuego, señor.

Entonces le levanté la cabeza para mirarle a los ojos; pero, esquivándose, se echó a mis pies con ese movimiento de adoración que acusaba su gracia imberbe, y silenciosamente comenzó a descalzarme.

—*D'Halmar-effendim*—insistió la voz doliente.

—*Zahir-kedim* (Zahir, gato mío)—murmuré yo a mi vez, inclinándome hasta rozar su nuca.

Zahir levantó la cabeza. Sus ojos estaban húmedos, y una mueca cargada de reproches le daba la impresión del nene de esa tarde, pronto a estallar en sollozos. Mi ternura y mi piedad se alarmaron.

—¿Qué tienes, kedim?

—*Oh chundi kech der*. Ahora es el invierno—hizo un movimiento para tragarse el llanto—. Soy para ti mas que un criado y menos que un gato.

Y, volublemente, saltando como los niños de una

idea a la otra, me contó cómo me había seguido en mi excursión nocturna, temiendo un peligro para mí en esa ciudad maleante. Cómo me había visto aproximarme a la ventana iluminada y, casi por encima de mi hombro, él también había abarcado la escena y había adivinado, y cuál era ella y quién era ella. Y no era de «la pobre» de quien estaba envidioso. ¿Me acordaba yo del joven hindi de el-Amiya? Aquel día él hubiese querido matarme o matarle o matarse. Porque en la posesión del sueño, en ese vínculo como ninguno, que se establece entre el magnetizador y el magnetizado, él se había quedado fuera, completamente extranjero. ¿Por qué a él no había yo querido dormirle nunca? Y, sin embargo, yo podía medir a qué punto él era mío con sus pensamientos y sus fibras.

A medida que hablaba, tormentosamente, iba calmándose, y el silencio de la lámpara que palpita y del fuego que crepita nos envolvió con su magia preñada de vibraciones. Yo comprendía como nunca que, así como ciertas palabras preceden a ciertos pensamientos, en el doble sentido, el sentido oculto de todo; como ciertos encuentros sucesivos y fortuitos nos preparan progresivamente, por así decir, a una cita, ciertos sentimientos son

otros tantos tanteos y como una introducción al único que nos estaba reservado. ¿Dinah-Zahir?... Ella se le parecía vagamente, pero él se parecía en todo a esa confusa imagen que cada cual lleva en el fondo y que no es otra cosa que nuestro ideal imposible.

—Tú no puedes saber lo que acaba de decidirse en mi corazón—reprendí dulcemente—. Todo está bien, hermano (y a mi vez, sin querer, yo me servía de la forma turca), puesto que todo llega, y nada hay que temer, ni que esperar, ni que echar de menos tampoco. No olvides lo que dijo Girish Chandria Gosh: aunque nos separásemos, tú eres para siempre mi chela. ¿No es así como se dice a la vez discípulo y amado en hindostani? Abandónate al buen calor, en esta noche de invierno, y déjame no pensar en nada. Ya no tienes frío, ¿no es cierto? ¡Oye, oye el estallido de los petardos y mira sus luces, que se desparraman del lado de Gálata! Somos viejos de un año más, mi niño. *Erken dir, Guetch dir*, es tardío y es prematuro, pero ¡cómo es precioso el tiempo! Vida, pues, sobre ti: *Eumur sizél*, ¡y vida, vida sobre mí!

Se había acurrucado junto a mí a la oriental sobre las piernas dobladas, con los pies recogidos

bajo el borde de las vestiduras, y se balanceaba de atrás hacia delante, como los creyentes en la mezquita cuando delectan el *Al-Korán*. Sólo que él buscaba mi mirada, a medida que la suya iba ensimismándose y, muy quedo, como si temiera disipar un encanto:

—...Dime, Sidi, si en tu país todos los hombres son, como tú, zahorís...

T E R C E R A P A R T E

DE ATENAS A PARIS,

P O R R O M A

I

Tomando en el Pireo el mismo tranvía eléctrico que ya otra vez me había conducido a Atenas, yo revivía esa primera excursión con un fraile franciscano que iba a predicar misiones a Constantinopla, hoy, pasados diez años, el orador sagrado más en boga de la Italia. Ese ferrarés, que recitaba a d'Annunzio y se sabía de memoria la plegaria de Renán sobre la Acrópolis: «*O noblesse, o beauté simple et vrai! Déese dont le culte signifie raison et sagesse, toi dont le temple est une leçon éternelle de conscience et de sincérité, j'arrive tard au seuil de tes mystères*», me había dado una lección inolvidable sobre el carácter italiano, pues habiendo comenzado a entusiasmarse desde Brindisi, sobre

la Hélade, una vez en el puerto griego dedicó la corta hora que nos dejaba el barco a comprar «*cartoline postale affinche gli amici non dubitassero del suo viaggio*», y si había concluído por acompañarme, fué entre regonzos y protestas: «*Rovine!, che rovine! In Italia non avevano visto altro e adesso noi potreste perdere il piroscafo.*» Sudoroso y jadeante, se había dejado remolcar, a pesar suyo, hasta la cima sagrada, y una vez allí, sin echar una mirada al Partenón, había mondado gimoteando una naranja. No fué sino al siguiente día, ya sobre el puente del «Osmanieh», que volvió a inspirarse líricamente sobre «*il marmo d'oro e il cielo azzurro della Grecia antica*».

Con mi chela era otra cosa. Ese mismo cielo azul le había puesto de humor egipcio, como yo decía cuando le veía contento, y alegremente vadeamos la suciedad y la mediocridad de la que fué madre del buen gusto, entre mujeres feas y hombres con aspecto de peluqueros, que no eran otros que los descendientes y herederos de la raza de la belleza y de la fuerza. En el vergonzante museo de esa capital del Arte, eran un símbolo las estelas funerarias, con sus muñones truncos, que fueron manos entrelazadas, como si se hubiese perdido

el eslabón que ligara aquel pasado de gloria a este menesteroso presente. Por suerte, no tardó en acogernos la falda que conduce a los templos extramuros, y, bajo la bóveda que engendrara tantos dioses y héroes, pude ver alzarse una vez más el peristilo inmortal.

Y para contraste de dos civilizaciones, recuerdo la exclamación ingenua de Zahir:

—¡Oh, Sidi! ¿Por qué no me habías dicho que esto era casi tan grande como la Esfinge?

II

Nápoles y la Italia entera habían adoptado para recibir a Zahir la apariencia de un cochero redondo y rojo, como una pelota de badana roja, con un chaleco que parecía reflejarle y un sombrero que era el primer insulto para sus clientes. Y el árabe, refinado, otorgó en seguida su más alto desprecio a ese pueblo casi irónico, como él, casi maligno, pero de una ruidosidad hueca y una exuberancia embotada.

—*Ce sont des levantins*—me dijo, en francés, por encima de las cabezas del gentío, que difícilmente vaciaba la estación, entrabado por los odiosos automedontes.

Y él reservaba su francés para las observaciones despectivas y las situaciones tirantes, absolutamente como si fuera hijo de la *douce France*.

Entonces comenzó lo que yo llamaba el drama del bagaje a mano.

Al partir de Calcuta para Europa, Zahir quiso calzarse a la europea; pero una selección apresurada por culpa, decía él, de la mala fe de los comerciantes, nos había obligado a volver a comprar en Pera y en el Pireo otros dos pares sucesivos de calzado que, llegando a Nápoles, y a pesar del dinero que comenzaba a faltarnos y que yo no podría reponer hasta Roma, sería necesario cambiar por un cuarto par. Todos estaban nuevos y todos le venían estrechos, y como nuestro equipaje nos seguía y sólo llevábamos con nosotros los menudos bártulos, puede decirse que lo que más lugar tenía en ellos eran esos zapatos, amarillos o acharolados, pesando inútilmente sobre los brazos y sobre la conciencia de Zahir, casi tanto como mi sombrerera.

Esta sombrerera era una caja de cuero cordobés que yo había hecho fabricar para mi inoficioso sombrero de copa, y que exteriormente tenía más o menos su forma en grande, algo así como el enorme sombrero de un auriga de Nápoles. Zahir, obliga-

do a cargarla desde nuestro primer día en el Cairo, había ido cobrándole un odio africano. No estoy seguro de que, a espaldas mías, no la golpease contra los muros. Y como también, en todas partes, la dejábamos en la estación con los maletines, a fin de tener las manos libres para buscar un hotel a nuestra guisa, el primer grito de Zahir, en cada término de viaje, era preguntar por esa famosa consigna, que acá, en Italia, pasaba a llamarse *bagaggio a mano*.

La compra del cuarto par de botas fué, pues, concienzuda. El árabe ya no se dejaba intimidar por los vendedores, ni llevar por sus elásticos consejos. Y sin creer ya que un par estrecho podía ensancharse con el uso, como uno ancho no puede tampoco encoger, ensayó unos tras otros todos los modelos de la zapatería, temiendo no fueran suficientemente holgados, hasta concluir por el mayor. A partir de ese momento, los pies de Zahir tomaron, por decirlo así, una importancia desmedida, de la cual no vino a darse cuenta sino en el Museo Nazionale.

Hasta entonces habíamos evitado en lo posible los museos; pero yo tenía en éste uno de esos raros amigos dispersos, a causa de los cuales deseo mu-

chas veces volver a ciertos lugares, y hétenos en la sala en que reina solitario el Narciso de Pompeya.

«Svelte et nu dans un bronze aux réflets de saphir.»

Estábamos lejos de los ídolos hieráticos del Egipto y de la India, y Zahir, que seguramente no había admirado mayor gracia, se consideró a sí mismo en una rápida comparación, que iba de la cabeza, donde los bucles se estrujan como granos de uva en racimo, hasta las formas libres y hasta el simple coturno enroscando sus amarras a lo largo de la pantorrilla... Entonces se encontraron sus ojos con su propio calzado... Un momento esbozó mi efebo el gesto del otro, con el cuello ligeramente torcido en el movimiento de quien escucha, contra el muslo una mano y el índice de la otra en alto, como para imponer silencio...; pero la vista de sus botas de siete leguas le hizo enrojecer, y arrastrándolas con rabia me arrancó a mi contemplación.

III

Visitamos Pompeya, en una forma única, porque al bajar en Torre Annunziata iban a dar las cinco de la tarde y el taquillero no quiso siquiera vendernos entrada. Desganadamente contorneábamos los muros, cuando una puerta baja llamó mi atención, y ya me despojaba de mi abrigo, disponiéndome a saltarla, cuando cedió al apoyar la mano, y nos encontramos, sin querer, en el recinto urbano, desierto a esa hora, sin turistas ni guías. Sin prisa, como dos vecinos noctámbulos de Pompeya, fuimos reconociendo los lugares tradicionales, los mercados y el foro, las termas y el teatro y los templos, introduciéndonos a las que fueron moradas: la casa de Giocondo, la de las Bodas de

Plata, en el gran silencio de un anochecer que podía durar desde hacía dos mil años. De pronto, en la callejuela del Lupanar, una voz nos dió el alto y una linterna se avanzó a nuestro encuentro. Eran *carabinieri*, estupefactos de encontrarnos merodeando a semejante hora, que nos gritaban en todos los dialectos si no habíamos oído el tambor de la *fermata*, si no temíamos exponernos a recibir un tiro, y que querían hacernos salir por la vecina Porta di Stabia; pero yo opuse tenazmente nuestra necesidad de volver a la estación, y, de patrulla en patrulla, fueron entregándonos hasta la Puerta Marina, junto al Templo de Venus, casi una hora más de fantástico camino por la ciudad muerta y a la luz muerta de la Luna. A las nueve tomamos en la *Citta* el tren de regreso a Nápoles, y Zahir me confiaba el milagroso presentimiento que le había hecho desembarazarse de ciertas lámparas pompeyanas, de las cuales ya se había apoderado sin que yo me diera cuenta, y cuya pérdida lamentaba, pues había querido regalármelas.

IV

Estaba escrito, sin embargo, que Nápoles, gran explotador de los *forestieri*, no se las pondría con mi árabe. Inútilmente, el portero galoneado del Hotel de Inglaterra nos prodigaba sus onerosos saludos; inútilmente todo un ejército servil nos colmaba de esas atenciones que tan caro se pagan y que, en el estado de nuestras finanzas, me parecían particularmente fuera de lugar. Zahir no se inmutaba, y hasta le hizo descorchar una noche al *sumiller* tres botellas de distintos vinos pretextando que ninguno era digno de nosotros. Y la eterna familia de profesor alemán, que consume entre cinco dos raciones, me atisbaba con envidia desde la mesa próxima, esos pobres diablos, reali-

zando a diez liras diarias con *camera a due letti*, su sueño de toda la vida de conocer la Italia de Goethe. Al salir del comedor me divertí buscando sus nombres de Hansen u Holtz en la lista; pero no encontré sino los de un «Prof. Olaf e Segretario» que no parecían corresponderles.

Nos levantamos de madrugada, porque habíamos prevenido que pasaríamos el día en Amalfi, y recuerdo la mirada circular que Zahir dió a nuestra habitación en el momento de abandonarla. No sé por qué me quedó grabada la visión de la sombrerera, ostensiblemente expuesta sobre la cómoda, cerca del *necessaire*, entreabierto, y delante del umbral la inusitada exposición de todos los zapatos: los de Calcuta, los de Pera y los de Pireo. En un café, donde Zahir había recibido sin pestañear la vuelta de veinte liras cierta noche que pagara con una moneda de diez, y donde, sin advertirme del error, continuaba haciéndome ir «para no inspirar desconfianza y en la esperanza de que se equivocasen otra vez» (según se dignó explicarme discretamente más tarde), hicimos inventario de nuestros fondos, mientras desayunábamos, y vimos era preciso abandonar toda excursión y partir sobre la marcha a Roma, si no queríamos quedarnos cortos. Un

itinerario consultado aprisa nos indicaba en una hora más el expreso, y mi tesorero se precipitó para ir a recoger nuestros efectos y pagar nuestra cuenta, mientras, dando un largo rodeo por el *basso porto*, yo me encaminaba a la estación con las manos en los bolsillos.

Unicamente ya instalados en el compartimiento y el tren en marcha, noté la agitación de Zahir; enrojecía, reía y atisbaba con inquietud por las portezuelas; una sospecha cruzó mi mente, y se confirmó al ver vacías las rejillas donde debía estar nuestro bagaje a mano, sin embargo que todo su contenido lo extraía indolentemente el árabe de sus insondables bolsillos: nuestros cepillos de dientes, o nuestras camisas de dormir, mi tintero y mi despertador de viaje, todo, excepto las maletas mismas.

—¡Oh! Tú comprendes—me explicó al fin—fué preciso sacrificarlas, porque yo tenía decidido desde ayer esta escapada; pero como tú te habrías opuesto, fingí volver al hotel, donde ya nada me quedaba que hacer, puesto que todo lo nuestro venía conmigo. Por otra parte, lo que nos sobra ya no alcanzaba a cubrir nuestros gastos en ese antro de ladrones. No tengas remordimientos, porque no les he engañado, y en la lista de los pasajeros tú aparecías

bajo el título de Prof., que ellos han creído quería decir «profesor» y que significaba simplemente «prófugo». El pobre maletín y el diablo de sombrerera y todos los pares endemoniados de zapatos, indemnizarán nuestra ausencia, y por una vez *Naples a été roulé, roulé, roulé.*

V

... Nuestro viaje por Italia...

Cuando recuerdo, mis sensaciones de todo lugar se resumen en forma homeopática. El mundo cabe en un botiquín de bolsillo, y cada frasquito, en vez de un nombre, tiene una etiqueta pintoresca... Un niño merendando en una esquina donde hay unas chambras rojas tendidas a secar..., sólo para mí esto puede ser Lisboa... Una mendiga en una plaza regia, que ofrece la fortuna a los trasnochadores contra un décimo de lotería..., esto es Madrid... Un quiosco iluminado de anuncios..., y esto serán los bulevares.

Pero que un automóvil deje su relente de bencina, y París entero se precisa. Un poco de agua de Colonia de Atkinson en un pañuelo, hace revivir mi infancia, mi viejecita y su vieja Inglaterra. Cierta cigarrillo, aspirado de cierta manera, despierta mi encanto oriental. La llovizna, la bruma, el alquitrán, todo y cada, es un conjuro evocador.

Y si diluyo uno de esos comprimidos, como un poco de anilina, según la silueta de indecisos contornos que se extenderá por sí sola en el papel plegado, otros sentirán tal o cual rincón de la tierra, «su» color, «su» voz, «su» sabor, «su» vibración, «su» roce, como lo sentí yo mismo, y como antes que en mis impresiones nadie habrá logrado comunicarlas. Porque a través de mi alma ha pasado la de las cosas. Mi procedimiento transporta al mundo de los sueños, donde las apariencias no juegan con nuestros sentidos, y para quienquiera imitarle, el secreto es darse entero como yo me entrego.

Mi ser se transfunde en mi obra, pero cuando yo muera de ella, en ella sobrevivirá ese adarme de realidad que contiene nuestro fantasma. ¡Vida, vida! No habré conseguido aprisionarte sino reproduciendo la profundidad imaginaria de los es-

pejos, y tu reflejo será tanto más fiel cuanto más ilusorio. ¡Y puesto que estamos condenados a no conocernos sino en imagen, sirva yo y mi ansia y mi angustia, para que pueda mirarse lúcidamente quien a estas páginas se asome!

VI

En Roma, teniendo a nuestra espalda la cúpula de San Pedro y la de San Angelo, del otro lado del Tíber, Zahir declaró con disgusto «*qu'il était arrivé avant nous*». Il era el Garibaldi a caballo y con manta gaucha, que ya habíamos visto en Nápoles, que encontrábamos aquí sobre el Gianicolo, y que nos saldría al paso en cada ciudad de la Italia—una, como si realmente «hubiese llegado antes que nosotros». Ese moderno Don Quijote, montado en el *Rocinante* de la democracia, iba a sustituir poco a poco en la imaginación de mi árabe la imagen del veturino napolitano, y hoy debe de recordar Italia bajo la forma de un hombre de bronce que, de ciudad en ciudad, cabalga fatigosamente.

La Ciudad Eterna pasó casi incomprendida para el espíritu sencillo, pero lleno de vida, de Zahir. Sus museos, sus ruinas, todo eso que un momento pudo alimentar su curiosidad, le desilusionó bien pronto, como un vestiglo; él también parecía exclamar con mi franciscano del Partenón: «¡Qué ruinas! ¡En Egipto no he visto sino eso!» Y yo me daba cuenta de que, en realidad, los vestigios y las viejas civilizaciones no pueden apasionar, en general, sino a hombres sin raza, de pueblos sin tradición, a los advenedizos de la Historia.

Es cierto que yo mismo, con mi instintivo horror por cuanto sea obsoleto, contribuía a esa falta de atención. Habíamos obtenido un permiso para visitar el Vaticano, y la garrulería de un guardián, que nos contaba el sufrimiento de uno de sus niños, me hizo olvidar la primera vez, que íbamos a ver el Laocoonte y el Apolo de Belvedere. Después debíamos visitar las capillas y los jardines, divisar al Papa y cruzarnos con los cardenales. Después, todavía, otro guardián de la Sala de los Candelabros, a caza de la eterna propina, debía hacernos encaramar sobre una silla para admirar «*una cosa meravigliosa*», que no era otra que las copas de esos mismos árboles entre los cuales

acabábamos de pasearnos. Después... Pero yo no he retenido ninguna visión ilustre, y prefiero evocar las plazas tímidamente asoleadas de Roma en ese invierno ya septentrional, y las diversas fuentes que, durante horas, nos entretenían como niños con sus múltiples juegos de agua. Yo no sé exactamente cuántas columnas tiene el foro Trajano (sobre el cual nos inclinábamos tan a menudo, sin embargo, para darles de comer a los gatos, esos si romanos, que lo pueblan), y, en cambio, cada surtidor ha dejado algo de su arco iris roto en mi pupila.

VII

Zahir no era el mismo en ese frío, que puede decirse le había penetrado hasta los huesos, desde Constantinopla. La depresión que me había causado el clima tropical de la India se producía ahora en él por la razón opuesta, y comienzo a recordar casi con tristeza sus últimas niñerías de Europa como una sonrisa que se va borrando.

Italia le exasperaba con su desconfianza mezquina y despertaba, si así puede decirse, la emulación de sus instintos rapaces. No había día que en mis cajones no encontrara algún objeto de alguna tienda. Ya llevábamos en nuestro equipaje, que por suerte protegía la inviolabilidad diplomática, todo un delator surtido de toallas con la

cifra de todos los hoteles, y cucharillas de te con la estampilla de cuanto barco habíamos tomado. Zahir afirmaba con tranquilidad que la H de Hotel podía corresponder exactamente a la H de Halmar, y que en cuanto al prenombre, no tenía importancia, dado que yo podía llevar objetos de muchos miembros de mi familia. Ninguna amonestación le desmontaba, y yo vivía en el constante temor de una aventura comprometedora, aunque él me asegurase también que del mismo modo que yo no le había descubierto nunca, nadie tampoco sería capaz de darse cuenta de sus prestidigitaciones, sus «abijeatos» según enigmáticamente las llamaba.

—¿Y cómo—añadía Zahir—, cómo podría, ni tú ni nadie, regalarse nada, si no es por mi sistema, que disminuye el precio de la vida y rectifica la balanza?

Y, puesto en cuerda, se extendía en recetas teóricas, algunas de las cuales no he olvidado por la psicología natural que demostraban.

—Siempre que ignores lo que vale algo—me decía Zahir—, no lo preguntes, si no quieres ser estafado. Toma el objeto y pon en cambio con tiento al borde del mostrador la moneda más ínfima de tu portamonedas. El comerciante, ofuscado, tartamu-

deará un precio, y tú puedes pagarlo, porque será justo. Sin embargo—concluía—, como tú no sabrás nunca desembrollarte, vale más lo dejes a mi cargo.

Así, entramos un día en una perfumería en busca de un peine, que me permitió escoger; pero, después de interminables regateos, la laboriosa negociación no se llevó a cabo. Avergonzado y humillado delante del vendedor, yo le reproché a mi intermediario, apenas nos vimos fuera, su ridícula tiranía.

—¿El que preferías era el pequeño?—me preguntó él, como arrepentido.

—Sí.

—¿El más pequeño, en marfil arqueado?

—Sí.

—¿Este, tal vez?

Y el peine que había visto hacía un momento en manos del perfumista apareció como por ensalmo ante mis ojos.

Así, fuimos detrás del Panteón a una litografía donde yo debía hacerme tarjetas de visita. Convinimos el día que podría mandar por ellas y, al alejarnos, yo se lo repetí a mi servidor; pero él reía socapa, con esa risa que yo conocía.

—Inútil—me dijo al fin—, yo me las he traído ya.

Desempaquetó una cajita, y pude ver que había cogido, como un ignorante que era, un ciento de cartulinas blasonadas del marqués Duomodoro, listas para la entrega. Entonces, y tal vez por la absurdidad del escamoteo, sermoneé a Zahir como nunca. Recuerdo que anoheció, que el pobre muchacho marchaba cabizbajo al lado mío y que de pronto, inclinándose hacia el respiradero de las cocinas de un *palazzo*, vi, sin poderlo impedir, que dejaba caer una nevada de cartones blancos.

—No te alarmes—me explicó, todavía compungido—. Puede ser la casa de ese marqués de maldición, y sus tarjetas tal vez le entren por las cocinas.

VIII

Nuestro único domingo en Roma fué una lección de historia romana dada al aire libre del *forum* por un profesor, sin duda napolitano.

Explorábamos los alrededores, cuando nos atrajo un gentío, y mezclados a él seguimos ese erudito, que tenía las trazas y la ditirámica labia de un charlatán, que al llegar a cada sitio memorable saludaba con su sombrero de copa: «*Salve domus Augusti! Salve domus Juli!*», envolviéndose en su levita como en una toga, mientras una banda de seminaristas del colegio de Santa Cecilia saludaba también en jocoso coro. Es una desgracia, pero yo no podré pensar nunca más en el Coliseo y en todos esos monumentos venerables, sin ver mi

exuberante arqueólogo, seguido de un discípulo ético, tratando inútilmente de abrocharse los guantes, y mimando todas las escenas de la vida de los césares y cada uno de sus personajes, sobre las piedras mismas donde se habían desarrollado los acontecimientos hacía miles de años.

—*Salve domus Claudius! Ecco l'imperatore pensieroso...*

Y el hombre gordo trataba de tomar por un momento la actitud de la meditación.

—Por aquí salió el esclavo que iba a asesinarle (*ecco lo schiavo chi voleva ucciderlo...*)

Y saltando al otro extremo, con una agilidad inesperada, se metamorfoseaba en un traidor al acecho. La hilaridad de Zahir se entrecortaba de estornudos, y cuando concluyó esa pantomima, netamente italiana, fué uno de los raros que tuvieron valor de estrechar calurosamente la mano del conferencista, mientras los colegiales se desbandaban todavía retozando y mientras se me acercaba un alemán para pedirme en «su» francés explicación «*barce qu'il était arripé trop tard et barce que barmi tous les esbectateurs, nous l'apions semplé les blus attentifs*».

Y o trazo estas memorias después de diez años,

en un cuarto perdido en el silencio de las altas horas y de las altas cumbres de París, a la luz de una lámpara. Pero he aquí que mis ojos, a fuerza de explorar la penumbra de los rincones, creen ver abrirse una calle romana a la luz de un día invernal; y entre el gentío abigarrado, yo reconozco un hombre que ambula distraído y, sobre todo, una forma árabe que le sigue. Proporcionada y ágil, parece que el suelo le fuese devolviendo la fuerza que le toma a cada paso: tanto es elástica su marcha. Su cabeza tiene una inflexión taimada, todavía infantil, casi femenina. Los labios son burlones, pero los ojos miran con una vieja mirada nueva que yo no habré vuelto a encontrar en nadie. Tose de tiempo en tiempo, a pesar del burnous que lo envuelve, y de trecho en trecho agita una fusta, como para franquearme camino por la vida. Pero las sombras se cierran, y me vuelvo a encontrar delante del papel, con la frente pesada, reposando sobre una mano. ¡Juventud, mi juventud!, y tú, adolescente, que la encarnabas, ¿dónde os escapasteis juntos, como una pareja cómplice? Heme aquí solo, solo, solo.

IX

Florenxia, Bologna, Venecia, Verona, Milán. Cada nombre prestigioso toma siempre una forma en mi memoria, a menudo de una plaza o de una anécdota, a veces, simplemente de un transeunte. Y así, Florenxia es la escalera de mármol blanco de un hotel, frío como su enseña «Al Polo Norte», en un amanecer velado por la neblina y el polvo de los barrenderos, a la hora que los pasajeros que llegan ocupan una cama rehecha aprisa y todavía tibia del cuerpo de los que acaban de desalojarla... Bologna, un maravilloso muchacho, pobremente vestido con el *mantello* y el chambergo, que, enfrente a San Bartolomeo, nos indicara la casa de Rossini, en el número 26 de la vía Mazzini... Ve-

necia es un gato desvelado sobre el pretil de un puente, cuando ya nadie transita los *viali* y los *canaletti*... Verona es la *piazza dell'Erbe*, dorada a fuego como un Veronese... Milán puede ser un cubierto caído de la manga de Zahir, en el preciso momento que la *cameriera* le trae otro sobre un plato.

X

En la ciudad de los Médicis, ese invierno de 1909 se hacía sentir tan riguroso que, en vísperas de partir hacia la de los Dux, yo comencé a temer por mi pobre egipcio. No sé si habéis visto alguna vez un camello africano en algún jardín zoológico del hemisferio norte. Su pelo corto parece encanecer, su actitud de esfinge se caricatura en la de un gran pollo desplumado. Y si marcha para desentumecerse, el «navío del desierto» cabecea como si fuera a naufragar, y si alza la cerviz es para abarcar con ojos turbios, cuajados de humildes reproches, esa bruma y ese soplo gélido para el cual no fueron dilatadas sus narices palpitantes de árabe. A mí, que he sofocado en el baño de vapor de la India, que

he visto desperecer mi amigo en la congelación de las bajas latitudes, creedme, nadie puede violar impunemente las fronteras infranqueables del clima. El Dante mismo no supo inventar para su infierno sino los dos polos del hielo y del fuego, que queman igualmente en el amor o el odio.

Y, sin embargo, Florencia la Bella, patria de ese mismo Alighieri, estaba allí en toda su hermosura, una de las cuatro o cinco ciudades habitables de la Europa, con sus rincones de una armonía indestructible donde, como en la plaza de la Señoría, el alma humana se siente en su centro. Florencia, que se ha modernizado sin desennoblecerse, en cuyo pasado se ha ajustado el hoy, como una piedra preciosa reciente en un engarce antiguo. Y yo adoraba esa metrópoli donde todo era secular y nada estaba en ruinas, que no sobrevivía, sino que vivía en una longevidad incaducable; que conciliaba, sin ser híbrida, nuestra nostalgia de tradición y nuestra fiebre de progreso. Florencia, la primera democracia de magnates donde, por única vez, la ralea supo refinarse hasta la estirpe, donde se hicieron príncipes los traficantes y príncipes lo fueron por el ingenio y el gusto. Allí se llevó la cota de malla bajo el justillo de terciopelo, y se sustituyó la daga

a la espada. Allí fué reemplazada la barbarie por la crueldad. Allí, durante una epidemia, contó el *Decamerón* Boccaccio. Allí, un Leonardo concibió el primer aeroplano, y predicó un Savonarola la última cruzada.

XI

Nos habíamos cambiado al centro, exactamente vía Strozzi, y cada tarde cruzábamos ese *Ponte Vecchio* donde se encontraron por la primera vez los divinos amantes. Veíamos como ellos correr el Arno, como habíamos visto el Nilo y el Ganges y el Tíber, y como veo yo ahora el Sena, red de venas azules en las sienes del Mundo. Habíamos ido de la cripta que construyó el Buonarrotti para sus sepulcros de los Médicis, al convento en que pintó Fra Angélico da Fiesole, de Boticcelli a Donatello, del Perseo de Benvenuto al Hércules de Juan de Bologna. Y en camino nos detenían ante las vitrinas los della Robbia: tan pronto una guirnalda de cabecitas seráficas de Andrés, tan pronto un friso

coloreado de frutas en cerámica de Lucas. Y como si estas últimas nos hubiesen hecho agua la boca, inevitablemente nuestro paseo se terminaba en la pastelería Gilli, de la vía Calzaioli, cuyo arte, yo temo, era más estimado y mejor comprendido por Zahir. Nos atiborrábamos de pastelillos conteniendo cremas y licores, como pomos preciosos, moldeados en *stiletto*, en león o en lis rojo, el blasón de la ciudad, pues diríase que esos orfebres del paladar tratan de hacérsola saborear y, en el momento doloroso, mi goloso cajero, que me había alejado bajo cualquier pretexto, declaraba sólo un tanto por ciento de nuestro consumo y, a pesar de su fineza florentina y de su desconfianza italiana, el pastelero concluía por bajar los ojos hasta su cajón, ante la austera mirada de su cliente exótico, y por darle conforme la vuelta, sin atreverse, creo, ni a dudar.

Zahir miraba siempre a los ojos, sobre todo cuando mentía, y salvo a mí les mentía a todos, por vicio o por fantasía. Su verdad, como su honradez, me estaban exclusivamente reservadas; y, sin embargo, era tal vez a mí al único a quien le costaba mirar de frente. Una timidez que, cosa rara, iba aumentando con la familiaridad, le cohibía

en mi presencia; y pienso con pena que, a pesar de nuestro cariño, y salvo durante mi enfermedad, quedamos siempre distantes, porque él me colocaba muy por encima. Su respeto hacia mi persona no tenía igual sino a su desprecio por todos los occidentales.

XII

Nuestra salida de Florencia, un día de aguacero, vino a demostrarlo.

Cuando nos anunciaron que el coche del hotel nos aguardaba para conducirnos a la estación, yo me apresuré a bajar y a instalarme; pero como se pasara un rato viendo llover sin que partiésemos, creyendo esperábamos a otro viajero, acabé por preguntárselo a Zahir.

—He hecho convocar el personal—me dijo sin inmutarse.

Era tan enigmática esa inusitada generosidad de su parte, que ya iba a pedirle la clave cuando, de mayordomo a lustrabotas, pasando por cocinero, camareras y pinches, y desde el portero hasta el

groom, todo el escalafón doméstico, brincando de cuatro en cuatro peldaños las escaleras o trepando desde los sótanos, se reunió junto a la portezuela. Sonreían, con su más melosa insinuidad, se frotaban las manos bajo los delantales, manoseaban las gorras entre sus dedos y creo que milord alguno había hecho más popular partida.

—*E bene, signorine e signori*—dijo Zahir cuando juzgó no faltaba nadie—, *grazzie tante e a rivederci. a rivederci, signori e signorine.*

No he vuelto a ver estereotiparse gestos y actitudes en un pasmo más súbito. Nadie se daba siquiera cuenta si debía reír o enfadarse, cuando Zahir, aprovechando esa estupefacción, impartió al cochero la orden de arrancar. Y estábamos ya lejos, y aún el grupo, en medio de la calle, permanecía momificado, petrificado bajo la lluvia.

Pero un papagayo dorado sobre todas las costuras, había tenido la presencia de ánimo de saltar al estribo y se tenía ahí tan inmóvil como se lo permitían los tumbos del carruaje y las ráfagas del agua. Se lo mostré con el dedo a Zahir, que alzó los hombros con soberano desdén.

—Servirá para bajar nuestras maletas.

En efecto: apenas paramos, le puso en los bra-

zos todo nuestro equipaje. Le abrumaba, entre la lluvia, le apuraba, le reñía, y yo me dije que ése, al menos, no tendría que quejarse de nosotros.

Momentos después, mientras Zahir se ocupaba de los billetes, vi venir a mí el cacatoes mojado. Su brazo se alargaba, rígido, como en parálisis, y con un ademán sin voz, me mostró en el centro de su mano abierta, con todos los dedos agarrotados, la propina que la munificencia de mi *segretario* acababa de depositar: una moneda de dos sueldos.

Trajiné aprisa mis bolsillos, y casi a hurtadillas le deslicé cuantas piezas blancas llevaba conmigo. En ese instante, Zahir me llamaba desde la taquilla.

Ya en el tren, el maligno dió rienda suelta a su triunfo. ¿Había aprendido yo cómo se trataba esos lacayos? ¿Había visto con cuánto gratificó al librea de las maletas? Y cuando supo que yo acababa de enmendar en parte su impudencia, quiso rendirme cuentas al instante, hacerme sobre la marcha entrega de mi dinero, «puesto que yo mismo venía a deshacer su esfuerzo por servirme honradamente».

XIII

Il fanciullo dai colombi.

¡Ah! Seguramente esta frase no le dirá nada a nadie, porque no hay sino un alma con la cual haya tramado la mía el tejido invisible de los recuerdos. Y si digo *il fanciullo dai colombi*, esa alma, adondequiera que esté, verá lo que vimos juntos: una inmensa plaza vacua como un sepulcro marmóreo; una oriflama en lo alto de un mástil sobre el horizonte lacustre, y apoyándose, al fondo de la columnata, sobre el sarcófago de pórfido de un Dux, un niño medio desnudo que se ha adornado con todas las palomas de San Marcos: una, con las alas extendidas, se equilibra en su cabeza ladeada; otra se le ha posado en el brazo, y otras revuelan

en torno de su mano o picotean a sus pies; y el arrullo del silencio revienta dulcemente en esa ense-
nada de sol de invierno, con un murmurio de re-
saca, en la hora quieta—*l'ora calda*—del mediodía
veneciano.

Venecia fué para nosotros dulce y triste como
una despedida. Ningún forastero turbaba el as-
pecto inmóvil de la encantada en el pálido círculo
mágico del Adriático, y en nuestros vagabundeos,
que comenzaban con el alba por los templos y con-
cluían en la noche por los *campielli* desiertos, no
tuvimos otros compañeros que las góndolas, rau-
das como cisnes negros; el grito desamparado de
los bateleros: *A-oell*, que es como el santo y seña
que dan en cada *sacca*; las palomas en las horas de
Sol y los gatos en las de Luna.

XIV

De todo tiempo Febea compartió con su hermano el reino de esta Venecia—«hija de Venus»—surgida también de las salobres espumas, y mientras Apolo ha tocado con su púrpura y su oro los ocasos y las pinturas venecianas, las vidrieras, los mosaicos y los esmaltes dorados a fuego, las recamadas dalmáticas y los ardientes brocados, Ella, a un golpe de su varita de ensueño, entre los velos azules de las noches de las lagunas, ha cuajado el hielo en cristalería, templado con su hálito el acero de los puñales y el azogue de los espejos, y dado a los encajes el arabesco y la diafanidad de sus celajes. Si Juliano hubiese sido Dux, habría puesto bajo la égida de Helios la basílica áurea, y San

Giorgio il Maggiore, en la isla plantada secularmente de cipreses, se lo habría consagrado a Artemisa.

Y mientras tornasolaba el Sol el plumaje colombino, ocupábase la Luna de esos pierrots que vienen a ser los gatos. Quien no haya asistido en las altas horas del reinado selene, y en medio de las lagunas, a una asamblea de su Gran Oriente, nada barrunta en prácticas esotéricas. No es seguramente la India la que me haya iniciado, y en realidad yo llego a creer que mis viajes por los países de la Media Luna no obedecieron sino a esa misión de que me encargara la fragatonería veneciana, en mi estadía anterior, cerca del Chat y del Pas-dis-chat. Venecia, adormecida, sin vehículos, cabalgaduras ni canes, con sus palacios, en cuyas grandes puertas cerradas hay siempre una pequeña gatera abierta, es Gatusalén, la Jerusalén gatemita.

XV

Y era esa misión la que me había conducido hasta la patria de Zahir y hasta esa ambigua esfinge, que ningún egiptólogo ha explicado suficientemente y que nosotros—los gatos, Zahir y yo—adoramos bajo su advocación verdadera. Porque lo que encubren los pinjantes de su calántica son dos orejitas puntiagudas de gataogro o de Ogresa-Gato, dotado como se halla del doble sexo andrógino. En la hora santa del Moghreb los mininos de todas partes, Mumúes y Mimís, conservando la tradición del instinto, vuélvense, después de prolijas abluciones, hacia un mismo punto de mira, que llamamos en árabe *Keblah*. Es al Egipto, al Cairo, a la inmensa antiquísima Mama-gata de Giseh.

Entonces un solo pensamiento nos une a los soñadores y sube al cielo desvanecido y al novilunio que comienza a columbrarse.

Y éste y no otro, el parentesco astral que nos vinculaba—Zahir y Yo—, en una misma religión. La explicación de por qué ese gato montés árabe se había dejado domesticar por mí y nada más que por mí. Yo era el embajador profético de su raza, de nuestra raza felina, el que un día ha de redactar los anales de la más hermética de las cofradías de acá abajo: la de los lunáticos. Y si pierdo mi tiempo en novelas y nonadas no es sino para afilar la pluma en vista de esa obra, que debe ser única como la Solitaria de los desiertos, y desafiar como ella el tiempo y los comentarios. Y Ella y Yo y mi Chela, por los siglos de los siglos, pasaremos a encarnar el misterio de la trinidad lírica: la inspiración, el inspirado y el prosélito: tres personas distintas y un solo poeta, no más.

XVI

En el palacio ducal, y haciendo *pendant* a la Venecia en marco de oro pintada hace siglos por el Canaletto, se encuadra en cada ventana el panorama vivo de Venecia. Y como parece que realmente un sortilegio hace perdurar y eterniza «la Bella Addormentata», no es extraño se apodere un malestar de náufrago de quien desembarca en ella de noche y le determine a asirse del primer guía de fonda venido, antes que las aguas vuelvan tal vez a cerrarse con las sombras, en una masa irreal de vapores.

Nosotros, durante nuestra estadía en la ciudad sonámbula, parecíamos vivir en un tiempo fabulosamente recluso. Ya era en un suntuoso atarde-

cer una comparsa de enmascarados, porque estábamos en carnaval, viniendo a favor de las corrientes cautivas de Mazzorbo o de Torcello en una de esas que parecen la barca de Hécate, atracando a la *riva degli Schiavoni* y cruzando con sus mandolinos y sus violas, como aparecidos del carnaval de Venecia, la desierta plaza de San Marcos sin un eco para su alegría difunta. Ya en una mañana, y en el embarcadero de San Estéfano, entre el temblor azorado de los cirios y el sollozo de la multitud, un entierro embarcándose en esas propias góndolas, severamente colgadas de terciopelo, con los gondoleros en túnica púrpura y el capellán de pie en la proa. *A portas inferi! Sed libera nos a malo!* El día, como que trataba de desenredarse de una telaraña irisada; la corriente invitaba a enderezar rumbo hacia aquel rojo islote de San Michele, que, entre las islas muertas, es el de los muertos; llegaba de la playa la despedida como el rumor de la resaca, el amén parsimonioso de las campanas, y en el Gran Canal, encajonado entre grandezas espectrales, una exhalación pluviosa se mezclaba a las volutas del incienso y a su olor el olor de la marisma. Ya era, finalmente, una noche que volvíamos del Lido, franqueando el puente

de Rialto, una vilota, en la olvidada lengua veneciana, cantada a lo lejos en una hostería cerrada:

Vus tu che mi te insegna a navegar
Vate a far una barca o una batela
Coti la fata butila in mar
La te condura in Venezia bela.

Zahir, que salía de un acceso de tos, se detuvo, con una mano sobre el pecho y apoyándose con la otra al pretil. Respiraba trabajosamente, y su crisis y el frío le habían llenado de lágrimas los ojos. Y yo presentí que, más tarde o más temprano, por buenas o por malas, nuestra separación sería irremediable.

Y, cosa absurda, toda vez que pienso en nuestro adiós real algunos meses después, se me figura tuvo lugar en ese momento sobre ese puente de Venecia; que fué entonces cuando tomamos él de un lado y yo del otro por el mundo, mientras repetía una voz lejana ese para nosotros canto de la despedida:

Coti la fata, butila in mar
La te condura in Venezia bela.

XVII

Milán, a cuyo Duomo Zahir le cobrara horror por mis detenidas visitas; en cuyo célebre teatro de la Scala nos dormimos él y yo oyendo el *Cristoforo Colombo*, del barón Franchetti Rosthchild, hasta que el pobre Descubridor espetó su último suspiro musical. La Suiza; el desayuno en una confitería del barrio alto de Laussanne, limpia como la nieve misma que convertía en sorbetes los demasiado pintorescos *chalets*. El cielo parecía deshacerse como un merengue, y en alguna parte, allá abajo, detrás de esa polvareda de azúcar, debía haber un lago azul y montañas argentinas y cosas grandes. Pero por lo pronto todo el paisaje parecía, con sus chimeneas y sus pinos, salido de una caja

de aguinaldos. En cada una de nuestras huellas se iba formando un cristalino charquito, y al respirar echábamos humo, como los genios de los cuentos que yo me entretenía en contarle en nuestras veladas a ese hijo del país de las mil y una noches. Con todo, Zahir halló medio de pagarse una reliquia de esa hora efímera y golosa, porque cuando bajábamos hacia la estación extrajo de su burnous todo un bocal de bombones: los había rojos en forma de peces, y violeta en corte de medias lunas y verdes o color topacio en molde de piñas; y el recipiente de vidrio, menos frágil, sin embargo, que tantas cosas y tantos sentimientos, viene haciendo hasta ahora sobre mi mesa las veces de violetero para centenares de ramos que han exhalado en él su perfume y su frescura, que se marchitaron y hederon como sólo pueden heder las flores. El tosco bote, sutilizado por Zahir, una mañana de hace diez años...

¡Nuestro viaje por Italia!

XVIII

Simbad el Marino, toca en esta aventura sin aventuras el límite de sus primeros viajes. Después de tanto y después de todo, nada habrá visto sino el mundo, no le habrá ocurrido nada sino la vida.

Nuestra instalación en París, en el número 39 de la antigua calle de Postas, entre la del Caballo Verde y el Pasaje del Rastrillo... Gesto por gesto y palabra por palabra me acuerdo de nuestra primera conversación con la que debía ser después nuestra conserje; de la reflexión de Zahir viendo en su canastilla de costura una angora que, según él, roncaba en francés *en faisant rouler les erres*. Se llamaba Dina, como mi amor muerto de

Gálata. Para pellizcarla, los colegiales de la vecina Institución Lhomond introducían sus deditos rosados a través de los barrotes, y Dios sabe si en su existencia sedentaria vió ella pasar de esos galopines de ida a la escuela y de vuelta a la vida. Cuando este año, después de otros diez de ausencia de París, visité la antigua portera del 39 de la calle de Postas, su primera pregunta fué por mi Zahir, y la primera mía por su Dina. Pero la gata había pasado ella a su vez a mejor vida: otra la reemplazaba, aunque no la substituía, en el costurero. Y como me fueron contados al por menor sus últimos días de neuralgia y de chochera y la venda con que se la abrigaba y aliviaba, yo pude figurarme a la vieja angora, con una papalina en la cabeza como su vieja dueña, devanando en sueños las gangosas erres de esa palabra *mourir*, no menos áspera para los animales que para los hombres.

XIX

Rue de Postes vivimos ese duro resto del invierno, puede decirse sin dejar el rincón del fuego. Por las mañanas veíamos encenderse a las siete los hornillos en el laboratorio químico de enfrente; a las ocho la pobre profesora de inglés y piano del segundo piso comenzaba a machacar a sus discípulos el *how do yow do*, o el *mi, sol, si, re, fa*, mientras desde el Seminario nos llegaban las declinaciones latinas del *Dómine, dóminis, dominorum*, y del *rosa, rosae, rosarum*. Y todo se pasaba en ese rincón anticuado, donde el ruido insólito de un carruaje hacía abrirse las ventanas, como cuando Balzac lo habitara tres cuartos de siglo antes y escribiera a son de campanitas y canturreos su *Père Goriot*.

Al fondo de la calle un árbol, del cual han hecho leña más tarde, completaba ese aspecto provincial, y hubiérase dicho que el vecino pasaje Rataud conducía más que al bulevar Claude Bernard al campo abierto de los pequeños pueblos.

Mi París ha cambiado, y yo con él, y todo con nosotros. ¿Dónde volvería yo ahora que fuera igual a antes? El Levante, el Poniente no hacen sino una sola monotonía banal, y a veces pienso va siendo tiempo de irse, puesto que se ha transformado cuanto yo amaba. Media vida de hombre basta para ver envejecer o renovarse el mundo.

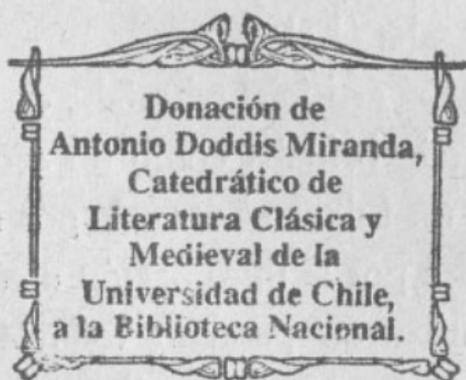
¡Ah! ¡Otro tanto dirán los que, peor que envejecer, hayan perdido como yo su juventud! Pero a mí me cupo en triste suerte, dondequiera, de llegar momentos antes que el telón cayese sobre el deslumbrante espectáculo de siglos. ¡Oh, mi Constantinopla! ¡Oh, mi París! ¡Oh, el alma mía de 1909! Fuimos yo y mi chela los últimos aventuradores no aventureros, el último de los caballeros andantes con el último de los escuderos por la última de las Dulcineas, pues el Extremo Oriente, y el Oriente y todos los reinos occidentales que se conservaban anacrónicos habrán sido irremisiblemente desencantados en estos pocos años. Y yo, que vengo

de un país de evolución incesante en una época de transición ingrata, ya no sé dónde refugiar mi espíritu, habiendo inútilmente tratado de apegarme a algo intangible, a algo inviolable de acá abajo.

XX

Junto al fuego, obligados de encender el gas en pleno día, permanecíamos ociosos y casi sin hablarnos. Yo sentía a veces la mirada de mi chela fija en mí; pero desviaba como un gato sus ojos apenas se encontraba con los míos, temiendo, creo, leer en ellos el mismo pensamiento triste que debía obsesionarle. ¿Pensaba en su madre, en la novia, en esa otra niña eurasiática de Calcuta? Habíamos perdido hasta la noción del sol en ese sombrío tercer piso de una calleja estrecha. Y como una tarde que la bajábamos hasta la plazuela de la Estrapada le viéramos, enorme y rojo, detrás del Pantheon, del lado del Luxemburgo, el árabe le mostró el puño y le volvió las espaldas como a un

traidor, con soberano desprecio. ¡No! ¡Esa bola incandescente y sin fuego que, por el contrario, hacía resaltar el estremecimiento, no era el Baal Zeboub que el pobre árabe había adorado instintivamente! ¡Nosotros los occidentales no podíamos llevar la misma sangre en las venas, puesto que nuestro sol era tan distinto! Y yo medía la inutilidad de la cosmografía, viendo desconocer a ese hijo del Sol, esa su caricatura, mientras los tenderos parisienses salían al umbral de sus tiendas y alborozados se frotaban las manos al rescoldo imaginario.



XXI

Una parte había, sin embargo, de París que Zahir llegó a amar, y eran los grandes bulevares. En las noches, sobre todo, íbamos a mezclarnos a la multitud. Y él la buscaba, esa multitud, cuyo frote magnético le abrigaba el alma.

Y es que allí la luz artificial triunfaba de la sombra y del frío. Todo brillaba como un ascua, haciendo centellear un fulgor al otro. Y por las aceras, como asoleadas por la iluminación a *giorno* de los anaqueles rutilantes, pasaban todavía cabri-llando las joyas de los tocados, reflejos de charoles y rasos y la intermitente luciérnaga del cigarro de los transeuntes.

Entonces Zahir ya no era sino el alma errante de esa muchedumbre enardecida que vibraba por él. El bulevar entero, nocturno, cosmopolita y alucinado, se personificaba en ese efebo exótico, atrayendo las miradas de hombres y mujeres y haciendo converger todos los deseos hacia su perturbadora belleza. Hubiérase dicho una fiesta celebrada a su intención. Yo pasaba con todo a segundo término. Y el centro de esa lluvia de fuego bíblica, de esa hornaza babilónica, era el eterno adolescente, con su sonrisa a la vez primitiva e inmemorialmente sabia, cuya frente recibía el bautismo de oro de París, de esa vaga nebulosa rojiza que se condensa sobre su cielo y que es como la exhalación cálida y fosforecente de un volcán de pasión.

—*Tous les hommes, toutes les femmes me devisagent*—me resumía él una noche, ya de vuelta de nuestro paseo, reinstalados junto a la chimenea—*et les sachant incapables d'aimer, moi, tu sais? je m'en moque; mais ce serait tout autre chose si nous avions besoin d'argent!*,

Yo no traduzco la desenvoltura estupefaciente de la frase y la dejo en francés, lamentando no esté en latín como ciertas citas vedadas. Su moral

no iba más allá, y no es sin duda la nuestra; pero ¿sería la nuestra su abnegación? Me amó como supo y pudo, sacrificando por mí sus juveniles amores, y yo no sé que nadie me haya amado más y mejor.

XXII

Pero, a pesar de esas excitaciones pasajeras, Zahir no tardaba en recaer en su marasmo, languideciendo a mi lado por falta de calor. ¿Era un poco mi culpa, la de esa capa de hielo en que ha ido encerrándome la suerte y que impide exteriorizarse los rayos de mi corazón? Y, sin embargo, yo siento arder mi pecho, aunque desde entonces mucha ceniza se haya acumulado en el cenicero.

Zahir, que no desmejoraba, sino se refinaba por su dolencia oculta, el mal incurable del trópico, haciéndome pensar en ese vaso trizado del poeta, del cual se escapa la esencia de la vida; que contemplaba ensimismado y como hipnotizado, durante horas enteras, las brasas del hogar hasta verlas des-

moronarse; que conservaba en el fondo de las pupilas, como un reflejo distante, la nostalgia de la luz. Y, realmente, parecía muy desterrado, con sus amplias vestiduras blancas, en esa atmósfera cenicienta de ciudad moderna y de invierno boreal. Y vanamente yo trataba de representármelo ante el Nilo verde o las arenas leonadas bajo el immaculado cielo azul del Egipto. Porque ahora me aparecía como un zafiro ese firmamento, sin embargo, empañado a veces por el pestífero hálito del progreso que iba maculándolo todo y que pronto concluirá por hacer opaco el esplendor de coloraciones de la Tierra. Entonces no quedará del Sol sino la efigie acuñada en monedas de oro. Entonces, tal vez, los hijos de los hombres nacerán con el cabello cano y nacerán con el deseo de morir.

XXIII

Por esos días yo le había pedido a Zahir me comprase *Los hermanos Karamansoff*, de Dostoïewsky; y, efectivamente, al volver encontré un libro sobre mi mesa. Pero era la segunda parte, y cuando, extrañado, se lo dije, me reprochó no haberle advertido que la obra constaba de dos. Sin embargo, algunos días después los tomos se habían completado; y como yo no volviese de mi asombro ante semejante hazaña de latrocinio, el escamoteador incorregible extrajo de su eterno burnous otro gran cuaderno y, tendiéndomelo, me preguntó con inquietud si valía la pena. Era *La Isla de Voluptuosidad*, de Myriam Harry, en la edición ilustrada de Calmann-Lévy.

—Es mi *pourboire*—me dijo con una pálida sonrisa—. No me riñas; ¿quieres? Ya tengo bastante con el remordimiento de defraudar a estos parisienses, tan confiados, que verdaderamente se quita la gana de engañarlos.

Fué, creo, su última farsa. Pasaba noches de insomnio y de calentura, y uno de mis amigos médicos, que le había auscultado, me declaró no tener para tres meses si no volvía a su clima. Por mi parte acababan de notificarme que me permutarían en mi país, y yo me decidí a repatriarle.

XXIV

Pero él no lo entendió lo mismo, negándose al principio a prestar oídos siquiera a mis palabras; habiendo echado supersticiosamente al Sena el pobre Siva robado en Calcuta y que él hacía responsable de todo, poco a poco, una especie de apatía que me asustaba más que nada iba ganándole.

—Iremos por el mundo descabalados como los dos tomos de tus *Hermanos Karamansoff* antes que yo hubiese conseguido reunirlos—me dijo una vez sin mirarme.

Y cuando comprendió irrevocable mi decisión, sobreponiéndose a su dolor, me comenzó a rodear de cuanta previsión estaba en su mano, como para

compensarme del desamparo en que me iba a dejar a pesar suyo.

—¿Quién—me interrogaba al desatarme el calzado por la noche—, quién te descalzará?

Y en doloroso arrobamiento se anonadaba a mis plantas, tocándolas de cuando en cuando con sus labios.

—Quisiera—me explicó otra vez—que no tuvieras que cambiar de residencia, ni siquiera de alojamiento, para que yo pudiese verte con la imaginación entre estas cuatro paredes, seguirte por estas calles en el hora por hora de tu vida diaria.

Abrazaba el ámbito con los ojos, como si hubiese querido llevárselo con cuanto encerraba.

Preparó, como siempre, todo lo necesario la vez que debía afeitarme ya para ir a dejarle al puerto. Guardaba entre sus manos los pequeños objetos de mi uso antes de acondicionarlos en el *necessaire*, y cuando repasó la navaja en el asentador de cuero que provocara la primera peripecia de nuestra vida común, sus ojos se levantaron hacia mí.

—*Zahin!* (malo, cruel). Si me hubieses querido bastante me habrías permitido morir al lado tuyo.

XXV

El tren, pero esta vez por última.

Y yo rememoro la primera, hace tres meses, entre la estación de Matariyeh y Port-Said, cuando íbamos al Oriente. Ahora Zahir se regresa a su patria y sus afecciones, a su vida, y yo, ¡Dios mío!, yo ignoro dónde enderezaré mis pasos, y todo me es igual, después de todo.

Porque la suerte ha jugado conmigo, tendiéndome una mano para truncarla en seguida, como en las estelas de Atenas. Lo que separa la vida es más definitivo que la muerte, y aunque Zahir trate de hablar de nuestro próximo encuentro, y aunque me haya hecho jurar que no se pasará un año—un año, como ella—sin que yo vuelva al Egipto, yo he

aprendido ya que si todo se repone, tal vez, seguramente, nada se rehace. Adiós quiere decir «hasta Dios», y hasta luego, «hasta nunca».

El nocturno de Marsella nos arrastra en este comienzo de primavera, que se va acentuando conforme nos acercamos al Mediodía. Dijérase que marchamos al encuentro del Sol, y, sin embargo, a mi pobre enfermo todo le es indiferente, salvo nuestra separación.

Yo no he visto a nadie tan completamente disuelto en sus sentimientos como este niño primitivo. ¡Ah! ¡Ese no hace, sobre todo ése no premedita hacer literatura con su pena! no se mira llorar, no aquilata desde luego sus lágrimas calculando el tamaño de las piedras preciosas que podrá tallar cuando se cristalicen; no arranca rutilaciones de ellas para escudriñarse el alma; sufre sin saber siquiera, y eso le basta. Y yo lo envidio sintiéndolo tan por encima de la explotadora doblez de los artistas, los pobres hombres como yo.

—La próxima primavera la veremos juntos: el gran milagro de los aluviones. ¡Ah! ¡Tú no sabes cómo mi viejo Egipto se rejuvenece en pocos días, en horas a veces, como si las flores y toda la vegetación no estuviesen sino disimuladas y súbita-

mente prendieran fuego! Iremos a Masr-el-Atika; te presentaré a mi madre y mi novia; iremos a los Molinos de Viento; y, sobre todo, permaneceremos agazapados junto a *Ella*, como sus cachorrillos, hasta la hora que los rinopomas, los murciélagos pequeños del Desierto, la abanicen con sus alas tibias, y como grandes falenas atraídas por una linterna revuelan en torno de su cabeza.

Después eran recomendaciones de cuidarme, olvidos que reparaba de nuestro menaje en París: mi abrigo de media estación lo había plegado con naptalina en la repisa del armario; yo debía pasar donde el tintorero a recoger mis guantes claros; y después, todavía, pequeños encargos para nuestra portera, o un cascabel que íbamos a comprarle en Marsella a su gata *Dina*.

—A propósito—dijo Zahir tanteándose el pecho—: tengo que dejarte una cosa y pedirte otra.

Había sacado de entre sus ropas un escarabajo engarzado a una cadenilla, y por sus manos quiso suspenderlo a mi cuello, como talismán de larga vida. Nunca se lo había quitado y nunca debía abandonarme ese símbolo de la inmortalidad de los antiguos egipcios, que venía de las Pirámides, cincelado por un lapidario hacía miles de años.

—Y yo desearía—agregaba Zahir—te bastara frotarlo para que yo acudiese, como el anillo del djin en tu cuento de Aladino, y ya que no se puede, prométeme escribir en cuanto me necesites. ¡Ah! Y que no se trate de dinero, porque yo me haré leer tu carta por Ibrahim, el escribano público de la plaza de la Sinagoga, y me las compondré como yo me sé para alcanzarte dondequiera que sea. Entonces ya estaré bueno, y, si no, mejoraré nada más que con la idea. Pero si pasa el tiempo y me caso, prevendré a mi mujer de nuestro compromiso, y si se pasa mucho tiempo y muero, mis hijos lo cumplirán por mí.

Así aturdía su pena y redoblaba la mía mientras se iba acortando esa postrera etapa antes que el mar y ese Tiempo invocado por Zahir viniesen a ensancharse cada vez más entre nosotros. Si todavía en alguna parte, ¿dónde está ahora? Yo le di la llavecita colgada, como dije, a mi cadena (la misma ganzáa de oro que debe de forzar la gran puerta, puesto que para anunciarme su suicidio un amigo marino me la había enviado sin una sola palabra). Una indiecita del Perú, que yo llamé *Gatita*, me hurtó el amuleto de su escarabajo. El Ibrahim de la Sinagoga no habrá tenido que leerle ninguna carta mía.

y caso que alguna suya le haya sido dictada para mí, el azar se ha encargado de extraviarla como nos ha extraviado a nosotros mismos.

—También compraremos en Marsella algún licor dulce y fuerte, pues en el vapor yo quiero olvidarme de todo, aunque después me duelan los pelos (esto en turco). ¡Ah, sidi bien amado! Dime que todo es mentira, que vamos a volver a tomar juntos el expreso de París, o, mejor aún, que te vienes conmigo y para siempre al Egipto.

XXVI

Y poco a poco, como en nuestro primer viaje desde el Cairo, yo me iba adormeciendo con el vaivén y con el murmullo, aunque me creía despierto y aunque seguía viendo oscilar la lámpara del techo. Pero esta vez era una lamparilla de noche en el cuarto de un enfermo, que era yo. Estaba tendido y solo, aunque dos sombras conversasen en silencio entre sí. «Ha amado mucho—decía una—, y como le he hecho sufrir, no sentirá que me lleve en puntillas los pobres vestidos en que ha tiritado día y noche, el reloj inexorable y el inútil llavín, si tú le arropas en cambio.» Entonces la otra me cubrió con algo tibio y blanco y me recomendó al oído que siguiera durmiendo mientras me

besaba con cautela en la frente. Y yo soñaba: «¿Es que he vivido, puesto que me he ganado el beso de la Esfinge?» Y el ritmo del tren iba repitiendo como un grito sin voz «¡Mamá! ¡Mamá!», hasta que un gran ruido vino a desbaratarlo. ¿Dónde estaba? A la luz de la lamparilla vi a Zahir medio inclinado, que me acababa de cubrir con su albornoz. ¿Era él quien se atreviera a besarme? Busqué con los ojos, pero nos hallábamos solos en el compartimiento. Afuera clareaba.

Entonces cogí la mano amiga que se había apoyado sobre mi frente, como tantas veces cuando realmente estuve enfermo en las Indias, y la retuve, y su pulso y mis sienes mezclaron sus latidos.

Cuando sacudí la presión y me puse en pie, sentí el desgarramiento que debe sentir el árbol al desprenderse de su última hoja. A partir de ese instante nuestras existencias comenzaban a separarse, y la soledad, la vieja soledad fiel, me recobraba. Puse el oído y, como el eco perdido de una canción que se alejaba, parecido a la vilota del puente de Rialto, distinguí, ya muy vago, atrás o adelante, en el camino incierto, ese «¡Mamá!, ¡Mamá!» mecedor y desamparado.

C U A R T A P A R T E

«GATITA». COSTUMBRES
D E L P E R U

I

De mi larga estadía en el Perú yo no conservo ningún recuerdo, como si algunas páginas hubiesen quedado en blanco en mi libro. Aquel puerto aislado del Norte, la ciudad rutinaria y las poblaciones del interior, se me confunden con cualquier parte del mundo, y aun mientras vivía entre ellas me producían a veces la impresión su cielo azul y sus dunas que lo mismo pudieran ser de la Palestina, o bien que aquel caserío estaba en Mahé, de Indias, o en Djibuti, del Africa. Sólo sus gentes me parecieron tan banales, que apenas si recuerdo la fisonomía de una cholita y de un gato, y ese animal y ella, esa niña de trece años, son los que hacen que tenga algo que decir todavía de la tierra de los Hijos del Sol.

II

Había venido desde el Indostán a restablecer nuestro consulado en Etén, y por primera vez, después de treinta años que tuvimos la guerra, volvía a izarse la bandera de la estrella solitaria en esa parte alejada del país vencido, donde el odio se mantenía latente con la idea de la revancha. Y es para decir la existencia retirada y llena de acechanzas que yo debía sobrellevar y el abandono malévolo en que me sentía perdido. Las indiadas pasivas que se apartaban a mi paso o que azuzadas por el alcohol venían a provocar de cuando en cuando motines bajo mis ventanas. Un hastío re-

signado abatiéndose sobre mí como un pozo de arena que se derrumbase y perdida hasta la noción de las estaciones en ese clima enervante, siempre dentro de la misma incuria y la misma monotonía.

III

Y he aquí que una de esas tardes amarillentas en que al son de la quena y del tamboril pasean los indios sus ídolos, cuajados de falsa pedrería y rígidos de bordados de oro, con cabelleras naturales como espantosas muñecas chinas, rumbo a una iglesia sin bóveda, donde se hace sonar con piedras las campanas, muchas veces hasta sin un cura que los pastoree, tristes y avejentados chicos y grandes como todos los de aquella raza, hete que yo veo por la primera vez un semblante tresco, algo que se pareciese a una mujer y a una niña y que, ¡Dios mío!, me sonriera como si para ella no fuese yo un enemigo. Había sido tan imprevisto que, de contragolpe, eché de menos mi estancamiento, como

un bien desestimado hasta entonces, y traté de defenderme contra esa sensación de vida viniendo a casi perturbar la atmósfera sorda y opaca en la cual se sofocaban unos cuantos años de mi juventud.

* * *

Así fué y así son todas las cosas: recua rastrera bajo el crepúsculo, como un agua lerda y mansa; una esquila que llama al redil... Y súbitamente el primer fuego de la noche, que se alumbra y que nos habla del calor del hogar y de los vinos capitosos del amor.

IV

Bajo el crudo día instalaba el villorrio su sordidez. A la puerta de cada zahurda los hombres y las mujeres, igualados por la misma inercia, tejían eternamente sombreros de macora, como lo habrían hecho sus padres y como ya lo comenzaban a hacer sus hijos. Una vaciedad de vida inútil y gris pesaba sobre el rancherío hasta la Hora de Animas, en que volvía la procesión a recorrer las callejuélas: las mismas andas y los mismos toques de campanas. Y después, la noche con su promiscuidad, el aguardiente de caña y la chicha de maíz, y las «marine-
ras» bailadas en la penumbra de los tugurios bajos y profundos como bodegas, apenas iluminados por una candela que ennegrecía el muro, adornados a

veces, por gala, de calaveras y paños negros. Todo ese pueblo en que los hombres usan la manta inmaculada y sobre el corpiño el sombrío capuz las mujeres, llevando todavía el luto de sus últimos Incas, y como condenado fatalmente a una existencia sin penalidades y sin goces.

V

Pero unos cuantos días en el mes se animaba el cielo profundo con la presencia de la milagrosa luna de esas latitudes y sacaba la tierra de su obscuridad. Entonces la cal de los muros parecía tan brillante como en un arrabal de la Kasbah, parecían albornoces las mantas blancas, y una silueta de mujer escurriéndose por la sombra o entrevista a través las rejas de una ventana llena de arabescos hacía soñar con los harenes lejanos. Vegetaban algunas flores, las únicas, en la pequeña plaza, frente a mi casa, y yo había observado que almacenaban su perfume sólo para esas veladas, y que aun los torreones de la iglesia parecían proyectar una gran paz sobre el pueblo dormido, tendido a lo largo

de las aceras, sobre sus petates, con la cara al cielo como en el Extremo Oriente.

* * *

Entonces yo me deslizaba también hasta una ventana colonial saliente y enrejada como un mucharabys, seguro de que Ella me esperaba y que al contacto de su pequeña mano volverían algunas de las ilusiones de mis veinticinco años.

VI

Ella habría sido una adolescente en cualquier otra que esa zona tropical, donde las rosas se que- man en botón. Tenía la frente blanca, y los ojos negros, y vibraba como una esbelta guitarra crio- lla a la presión armoniosa del amor; sus sienes, es- trechas, no dejaban espacio tal vez a muchos pensa- mientos bajo el peso de la cabellera; pero su boca encendida, con los dientes brillantes, en el grano trigueño de la piel, podía—como un panal para infinitas abejas—anidar el enjambre de todos los besos... En canesú, como cualquier chola, adornada de amuletos y reliquias, no alcanzaba el prestigio silencioso de las mujeres que yo había amado en los países de la Media Luna; y, sin embargo, esa

pequeña Hija del Sol, esa mestiza de sangre africana y de indígena, procuraba la perversa ilusión de que se dejase depravar y añadía al amor no sé qué de prohibido.

* * *

Y luego que allá o más allá yo había tenido muchas cosas que poder amar, la Naturaleza, mis semejantes, o mis sueños, y aquí yo no la tendría sino a ella.

* * *

Y era solamente una niña, un niño, como toda su raza un poco infantil y precoz, meciéndose en sus hamacas y sus yaravíes, amando perezosamente la voluptuosidad, todo sentidos para sus cultos y apocada por lo mismo para la vida, y tan cerca de la tierra rescaldada por el sol, como lejos de toda aspiración. Pobre raza que, consagrada al amor y a la muerte, desaparecerá un día sin dejar ni un sentimiento de piedad.

VII

En aquel país primitivo es tan común «sacarse» una niña, como pedirla en matrimonio, y para definir esta unión libre, autorizada legendariamente por las costumbres, hasta existe en quechua la palabra *jorgocuy*. Pobres y ricos se casan de las dos maneras y dura el tiempo que quieren. Después, ella regresa a la casa paterna con sus pequeños, y entonces es ya una vieja, a pesar de su juventud, o bien tiene a veces la suerte de volverse a «colocar», porque tampoco a la idea del honor se le permite que tiranice demasiado. Sin embargo, cuando yo la insté a vivir conmigo, como era Semana Santa, ella no quiso prometerme nada hasta Pascua de Resurrección.

—Ese domingo arreglamos *yunsas* de frutos—me decía—y cada una con sus ochavitos manda hacer un mazapán que cuelga entre los adornos. A veces tiene la figura de un cordero, a veces de un Judas (esos cuestan el doble), a veces de una tortolita. Y yo no quiero pecar en estos días—proseguía, con el mismo tono de voz que habría usado una islamita durante la cuaresma del Ramadán—. No le abriré ya el postigo, si viene; pero si el día de Pascua usted se pasea y ve una palomita de harina colgada frente a mi casa, entonces quiere decir que sí.

* * *

La Resurrección era, puez, el Beirán de estos singulares cristianos del Perú.

VIII

Y fué tal vez la más bella de las mañanas que yo recuerdo del destierro, cuando, al despertarme y abrir el balcón sobre la plazoleta, vi hasta lo lejos, a todo lo largo de la calle Real, como oriflomas desplegados sobre el azul, la serie triunfal y rústica de los arcos, donde se confundía el oro rojo de las naranjas y el oro verde de limas y cidras y reverberaba entre ramos y palmas, como árboles cargados de pedrería. Un gusto bárbaro y siempre sensual había acumulado aquellos castillos de chirimoyas, las granadas entreabiertas, los mamey, las papayas y las grandes piñas y racimos de plátanos de la Isla, festones de alcorza y de jengibre, con-

cluían de darle un aire pagano a la fiesta, de verano y de fecundidad.

Cada uno había rivalizado con su vecino en ornatos, y era un placer de ver ostentarse al sol de febrero toda esa abundancia del buen Dios que traía la sed a la boca. Y ese día, aun la orgía estridente de las fanfarrias y los voladores y los repiques me pareció armonizada con la vibración del aire tropical, que se impregnaba de olores almizclados y se subía a la cabeza en una oleada de salud.

Y por una vez se me antojaron menos decrepitas las gentes, menos abyecto el aspecto de aquel campamento nativo, todo, quizá, porque en lo alto de un arco, frente a una ventana saliente, balanceándose como si fuera a emprender el vuelo, entre aguacates y mangos, una paloma de flor de harina había desplegado para mí sus alas frágiles.

IX

Ella sabía que ocupaba yo solo una casa muy grande, la más grande de todas las del pueblo, y tan alta que desde su terrado se dominaban los arenales, el puerto lejano y el mar. Muchas veces, yendo en la procesión, cubierta con su chal celeste, había levantado la cabeza hasta el escudo, como los hombres levantaban el puño; pero ignoraba la pequeña que en aquel su enorme serrallo vacío, donde nadie ponía los pies, como en lugar excomulgado, iba a encontrar una verdadera esclava y un verdadero eunuco.

Fué bien recibida por los dos, a pesar de la bizzaría de su aparición: Petrona la consideró desde luego como una criatura, y mi gato consintió que

en adelante se compartiesen las atenciones de la buena vieja. Porque para mi nodriza chilena, todo devoción por mí y todo menosprecio hacia ese pueblo de color, la cholita no venía a ser sino otro animalito mío que era preciso mantener limpio y bien enseñado

X

En ese pueblo brillante parece que no existieran jardines porque las flores hubiesen cobrado alas: tanto son deslumbradores los pájaros, los pericos, los arroceros, las oropéndolas o los colibríes, que atraviesan como centellas el aire o se posan en la vegetación raquítica e inmarcesible.

Ella se llamaba Catalina; pero, tal vez en recuerdo de esos pajarillos, la llamaban *Cata* los compadres y sus parientes *Catita*, como a una co-torrita. Mi nodriza la apodó *Gatita*.

Pero todo lo preciosas que sean aquellas aves tropicales, casi no cantan y el país se aletarga bajo el zumbido de los zánganos y los mosquitos, en la larga siesta, hasta que cae la tarde y sus cocuyos, y

entonces los murciélagos, los mochuelos y los cuervos describen amplias parábolas estridentes sobre la plaza desierta y desde el campanario, que es como su palomar.

Gatita no simpatizaba con los cuervos. Ellos hablaban sombríamente a su imaginación supersticiosa; en cambio, adoraba los petardos y no se detenía en el robo ni en la destrucción para obtener las estampas de mis libros y poder cubrir con ellas los muros. A veces, con el gato en vilo, repasaba una por una todo su museo y embebíase delante de cada escena y se la explicaba en alta voz, a su manera, llamándole «niñito» como a nosotros. Cuando estaba de humor más inquieto obtenía que Petrona le comprase paquetes de cohetes—porque ella misma no salía nunca—, prolongando el estrépito durante el mayor tiempo posible...

XI

El gato despreciaba profundamente aquellos gustos salvajes de su amiga y sólo se reconciliaba con ella en las largas inmovilidades del mirador, cuando, achatada sobre su petate, delante del horizonte como barrido por las ráfagas y de las balandras ancladas a lo lejos, fumaba mis cigarrillos turcos, distraída por los remolinos en que voltijeaban las arenas del médano, o chupaba taimadamente las tronchas azucaradas de la caña, o simplemente mecía uno de sus pies, que con su flexibilidad de gata había llegado a poder acostar sobre la falda y al cual arrullaba como a una muñeca.

Y fué inútil que tratáramos de hacerla calzarse, como si hubiese sabido que sus piesecitos eran lo más bello de su gentil persona, tanto como yo no

los he visto en ninguna mujer, pequeños, altos y arqueados, con un ligero color de *terra-cotta* que recordaba las tanagras. «No, «niñita», le decía zalamera y canturreadamente a mi nodriza. «No, «niñito», me decía a mí; y cuando todo el mundo tiene el pudor de sus pies, porque casi siempre son vergonzosos, ella, como los bebés, se complacía en acariciárselos y los embalsamaba de esencias.

✓ * * *

Otras veces se revolcaba por tierra con el gato, frotábanse uno contra otro el hociquito rosado, se mordisqueaban con tiento, o *Gatita* proyectaba sobre él los reflejos del sol en un espejito y reía como loca al verle pestañear deslumbrado. Otras veces, por hábito, confeccionaba ella sombreros; otras, se sacaba la suerte con tabas o pedacitos de vidrio, o echaba guijarros al pozo inclinándose imprudentemente, o se arrullaba a sí misma, con esa lasitud plañidera que han dejado los árabes en España y los españoles en América.

Pasa el agua del Rimac
Y mi corazón es suyo;
Reino de Pachacamac,
Tierra de Tahuantisuyo,
Pasa cantando el Rimac.

El Inca Manco-Capac
Fué nuestro Rey y Rey tuyo;
Tierra de Tahuantisuyo,
Reino de Pachacamac,
¡Llora por Manco=Capac!

* * *

Pero como yo la veo más a menudo en mi memoria es emigrando de una habitación a otra, de la solana a la *verandah*, en ese caserón del cual apenas ocupábamos un departamento, trasladando su gato y sus imágenes, recogiendo o desplegando las persianas, quedándose largas horas acurrucada en un rincón. Las moscas cruzaban la penumbra del cuarto como subrayada por listones de sol entre las celosías; y aquella vibración procuraba una sensación de frescura bajo el sopor y hacía medir el vacío extenuante de la perpetua canícula.

XII

Pero al apodarla *Gatita*, nunca la supusimos, sin embargo, llegando a compartir hasta las emboscadas de nuestro gato y permaneciendo con él al acecho de los pequeños ratones, que ella amarraba por la cola apenas les daba caza su compañero y se los paseaba arteramente bajo la nariz en un silencio de muerte.

* * *

También amaba mi caballeriza, y las bestias del corral se habían acostumbrado de tal modo a su presencia, que no era raro encontrarla tendida sobre el lomo del caballo echado, mezclando a sus

crines su obscura toisón, mientras gato, conejos, perros y gallinas fraternizaban en aquel pequeño mundo bajo el sol tropical. Entonces yo empujaba la puerta; entonces, como impelido por un resorte, *Azogue* se ponía de pie con un relincho; y sobre el huano y el heno *Gatita* rodaba con sus amigos.

XIII

Sólo a la hora aletargante de la siesta, en que yo escribía casi siempre, venía a buscar mi vecindad y el amor de mis rodillas, y como una gata se dejaba enervar al distraído roce de mi mano sobre sus cabellos, mientras yo continuaba trabajando, y concluía por amodorrarse con estremecimientos nerviosos y grandes suspiros de niño engreído y satisfecho.

XIV

Conservo otro recuerdo de cierta fiesta en que desde las azoteas veíamos prenderse en la plaza los fuegos artificiales. Era Nochebuena, y la iglesia, sin techumbre, dejaba escapar su resplandor como una hoguera. De pronto, *Gatita* abandonó precipitadamente el espectáculo, y yo la vi volver a los pocos momentos con el gato, desvelado y azorado por el chisporroteo, que se retorció entre sus brazos. Las campanas sonaban. De abajo, de las ventas de tamales y de picantes, subía un olor graso de fritura; y el firmamento infinito palpitaba más pálido cada vez que ascendían los cohetes de Bengala. Después, poco a poco, fueron extinguiéndose sus últimas luces en la obscuridad; y cuando bajamos,

el silencio se enseñoreó más profundo que otras veces, mientras *Gatita*, rendida por la velada, dormía con su gato, extendida al pie de mi lecho y cerca de la lamparilla que dejaba encendida todas las noches para no tener miedo.

XV

Fué esa misma altura la que escalamos para tratar de distinguir el cometa de 1910, el viernes, 13 de mayo, me acuerdo, cuando todavía no amanecía. Friolenta y adormilada, *Gatita* se pegaba contra mí y husmeaba con la naricilla al viento ese algo desconocido que iba a revelársenos. Me acuerdo que Venus lucía fríamente en el Oriente; que a nuestros pies, la plaza, adormida, hacía la impresión de un estanque, inundada por la bruma; que de lejos, desde los campos, nos venía el canto de las ranas. La espada flamígera cingla súbito el cielo, desde el orto hasta el cenit, como empuñada por un nubarrón en forma de garra. Y entonces *Gatita* se desploma llorando a sollozos comprimidos.

Se tapa el rostro, y cuando yo quiero separarle las manos, lo oculta contra mi hombro, y colgada a mi cuello se deja llevar así, sin tocar tierra.

—No la mires, «niñito»—me cuchichea mientras bajamos—. No la mires, porque te traerá desgracia. ¡Oh! ¡Que nunca hubiese sido yo curiosa, porque ahora es demasiado tarde para mí!

Y es preciso que me quede a la cabecera de su hamaca, que la meza y que le deje mi mano entre las suyas, hasta que en pleno día vuelve a dormirse con un sueño afiebrado y lleno de sobresaltos, ensombrecida por aprehensiones que parecen resbalar por su tersa frente, como si se proyectase todavía sobre ella la sombra de la gran nube.

XVI

Gatita, en nuestras veladas de la azotea, me contaba cosas curiosas, como ser la muerte de su taita, que estaba enfermo «de vergüenza», según el diagnóstico etano, y que habían desahuciado el curandero y el zahorí; entonces, como de todos modos precisaba «romper el chucaque», se había llamado al Aliviador, que era siempre un hombre forzado, vestido de un capisayo, y a quien se daba de beber cañazo con tabaco para que tuviese más bríos. Y el Aliviador había hincado un codo en el ombligo del moribundo, y persignándole con ceniza lo había acabado con todo su peso muerto. Entonces los compadres rezaron y bebieron durante tres días, y durante tres días gimieron las comadres para que

no penase el alma del finado. Y sobre la huaca, en el camposanto, no quedó otra cosa que una losita blanca para reconocerse por si acaso.

En los relatos de *Gatita*, que acababan todos con un «velay» y todos comenzaban con un «catay», el alcohol, la *jora*, como dicen esos cholos, tenía siempre el primer papel.

—*Catay*, bebieron—refería ella—; *catay*, me dieron de beber; después vino el compadre, que estaba bebido, y *velay*...

* * *

Así eran siempre sus historias, sin otros sentimientos ni complejidades... A lo lejos corrían sobre el mar, invisible, las luces de un barco que se alejaba... Se erguía lentamente en el cielo la Cruz del Sur... Y aquel plenilunio casi ecuatorial, con la redondez enorme de su luna suspendida sobre nuestra cabeza, difundía una claridad esmerilada tan glacial como el amanecer de un páramo, lo hacía todo irreal con su polvo de vidrio, de sal o de escarcha, me evocaba las noches espejeantes del Bósforo, desde mi terraza de Nouri-Osmaníé.

* * *

Cuando *Gatita* veía que, con los ojos encandilados en la sombra, yo había dejado de escucharla, agazapado junto a ella, como en mis buenos años moriscos, me echaba los brazos como esos collares perfumados de Ceylán, y a pesar de que más que nunca parecía una felina, yo la llamaba en esos momentos *Cosita*, y la estrechaba contra mi pecho con todos sus chaquiras y relicarios, como una pequeña cosa que era, maravillosa envolvente red de nervios que aprisionaba hasta el alma, tan misteriosa como un gato y tan inconsciente como una mujer...

XVII

Las heráldicas en el país peruano están cifradas en los colores.

—Tú, «niñito»—me enseñaba persuasivamente *Gatita*—, eres mixto, porque si fueras zarco serías un gringo y hablarías como los gentiles. «Niñita» Petrona debe de ser injerto de indiana, mi madre es mulata y yo una zambaiga.

XVIII

Mi pequeña felina no se interesaba mucho por nuestras dificultades consulares, la Consulería, como ella lo llamaba, ni entendía por qué, solapados y medrosos, me querían tan mal los suyos; es cierto que cuando la irritaba en sus caprichos, cuando le prohibía dibujar calaveras en las paredes o cuando le escondía el pisco, me llamaba «Chileno», como el peor insulto; pero, en general, y más que la salud de su alma, le preocupaba la de su gato, y a veces me preguntaba con gravedad si no lo encontraba pálido o si no sería conveniente bañarle. Porque para ella mis abluciones venían a ser algo así como los ritos de un culto desconocido, y cuando se trataba de lavarla y trenzarla

en diadema, al uso de las «ya mujeres» de su tribu, era cuando Petrona necesitaba de toda sus energías, hasta llegar a zambullirle y retenerle la cabeza dentro de la jofaina, como a una taimada.

* * *

Sacudiendo aquella cabeza voluntariosa, comadre *Gatita* nos apareció de improviso como un pajecillo, con la melena hasta los hombros y tijere-teada en fleco sobre los ojos. Y el gato tuvo un sombrero tejido con los cabellos negros, que la condenada había imaginado recortarse para sustraerlos al suplicio de la peinilla.

XIX

Hasta entonces me habían dejado en paz los parientes de mi comadrita, o porque me ignorasen o porque me temiesen. Un día traspuso un moce-tón el umbral que nadie pisaba y, después de darme las «Buenas Horas», me habló con frases timoratas y aduladoras, que la hermanita hacía tanta falta en la casa y *catay, velay*, que ellos eran pobres y eran muchos.

Tan delicada cuestión de honra se zanjó con algunos *soles*, y cada mes, aquel vengador, en nombre de mi mama política y mis cuñados, venía a recibir su mesada, para embriagarse en familia, y al irse no se olvidaba de pedirme que diese las «Buenas Horas» a mi *huarmi*, de la parte de todos.

XX

Todo estaba bien. Así llamaban los incásicos a sus consortes de la mano izquierda, y la vieja nodriza había sorprendido a la mía echando por la ventana nuestras provisiones para que algún otro hermanito las recibiese en sus alforjas. Una negra con la greña blanca rondaba al atardecer—a la hora de las cornejas—, y la habíamos encontrado hasta en el zaguán. Después de tantos meses de vida común, mi *huarmi* (que se había zampado golosamente todo un pomo de las píldoras purgativas del doctor Ross y después se había creído víctima del Mal-de-Ojo), comenzaba a dar signos de acordarse de su hogar, y desaparecía de mis bolsillos el dinero, y furtivamente de los armarios los

cubiertos y los pañuelos. Comadre *Gatita* desatendía a Compadre Gato, atisbaba las puertas, olfateaba la calle, como otro gato encerrado. Cuando los domingos veía llenarse de gente la plaza, suspiraba por la misa, y era cada vez más indomestizable, más *montubia*, como dicen ellos, y cada vez más encantadora.

XXI

Una ocasión me propuse «visitar» su alforja, que le servía de almohada, y que yo llamaba el escondrijo de Doña Urraca, y entre sus denuestos y sus pataleos, he aquí el inventario que, con toda solemnidad, pude formar en hoja legalizada.

A.—Un peine perteneciente a Petrona (que *Gatita* había escondido, como otros niños el látigo con que se les castiga, porque era su peor verdugo).

B.—Un catálogo de las obras de Rembrant: (*The Master Pieces of...*)

C.—Una tableta de chocolate con el molde estampado de sus dientes.

D.—Un par de guantes Prévile.

E.—Un *foulard* de seda.

F.—Un retrato de Alphonse Daudet (apodado por ella el *Caballero Pelucón*, y a quien debía de haber envidiado por lo mismo).

G y H.—Un Almanaque Brístol de 1908 y la cubierta de *Anna Karenine* (edición Lafitte).

I.—Un despertador que no marchaba.

J, K, L, M, N, O, P y Q.—Una perilla y una ruedecita de la cama, una medalla del 14 de julio en Lima, una llave, un pedazo de espejo—el de los espejeos—, un par de gafas negras, tres gemelos desapareados, siete cajas vacías de plumas, un rosario de piedras de la Meca que llaman *tesbi* los beduínos y que les sirve para sus cálculos; una fosforera hecha con una rupia, un lápiz azul—el de las calaveras—, algunos trozos de lacre, uno de los sellos de la Cancillería, dos argollas para servilletas, innumerables colillas de cigarros.

R.—Una pieza de cinco francos del Primer Consulado.

S.—Un luis de oro de veinte francos.

T.—Mi Budha de Benares. (A la tiarada diosa Kali, que yo tenía en nuestro dormitorio, la llamaba ella Nuestra Señora del Cucurucho y le dejaba encendida en pleno día la lamparilla.)

U.—Un anillo adornado de un escarabajo con

que me obsequió mi criado egipcio Zahir, como talismán de larga vida.

V, W, X y demás letras del alfabeto.—Las borlas de todos los muebles.

Y un clac, que yo había acabado regalándole, porque nada le divertía como aquel sombrero-acordeón que se enderezaba y se sumía, como el muñeco de una caja de sorpresa.

* * *

¡Recuerdos, recuerdos! Ese inventario duerme hoy en el fondo de mi escritorio, con mis Letras Patentes del Perú y una Memoria sobre la caña de azúcar.

XXII

Así se pasó el invierno en el almanaque, insensible e invisible en ese país sin crepúsculo, entre los follajes perennes y la aridez de todo. Las mañanas eran cubiertas, el cielo tenía nubes más grandes, el viento soplaba del mar, en las noches, trayéndonos toda la arena de los médanos, haciendo estremecerse las quinchas de caña. Yo estaba aburrido y desanimado, cuando uno de esos despachos que, como los reciben los marinos, se reciben en nuestra carrera, me hizo saber que debía decir adiós a mi deportación para volver a ver Europa.

Toda la condena sufrida desaparecía como por ensalmo: yo era un hombre devuelto a la libertad,

y esos años deprimentes y, sin embargo, apacibles, de Perú se desvanecían como si no hubiesen sido nunca; volvía a encontrarme alegre y confiado como a mi llegada, lleno de ambiciones y de esperanzas.

XXIII

En la noche sentí ruido al pie de mi cama—único sitio donde, como verdadera indígena, se avenía a dormir *Gatita* con su gato—. Y entonces, incorporado y con los ojos abiertos, en la penumbra de la lamparilla de la diosa Kali, comprendí que ella lloraba, aquella indiecita, ya no como un niño salvaje, sino como una mujer; que tal vez yo había hecho un mal más en mi vida; que juzgamos demasiado superficialmente a ciertos seres para poder sacrificarlos con el corazón ligero, y que tal vez se me ocultaba algo bajo esa frente mate que yo había acariciado tantas veces y algo para mí en ese co-

razón de animalillo montaraz, que yo no volvería a sentir palpitar contra mi corazón.

* * *

Por esos días, no sé por qué, puesto que ya nos íbamos, Petrona le puso un candado a la rejilla del pozo.

XXIV

Ella sabía que no llevaría yo conmigo sino a mi nodriza y a mi caballo chileno. «Lo sabía, (me dijo bajando la voz), desde aquella agorera noche del cometa», y me había pedido como una gracia especial: «¡No digas que no, niñoito!»; que al volver entre los suyos, con mi dote, la dejaría también el gato. Acordándonos de ellos, en adelante debíamos decir «el compadre gato» y «la comadre gatita», inseparablemente. Con él a cuestas, como siempre, recorrió por última vez las habitaciones, desde el mirador hasta las pesebreras, y sólo cuando salió

Azogue conducido por el cabestro y cuando las valijas abandonaron nuestra residencia con Petrona, ella se decidió a volver a ese aire de la calle y de la libertad, que no había respirado una sola vez durante todo ese tiempo.

XXV

¡Adiós, niño!... Su voz cantante y con quebrantos súbitos, yo la escucho todavía; henchía las vocales, prolongaba las sílabas, y a veces me sorprendo tratando de imitarla, porque daba como nada la sensación de ese algo que se nos escapa de cada ser y que se llama su alma.

Y se fué con su alforja de urraca y con el gato, que maullaba y que volvía la cabeza debatiéndose. Ella se había envuelto hasta los pies desnudos en el chal celeste de las procesiones y, frágil bibelote del país de los huacos, parecía tan diminuta ahora y tan exótica entre sus paisanos, que la acogían socarronamente.

¡Adiós, niño! Su voz, como el timbre de otras voces amadas, duerme en mí como un sortilegio, sin que yo atine a despertarla: pesar inútil del pasado, de las cosas idas y los que se van.

XXVI

Mientras tanto, el Perú está lejos para que yo vuelva jamás, y lejos esos años ya bien vividos. *Gatita* misma, con haber sido tan niña, será una pequeña persona casi ajada, una triste persona tal vez, con alguna cholita como ella a su pretina, en vez del gato, que habrá muerto, embriagándose al caer la tarde, a la hora de los cocuyos y de los murciélagos, cuando recorren la calleja las procesiones con sus santos ataviados con cabelleras humanas. El gran serrallo, habitado por extraños, estará cerrado a esa hora, solitarias sus azoteas, la plazuela vacía y comadre *Gatita* sumisamente vegetará en aquel marasmo, sin ilusiones y sin recuerdos.

E P Í L O G O

ULTIMOS SUEÑOS,
ULTIMO VIAJE

Tal vez algún día, en quién sabe qué puerto de la Tierra, pero seguramente muy lejos del Valparaíso de mi infancia, yo también iré a sacudir la ceniza de mi pipa al bar de algún Peter Petersen, y solo conmigo mismo y mis recuerdos, veré delante de mí un pequeño soñador desencantado, que sólo para mí no ha envejecido, que después de tantos vagabundeos, nada ha visto sino el mundo, y al cual, después de tantas peripecias, no le ha pasado nada sino la vida.

PARIS, SEPT.-NOV. 1918

F I N

BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.— <i>Primeros ensueños.</i> —Primer viaje.....	7
PRIMERA PARTE.—El Egipto.....	15
SEGUNDA PARTE — Desde el extremo Oriente hasta el Oriente.....	95
TERCERA PARTE.—De Atenas a París por Roma.....	179
CUARTA PARTE.—«Gatita».—Costumbres del Perú.....	253
EPÍLOGO—Ultimos sueños.—Ultimo viaje.....	305

Editora Internacional

NOVELAS HISTORICAS

H. V. Schumacher, *Vida y amores de Lady Hamilton*.

H. V. Schumacher, *El alma de Lord Nelson* (Lady Hamilton).

E. Zabel, *Catalina II* (novela de una Emperatriz)

A. Schirokauer, *Lassalle*.

H. v. Schumacher, *La Emperatriz Eugenia* (el camino al Trono).

O. V. Hanstein, *Las hogueras de Tenochtitlan* (novela de la historia mejicana).

**Estos libros, artísticamente ilustrados, forman una
Biblioteca de lujosa encuadernación.**

Editora Internacional

CONTEMPORANEOS ESCOGIDOS

Gerh. Hauptmann, *El hereje de Soana.*

Emil Ludwig, *Diana.*

Karin Michaelis, *Don Juan moribundo.*

Olga Wohlbrueck, *Los Sukoff* (historia de una familia rusa).

O. von Hanstein, *La virgen del sol* (narración peruana).

Fr. Reck-Malleczewen, *La dama de Nueva York.*

Georg Froeschel, *La querida de Roswolsky.*

B. Kellermann, *Ingeborg.*

K. Rosner, *El Rey*

Nithack Stahn, *El juicio final.*

Joachim von Delbrueck, *El naufragio del Transatlántico.*

Emil Ludwig, *La paz del Mar.*

SECC. CHILENA